

DA  
29  
CCIO

RICARDO BAZZU

UNO CRITICO

PQ6629

.A7

A19

c.1

010472

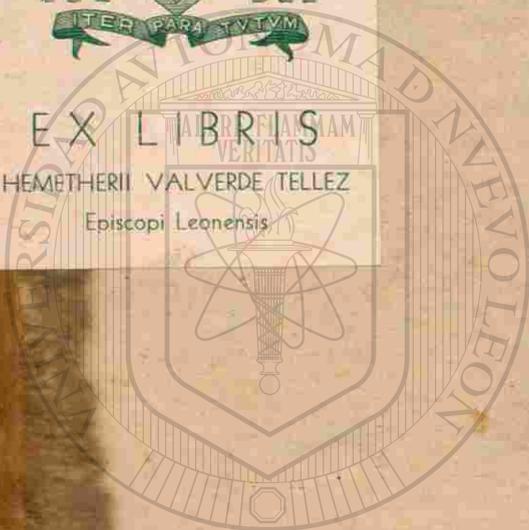


1080022009

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

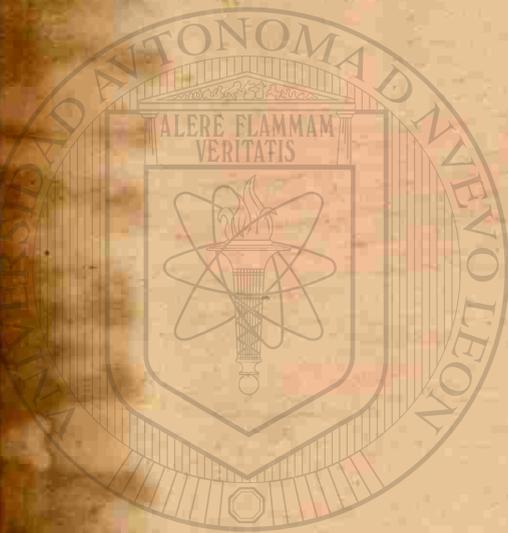
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

## OBRAS DE LA AUTORA

### NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.<sup>a</sup> edición, un volumen.  
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.<sup>a</sup> edición, un vol.  
LA TRIBUNA, un vol.  
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)  
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.  
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)  
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)  
UNA CRISTIANA, un vol.  
LA PRUEBA, un vol.  
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)  
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA MADRE NATURALEZA, un vol. (Agotada.)

### CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.<sup>a</sup> edición, dos volúmenes.  
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (5 pesetas.)  
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)  
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)  
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)  
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.  
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)  
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

### VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)  
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.  
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

### POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

### PRÓXIMA Á SALIR

- LA MADRE NATURALEZA. (Novela.)

### EN PRENSA

- POLÉMICAS LITERARIAS.

NUEVO

# TEATRO CRÍTICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año II.

ABRIL, 1892.

Núm. 16

### SUMARIO

- I.—¿COBARDÍA? (Cuento).  
II.—REALIDAD, DRAMA DE D. BENITO PÉREZ GALDÓS.  
III.—UN MONJE HISTORIADOR DE LAS LETRAS ESPAÑOLAS (EL P. BLANCO GARCÍA), SEGUNDA PARTE.  
IV.—CRÓNICA LITERARIA.  
V.—CARIDAD DE LOS AMERICANOS Y ESPAÑOLES RESIDENTES EN AMÉRICA.  
VI.—ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS.



Capilla Alfonso IX

ADMINISTRACIÓN Biblioteca Universitaria

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
MADRID

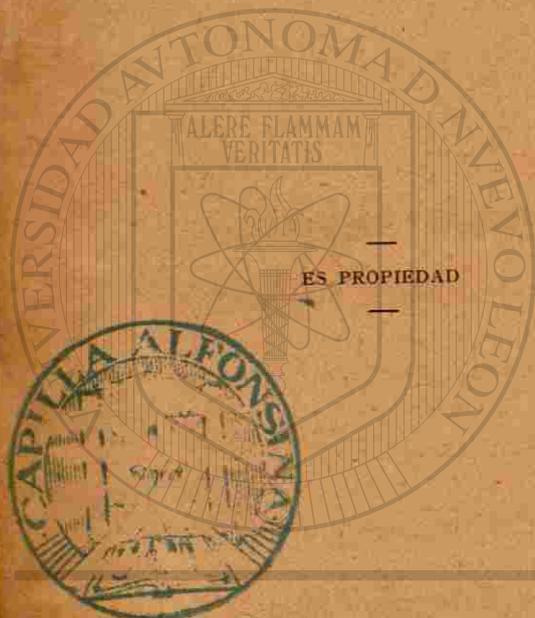
46744

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
Biblioteca Valverde y Telles

P06629

.A3

A19



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,  
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3.074.



## ¿COBARDÍA? <sup>(1)</sup>

ERA en el café acabado de abrir en Marinada, el que les puso la ceniza en la frente á los demás, desplegando suntuosidad asombrosa para una capital de segundo orden. Nos tenía deslumbrados á todos la riqueza de las vidrieras, con cifras y arabescos, las doradas columnas, los casetones del techo, con sus pinturas de angelitos de rosado traserín y azules alas, y particularmente la profusión de espejos, que revestían de alto abajo las paredes: enormes lunas abiseladas, venidas de Saint-Gobain (nos constaba, habíamos visto el resguardo de la aduana),

(1) Este cuento ha visto la luz en *El Imparcial* hace un año. Recuerde el lector que las 16 páginas de aumento gratuito en cada número del *TEATRO* no han de ser forzosamente inéditas.

010472

y que copiaban, centuplicándolos, los mecheros de gas, las cuadradas mesas de mármol y los semblantes de las bellezas marinedinas, cuando venían muy emperifolladas, en las apacibles tardes del verano, á sorber por barquillo un medio de fresa.

Es de advertir que nosotros no ocupábamos el vasto salón principal, sino otro más chico, bien alhajado, arrendado por los miembros de la aristocrática Sociedad *La Pecera*, que, por si Vds. no lo saben, es el Veloz Club marinedino (tengo la honra de pertenecer á su junta directiva). La Pecera, por lo mismo que no admite sino peces gordos, es poco numerosa, y no puede sufragar los gastos de un local suyo. Bástale el saloncillo del café, forrado todo de azogadas lunas, cerrado por vidrieras clarísimas que caen á dos fachadas, la que da á la calle Mayor y la del paseo del Terraplén. A este derroche de cristales debía el mote puesto á nuestra Sociedad por la gente maleante. Algunos divanes y mesas de juego, un biombo

completaban los trastos de aquel observatorio, donde se reunía por las tardes y durante las primeras horas nocturnas el *todo Marineda* masculino y selecto.

Una noche—serían las doce y media—en que ni había teatro, ni reunión, ni distracción alguna, nos juntábamos en el club ocho ó diez peces—gran bandada para un acuario tan chico.—Se había fumado, murmurado, debatido problemas administrativos, científicos y literarios, contado verdores, aquilatado puntos difíciles de ciencia erotológica, roído algo los zancajos á la docena de señoritas que estaban siempre sobre la mesa de disección, picado en la política local y analizado por centésima vez la compañía de zarzuela; pero no se había enzarzado verdadera gresca, de esas que arrebatan la sangre á los rostros y degeneran en desagradables disputas, voces y manotadas. A última hora,—casi á la de la queda, pues rara vez trasnochaban los peces hasta más de la una,—se armó la cuestión recia é infalible. Minutos antes entraba en

la Pecera una persona á quien yo profeso gran cariño: Rodrigo Osorio, hijo mayor de la marquesa de Veniales. Habiéndole conocido en ocasión muy crítica para mí, nos unía desde entonces una amistad, por decirlo así, clandestina. Ni andábamos siempre juntos, ni con frecuencia siquiera; no cultivábamos ese trato pegajoso que, en opinión del vulgo, caracteriza á los amigos íntimos. Mis novias podían escribirme sin que yo enseñase á Rodrigo sus gazapos de ortografía. Pasábamos un mes sin vernos, y no por eso se nos desquiciaba la vida; nos veíamos al cabo del mes, y sentíamos—sentía yo, por lo menos—cierta efusión interior, cierto bienestar del alma. No por eso se entienda que congeniábamos. Al contrario: nuestro carácter y modo de ser opuestos nos impedían la verdadera penetración amistosa. Yo tenía á Rodrigo por estrecho de criterio, medio beato, cerrado, meticuloso y triste: él, probablemente, me conceptuaba un libertino escéptico, un vividor egoísta. Entre el hombre que comulga

todos los meses y el que sólo lo hace con ruedas de molino, se alza siempre un muro ó invisible valla moral.

Al entrar Rodrigo en la Pecera hallábase la disputa en sus comienzos: era de las que pueden tomar fácilmente un giro peligroso, porque de comentar ciertas bofetadas y bastonazos administrados aquella misma mañana por un tendero á un concejal á causa de no sé qué enjuagues de matute, se había pasado á discutir el valor, y los modos de probarlo.

A mí estos altercados me proporcionaban un género de distracción muy original. Apenas principiaban á exaltarse los ánimos, fijaba la vista en la pared de espejos, donde se reflejaba el grupo de contendientes, observando algo fantástico, al menos para mí. Al copiarse en las lunas, no sólo el grupo, sino la imagen del mismo grupo devuelta por las lunas de enfrente, parecía como si discutiese una innumerable muchedumbre en una galería larguísima, á la cual no se le veía el fin. Recreo de ilusionismo barato, que

me causaba una especie de extravío imaginativo bastante curioso. Había dado en figurarme que las imágenes reflejadas en los espejos, eran sombras, espectros y caricaturas morales de los disputadores vivos. Sus actitudes y movimientos, que reproducían las lunas, me parecían irónicas, lúgubres y mofadoras. Y de fijo era yo quien reflejaba en el espejo la actitud de mi propio espíritu ante tanta polémica huera, tanta vanidad, tanta exageración, tanta vaciedad y tanta palabrota como allí se oía en diciendo que empezaba el debate.

El de la noche á que me refiero iba por los caminos que Vds. verán si leen.

—Yo—decía Mauro Pareja, pez de muchas libras—comprendo que en casos así se ciegue el más pacífico, se le suba el humo á las narices y la emprendá á linternazos hasta con su propia sombra. Eso de que le llamen á uno matutero... Señores, aunque yo lo fuese, no le tolero que me lo llame ni al lucero del alba. Pero... ¡las armas naturales! Ya me apesta lo del

cambio de tarjetitas, y la farándula de los padrinos con sus idas y venidas, y la farsa de los sables romos, y el sueltecillo de cajón: "Anteayer, jugando con unos sables, recibió un arañazo en una bota el distinguido joven Periquito de los Palotes....", Pleca, y luego: "Ha quedado honrosamente zanjada la cuestión surgida entre Periquito de los Palotes y Juanito Peranzules...." ¡A freir monas! Y ¡vaya una manera de volver por la decencia! El puño, señores... y á vivir.

—El puño es de carreteros—arguyó el comandante Irazu, hombre desmedrado y lacio como un guante viejo, mirando de soslayo, con aparente desdén, la enorme diestra huesuda de Mauro Pareja.

—El puño y la bota, y peor para la gente esmirriada—repitió con acento incisivo Mauro.—Y hasta los dientes y las uñas, ¡qué demontre!

—Como las verduleras—bufó Irazu.—Bonito sistema. El mejor día nos arrancamos el moño. ¡Taco, oye uno cada cosa!

—El duelo—declaró el redicho juriscon-

sulto Arturo Cádiz en voz muy flautada—es contrario á las enseñanzas de la religión y á los adelantos de la moral social. Nos retrotrae... pues... nos retrotrae á los tiempos perturbados de la Edad Media. Es una costumbre bárbara, importada por los germanos de sus selvas vírgenes...

—¡Que la importase el moro Muza!...— exclamó Pablito Encinar, el pececillo más nuevo del acuario, acabado de salir del colegio de artillería. —¡Mire V. á mí qué!

—¿De modo—recalcó Cádiz, engallándose mucho—que V. se batiría en duelo? ¿V. sostiene que cometería un asesinato legal?...

—Señor mío, eso según y conforme... Ahora hablamos á sangre fría. Pero supóngase V. que un hombre me injuria atroz, mortalmente... ¿Me trago la injuria? ¡Tráguela V., y buen provecho le haga! V. no viste uniforme. Es decir, yo, aunque tampoco lo vistiese, no me la tragó. ¡Qué había de tragar! Figúrese V... vamos, verbigracia... que aquí, delante

de todos, viene un individuo y le planta á V. un bofetón en mitad de la geta... ¿Qué hace V.? Se lo guarda, y se consuela con que los germanos?...

Al llegar á este punto la discusión, mi observatorio de los espejos me reveló una cosa rara. Rodrigo Osorio tenía vuelto el rostro hacia la pared, pero lo copiaba la luna más próxima, y vi que se ponía, no pálido, sino verde, lívido, desencajado como un moribundo. Sus labios se movían convulsivamente, y su mano crispada hacía dos ó tres veces el ademán de aflojar la corbata, propósito irrealizable, pues era de las que llaman de *plastrón*. A la vez que comprobaba en Rodrigo esta impresión profunda é iba á volverme para preguntarle si estaba enfermo, las deladoras lunas me hicieron nuevas revelaciones; en ellas ví á tres ó cuatro Mauros Pareja guiñando el ojo y tirando de la manga á otros tantos Pablitos Encinar, y á los Pablitos Encinar dándose tres ó cuatro palmadas en la boca, de ese modo que significa: “¡Tonto de mí! Soy un charlatán

imprudente. „Y al punto que observé estos dos hechos, vi en el espejo que las figuras cesaban de accionar, mientras mis oídos percibían, en vez del alboroto de la polémica, un silencio repentino, embarazoso, helado. Dos ó tres segundos después sentí un dramático escalofrío: Rodrigo se levantaba, tomaba su sombrero, y sin pronunciar una sílaba abandonaba el salón.

Fué todo ello tan de repente, tan impensado, que al pronto me quedé sobrecogido, no acertando ni á preguntar á los que, indudablemente... *sabían*. Al fin conseguí exclamar, dirigiéndome á Pareja:

—Pero, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado aquí?

—¡Este Pablito!—contestó Pareja señalando al joven teniente, que se mordía el bigotillo, muy nervioso.—¡Le ponen á uno en cada compromiso los novatos!

—¿Pero qué es ello? ¿Si yo no sé nada!

—¡Hombre! ¿No ha de saber V.? Rodrigo le quiere á V. mucho... y además hasta los gatos lo saben.

—Pues las personas no; yo, al menos. Le ruego á V. que me ponga al tanto...

—¡No saberlo V.!—repuso Pareja con suspicacia.—Bueno, pues en dos palabras le enteraré... La cosa es muy sencilla. ¿Se acuerda V. de aquella generala tan salada, tan guapetona y tan seria, que tuvimos hace tres años? ¿No? Verdad que V. no estaba entonces aquí... Pues era una mujer... de patente, y no faltaron almas caritativas para susurrar que este Rodriguito y ella... En fin, cosas del pícaro mundo. Si fuese verdad, el caso probaría que los chicos educados en tanto beaterio son lo mismito que los demás mortales que no andan comiéndose los santos... Digo, no; ya verá V. cómo, en ciertos casos, resultan diferentes. El general se enteró de las murmuraciones, hay quien cree si por algún anónimo... y se dejó decir que él no se batía con chicleos, pero que tiraría de las orejas y hartaría de bofetones á Rodrigo donde le encontrase. La mamá se asustó, se llevó al niño á Compostela, y allí le metió de

coronilla, sin duda para acabar de volverle loco, en iglesias, confesonarios y conventos.

Al cabo de dos ó tres meses regresaron aquí; no estaba la generala: se había ido á las aguas de Cuntis; el general sí, y ahora entra lo bueno de la historia. Una tarde, paseábase el general, con su ayudante al lado, por la calle Mayor, y Rodriguito, que venía en sentido contrario, se le acerca, se encara con él y le dice (hay quien lo oyó como V. me oye): "Sé que V. desea abofetearme. Aquí estoy. Puede V. cumplir su deseo." El general alza la mano... y ¡pum! De cuello vuelto, ¡terrible, monumental! Todos creían que el muchacho iba á sacar un revólver... ¡Nada, señores, nada! Aguantó, agachó la cabeza, se volvió... y se retiró lo mismo que ahora, con mucha pausa, sin decir chuz ni muz, arrimando el pañuelo á las narices que le sangraban.

Hubo una explosión de risas y de comentarios. Pablito Encinar juró y se retorció el naciente bigote. Sentí en la cara

el ardor del recio bofetón, como si acabase de recibirlo. Temblé de ira. Comprendí en aquel instante toda la fuerza del afecto que Rodrigo me inspiraba. La lengua se me entorpecía, de pura rabia y cólera frenética. Por medio de un esfuerzo terrible me dominé, y pude articular estas frases, que dejaron á los peces más boquiabiertos de lo que estaban por costumbre:

—He conocido á Rodrigo Osorio hace un año, en Madrid. No le conocí en ninguna *soirée* ni en ningún teatro, ni en timba ninguna, sino á la cabecera de mi cama. ¿Cómo? Aguarden Vds.... Parábamos en la misma fonda. Supo él que un paisano suyo, un marinedino, se encontraba enfermo de una tifoidea, bastante solo y casi abandonado. No preguntó más. Se metió en mi cuarto á cuidarme. Me cuidó como un hermano, como una hermana... de la Caridad. Pasó diez noches sin desnudarse. No contrajo mi mal, porque Dios no lo quiso. Ahora, el que sea más valentón que Rodrigo Osorio, que salga ahí. ¿Lo están Vds. oyendo? ¡A ver,

á ver si alguno tiene ganas de que yo sea el general! Porque á mí me hormiguea la mano...

.....  
 Mauro Pareja no esgrimió contra mí los dientes ni los puños. No me vi tampoco en ocasión de *jugar* con ningún sable, florete ni otra arma mortífera.



## REALIDAD

DRAMA DE DON BENITO PÉREZ GALDÓS

### I

Génesis y nacimiento de la obra.

IGNORO si el autor de *Gloria* habrá perpetrado el inevitable drama de los primeros tiempos de vida literaria; el que se guarda oculto en los rincones más secretos del escritorio, con rubor y emoción pueril. Lo cierto es que desde hace más de cuatro años da vueltas y vueltas en su creador magín á la idea de adaptar una novela al teatro y soltarla como *ballon d'essai* de los nuevos procedimientos llamados á vigorizar nuestra alicaída dramaturgia. Distraído á veces de este pensamiento, ora por sus tareas de novelador fecundísimo y archilaborioso, ora por viajes al extranjero, ora por la construcción de un palacete de recreo en la costa

á ver si alguno tiene ganas de que yo sea el general! Porque á mí me hormiguea la mano...

.....  
 Mauro Pareja no esgrimió contra mí los dientes ni los puños. No me vi tampoco en ocasión de *jugar* con ningún sable, florete ni otra arma mortífera.



## REALIDAD

DRAMA DE DON BENITO PÉREZ GALDÓS

### I

Génesis y nacimiento de la obra.

IGNORO si el autor de *Gloria* habrá perpetrado el inevitable drama de los primeros tiempos de vida literaria; el que se guarda oculto en los rincones más secretos del escritorio, con rubor y emoción pueril. Lo cierto es que desde hace más de cuatro años da vueltas y vueltas en su creador magín á la idea de adaptar una novela al teatro y soltarla como *ballon d'essai* de los nuevos procedimientos llamados á vigorizar nuestra alicaída dramaturgia. Distraído á veces de este pensamiento, ora por sus tareas de novelador fecundísimo y archilaborioso, ora por viajes al extranjero, ora por la construcción de un palacete de recreo en la costa

santanderina, siempre volvía á hostigarle la idea, sostenida por esa mansa tenacidad que forma la base del carácter de Galdós. En el cerebro del Dickens español se desarrollaba poco á poco la serie de racionios que impulsaron á todos sus colegas de Francia á intentonas dramáticas, no siempre coronadas por el éxito. Zola, Daudet, los Goncourt, han corrido el albur de la escena, y—fuerza es declarar lo paladinamente—se ganaron sus correspondientes silbas; de tal modo, que les sirvieron de título para fundar un banquete *de los autores silbados*, donde no pudo tomar asiento Ivan Turguenef hasta que juró haber sido silbado en Rusia.—¿Por qué razón—ha dicho en alto el pontifice del naturalismo francés, y ha debido de pensar Galdós,—se pretende aislar al teatro de otras formas literarias, con las cuales guarda tan estrecha relación—la poesía, la novela? ¿Con qué derecho se afirma que la literatura representable no tiene que ver con la del libro? ¿Qué significa ese *don* famoso, esa quisicosa indefini-

ble, clave del arte escénico, parecida á la virtud del zahorí y distinta de la inspiración; esa maña ó tino, mezcla de la destreza del artífice y el prestigio del domador de fieras? Quien puede un día tras otro, en páginas inmortales, estudiar la fisonomía moral de una época, analizar el corazón humano, crear caracteres, entrechocar con fragor de tempestad las pasiones más violentas y los sentimientos más profundos; quien puede desencadenar la ola de la risa y soltar las fuentes del llanto ¿ha de encontrar cerrado el camino de la escena por culpa de ese duendecillo que se llama *el don*, por falta de práctica en ciertas rutinas, el cubiletaje que dominaron autores secundarios como Scribe?

Tales pensamientos debieron de agolparse en la mente de Galdós, unidos á otros que le impulsaban á acometer la empresa. Si en la prosperidad y lozanía de un género literario hay estímulos que incitan á cultivarle, también los hay en la decadencia y anemia de ese mismo género

para infundir pujos redentores. Nuestro teatro es parte sobrado integrante de nuestra gloria literaria, para que podamos ver tranquilos su angustiosa agonia. La indiferencia del público, su hastío, su predilección por los escenarios líricos y los géneros cómicos inferiores, nos duele como nos dolería un bofetón en el rostro. Aun comprendiendo que todavía sostiene la honra de la literatura dramática algún nombre ilustre y algún generoso esfuerzo, no pudo creer Galdós que su cooperación fuese inoportuna. Además, bien tenía que comprender el príncipe de nuestros novelistas que él no representa un guarismo agregado á la suma, sino una dirección original, ó si quiera la tendencia más marcada hacia la innovación teatral, dentro de los límites que señala al escritor cauto (y Galdós lo es en grado eminente) la tolerancia posible de los espectadores.—Y pasando de este interés general, de este celo que infunde á todo escritor patriota (también lo es Galdós, á su manera) el espectáculo de

una decadencia nacional, á otros móviles más personales y egoistas, pero lícitos y humanos, pudo Galdós desear la variedad sabrosa, probando sus fuerzas en una tarea estrictamente literaria, que, por lo tanto, debía estar á su alcance. Galdós ha escrito ya muchos tomos de novela, no tantos que no los leamos con avidez sus devotos, pero bastantes para que ya pesen sobre los débiles hombros de nuestro público leyente, tan corto de resuello como versátil y antojadizo. Estas oscilaciones termométricas no pudieron pasar inadvertidas para un hombre observador y sensato como el autor de *Angel Guerra*—que es además editor de sí mismo. La escena era un campo nuevo, libre (fuera de esos contadísimos ilustres nombres á que antes me referí) de serias competencias, un camino directo para intimar otra vez con el temible público, para hacer vibrar con más intensidad sus fibras y despertar su embotada sensibilidad artística. Porque el escritor, viva en sociedad ó escóndase en el retiro, busque ó

evite los elogios directos, aunque aparezca revestido de una coraza de indiferencia y escribiendo como quien cumple una función orgánica, tiene siempre la vista del alma fija en el público, y su corazón late á compás de ese "corazón inmenso," de la sociedad para quien produce.

Tantas razones — y en rigor bastaría una sola — fueron condensando en Galdós la voluntad de probar fortuna en el teatro; voluntad convertida en resolución inmediata en Octubre del 91. — Al pronto dudó si escribiría *una comedia* enteramente nueva, que no se basase en ningún libro. Después, la tentación de la forma dramática ya hecha de *Realidad*, y quizás el convencimiento de la importancia y vitalidad de esa novela, le impulsaron á recortar en ella el drama. Algún tiempo vaciló acerca del título. Recuerdo que para variarlo se fundaba en lo siguiente: "*Realidad* y *La Incógnita* son una sola novela, en dos tomos, con título distinto; la substancia de estos dos tomos ha de condensarse en el drama; si lleva el título

lo de uno solo, me expongo á malas inteligencias. Además, el título de *Realidad* parece un poquillo abstracto; tal vez cause extrañeza ó el público no se entere.„ Yo confieso que, lejos de encontrarlo abstracto, parecíame *Realidad* un nombre, si no músico y peregrino como el de Dulcinea, por lo menos alto, sonoro y significativo, como el de Rocinante; y sin duda debió de entender lo mismo al fin y al cabo el autor, cuando impuso al drama el título de la segunda parte de la novela.

Llegado á elegir escenario, decidióse Galdós por el del teatro de la Comedia, no porque en otros faltasen actores muy dignos de estimación, sino por la mayor igualdad en el cuadro de compañía, y acaso porque el Español parece dedicado especialmente á la trusa, y al drama ó comedia de nuestro teatro romántico antiguo y moderno, y en la Princesa dominan el género festivo y el género francés. Entre estos dos opuestos extremos, la Comedia ofrecía un terreno neutral, propio para la novedad de la tentativa. — No hay

que decir si los directores (lo eran entonces Emilio Mario y Antonio Vico) aceptaron gustosos la propuesta. La separación de Vico no dejó de dificultar bastante el futuro reparto de *Realidad*. No se arrojó ni se durmió Mario: al punto reorganizó su compañía, llenando el vacío de Vico con Miguel Cepillo y enriqueciendo el cuadro con la adquisición de María Guerrero. Galdós, retirado á Santander, puso mano á la tarea, y no tardó mucho en aparecerse aquí con dos actos ya dispuestos. La obra había de tener cinco, como suelen las francesas.

Aún no habían principiado los ensayos, y estuvo á pique el novel autor de reservar su obra para la temporada próxima, pues si *El Obstáculo*, de Daudet, hubiese conseguido un éxito proporcionado á la fama de su autor, podía retrasarse el estreno de *Realidad* hasta muy cerca de la Semana Santa, época desairada y desfavorable. Poco duró, sin embargo, este recelo; *El Obstáculo* no nació viable: activáronse los ensayos de *Realidad*, se

encargó á Bussato la decoración, eligieron sus trajes las actrices, discutióse la famosa cuestión de la *sombra*, para decidir si había de ser *impalpable* ó reflejada por un espejo en triángulo, y empezó para Galdós el purgatorio en que todos los autores dramáticos deben de haber expiado sus culpas, á saber: el del lápiz rojo.

Ha de entenderse que las tachaduras y supresiones en una obra dramática, aceptada y reconocida ya por buena y de ley, pueden obedecer á dos causas: extensión, y pudor ó delicadeza de epidermis en el público. Los actores expertos,—aun reconociendo que la experiencia falla hasta un grado increíble en estos asuntos teatrales,—tienen tomado el pulso al aguante del espectador en *tiempo y modo*: saben cuántos minutos puede sufrir un burgués permanecer sentado, sin moverse ni fumar, y presienten y olfatean qué palabras ó conceptos escucha ese mismo burgués sin escandalizarse. De aquí las parrillas en que frien al autor. "La escena, preciosa. ¡Qué lásti-

ma!... Le sobra de largo más de la mitad., "Esa frase es una monería; sólo temo que el público la tome por donde quema, la dé un sentido equívoco y feo y se nos solivianta., "¿Resistirá el público que le lleven á casa de la Peri?., "¡Ay, Dios mío! Los arrumacos de Augusta y Federico en el acto segundo no sé yo si pararán en bien., "Estas frases no se las he oído decir á Emilio Mario, entre otras razones, porque no asistí á los primeros ensayos de *Realidad*; pero supongo que si no las dijo las pensó, y las indicaría suavemente, con toda la consideración debida á una persona de la talla de Galdós.— Y éste, habituado á la omnimoda y bizarra libertad de la novela, más de una vez debió maldecir el convencionalismo escénico y darse al diablo y aun repetir para su pañosa:

«¿Quién te metió á salinero,  
Juanillo, siendo pastor?»

Al fin, sorteando bajios donde el talento jamás naufraga; limando por aquí

y apretando por allá; buscando efectos y redondeando actos, quedó el drama ensayado y dispuesto para estrenarse el día 6 de Marzo (un martes por más señas).

## II

La noche del estreno.—La segunda noche.—Actitud del público.

Andaba la curiosidad todo lo despierta que puede andar en España por un suceso meramente literario, y contra lo que algunos temían, el público no llevó á mal la subida de precios de las localidades en la primera noche. Componíase el lucidísimo concurso, no sólo de los *habitués* de los estrenos—literatos, críticos, dramaturgos, periodistas—sino de amigos particulares y admiradores de Galdós, entremezclados con indiferentes, á quienes conducía al teatro, ó una afición general, ó una comezón especial de ver el alboroto. Aunque sin alarmante insistencia, habían corrido voces de que era "natura-

lista „ y “ peligroso „ el drama, y el olorci-  
llo de la pólvora tiene sus aficionados.

Pasó el primer acto, con la tertulia de  
Augusta y al final la rápida revelación de  
su amorosa inteligencia con Federico, sin  
conseguir sacar de su reserva y especta-  
ción al auditorio. Levantóse la cortina  
para el acto segundo, y apareció la mora-  
da de la Peri, y la Peri donosa, desgarrada,  
chulesca; y el público se desentumeció,  
rió, y los que estudiábamos al público  
recordamos una frase.

*J'ai ri... Me voila désarmé.*

Ni asomos de protesta cuando Federico  
Viera acepta los fondos, producto de la  
famosa pignoración de las joyas de su an-  
tigua amante; y la misma tolerancia quan-  
do, después de la mutación, se advierte  
que hemos salido de Scila para entrar en  
Caribdis; que ya no estamos en casa de la  
Peri, sino en el nido ó asilo donde se ven  
la infiel esposa de Orozco y su desabrido  
galán. Aplausos para algunas frases; aten-  
ción é interés creciente, pero no fundido

aún del todo el hielo de la extrañeza, y  
exacerbados al final del acto los senti-  
mientos hostiles, que se manifestaban por  
virulentas discusiones en los pasillos. Me  
han asegurado que hubo quien se levantó  
de la butaca antes de que el telón bajase,  
pronunciando en alta voz cierto *gros mot*  
que ni aun con perifrasis me atrevo á in-  
dicar...

Pasó el escollo moral, y se llegó al es-  
collo material de la obra, al tercer acto.  
Así como en el segundo era de temer que  
se alterase la bilis de los defensores de la  
moralidad teatral, en el tercero podía el  
público impacientarse al notar que la ac-  
ción dramática, detenida por dos inciden-  
tes que á primera vista no parecen de  
gran interés, no avanzaba. La gracia y el  
valor intrínseco de esos dos incidentes  
(presentación de Clotilde, la hermana  
de Federico Viera, y aparición del *co-  
meta*, padre del mismo Federico) los hizo  
llevar, no sólo en paciencia, sino con gus-  
to y deleite; y al terminar ese tercer acto  
tan temido, fué cuando se desbordó el en-

tusiasmo del público avezado á admirar á Galdós, y éste fué llamado á la escena repetidas veces, y aclamado calurosamente, y saludado con afecto reverencial.

En el acto cuarto siempre hubo confianza. Su factura movida y trágica, su molde conocido, casi familiar para los espectadores, que reconocían allí el drama tal como ellos acostumbran verle y entenderle, hicieron que desde el primer instante el público *entrarse* en la intención del autor, y obedeciese á su impulso, y sintiese y aplaudiese, no el pasado de Galdós, sino el valor propio de la hora presente.—Yo no juraré que haya sido tan unánime el efecto del acto quinto: indudablemente se aceptó como se aceptan los dogmas de la fe, con una especie de asentimiento más nacido de la voluntad que de la inteligencia. El público advertía que allí se encerraba algo muy grande, tal vez muy revolucionario, y rendía culto al Dios todavía ignoto.—Una deficiencia de *mise en scène* pudo haber comprometido gravemente el éxito del

final. Al aparecer la sombra de Federico Viera, que divisa Orozco en la puerta del billar, de los espectadores sólo una tercera parte la veía.—Y el monólogo de Orozco, sin la aparición de la sombra, perdía su efecto. No obstante, el público salvó este inconveniente, y terminóse el drama con entusiasta ovación. Aplaudían las señoras, de pié en los palcos; surgían de las butacas ardientes aclamaciones; en la cazuela ondeaban centenares de pañuelos... A la salida me encontré á un estudiantillo, lector asiduo de Galdós. "Llevo las manos como si me hubiesen puesto sinapismos," dijo, enseñándome sus coloradas palmas. Detrás de él venía una dama, sofocada y ronca. "No sé cómo tengo la garganta—exclamó.—¿A que el drama me cuesta una enfermedad?,"

Con todo esto, aún no estaba yo segura del éxito del drama ante el público. Porque la primera noche dominábamos los amigos del autor: y nadie subraye con maliciosa risita esta declaración noblemente espontánea, y sepan cuantos la le-

yeren que si hombre de carácter tan poco sociable como Galdós se ha granjeado un nucleo de amigos á prueba, es... por lo que es; porque la admiración al insigne artista se ha transformado en amistoso afecto. No aplaudimos á Galdós porque somos sus amigos: somos sus amigos porque hemos tenido un día tras otro que aplaudirle. Y entonces — preguntará un curioso — ¿por qué temía V. al público de la segunda noche? Los méritos que á Vds. se les impusieron convirtiéndose en amistad, influirían en el mismo sentido sobre ese público. — Con igual lisura declaro que ahora, reflexionándolo bien, atribuyo la aquiescencia del público de la segunda noche, en parte al valor propio de la obra y del autor, y en parte á lo que podemos llamar la velocidad adquirida. Nunca suele la segunda noche comprometer el éxito de la primera, ni casar la sentencia del tribunal escogido de los estrenos. La segunda noche se aplaudieron los mismos pasajes que en la anterior habían arrancado aclamaciones. Y ha pasado el pri-

mer turno, y muchas noches ya, y *Realidad* sigue representándose: y parece que, al revés de lo que con otros dramas sucede, no afloja la concurrencia, ni hay señales de que se piense en mover el cartel. No se crea, sin embargo, que *Realidad*, en la opinión de los espectadores, navega por una balsa de aceite. Cada espectador lleva en sí un crítico incipiente y un moralista en agraz: entidades terribles, sobre todo esta última. Yo tuve ocasión de oír un diálogo de moralistas, varón y hembra, que platicaban descuidadamente, sin presumir que nadie les oía. Era durante el segundo acto, cuyas primeras escenas repugnaban muchísimo á la señora. En su opinión, el autor podía haber sacado á la escena á la Peri..., siempre que la Peri hablase sin descoco, muy por lo fino, y siempre que ningún detalle revelase al espectador que nos encontrábamos en casa de una pájara tal. Los campanillazos del marqués y de *Ojirris* la sublevaron: ¿no valdría más que fuesen las *Hermanitas de los pobres* y el

jamonero, v. gr., quienes llamasen á la puerta de Leonorilla? Así nos quedaría la duda de si aquella prójima *era ó no era*, y hasta podrían las gentes timoratas figurarse que se trataba de alguna parienta lejana de Federico, que por filantropía sacaba de apuros al calaverón.

En cuanto al caballero, lo que le destinaba era el segundo cuadro del acto. Vamos, que aquello... era el acabóse. Una mujer casada que tiene un amante; y que sobre tenerle le ve á solas; y sobre verle á solas le dedica frases de ternura y le habla de cerca, con cierta expansión... es lo inaudito en materia de inmoralidad. La sociedad y la familia no podrán resistir este golpe de piqueta, asestado contra sus mismos cimientos. Y el moralista añadía, parodiando sin saberlo la célebre frase del proceso contra Flaubert: "¡Ay de mí, si yo hubiese traído aquí á mis candorosas hijas!"

Las candorosas hijas de aquel padre estaban á los pocos días en el teatro Real viendo el estreno de *Edgar*, donde hay

cortesanas y orgías por todo lo alto. Y comentando la ópera nueva de Puccini, y comparándola á las anteriores, decían ellas que nada como el duo de *Los Hugonotes*, entre *Valentina*, la esposa infiel, y su amado Raúl; aquel duo que lleva el escalofrío de la pasión hasta la medula de los huesos. Otra de las niñas prefería la *Traviatta*, con sus eróticas languideces y sus poéticas redenciones por el amor; pero la tercera, vivarachilla y modernista en sus gustos, abogó por el *Mefistófeles* de *Boito*, con los retozos de Fausto y Margarita entre las flores, y los arrobos nupciales de Fausto y Elena en las *bodas clásicas*.—Abrazos y besuqueos no faltaban en todas estas óperas; pero, ¡qué diantre!, en italiano, que no es lo mismo.—El papá no las acompañaba aquella noche. Tenía varios quehaceres: propalar á primera hora, en el Casino, que á *Realidad* no podía asistir nadie que conservase un adarme de sentido moral y de vergüenza; que en el estreno las señoras, indignadas, se habían

levantado y protestado, retirándose del teatro; y que á este paso, dentro de poco no habrá hogar, ni costumbres, ni puchero doméstico, ni nada absolutamente (estilo Taboada.) A eso de las once nuestro moralista sale del Casino, y va... ¡Pero por Cristo, que no se entere Galdós!, va á echar un parrafillo con la Peri. Hasta cerca de la una no se acaba el Real, y aún tendrá tiempo de recoger, con el landó, á la señora y las niñas...

## III

La crítica periodística de *Realidad*.

Me ha parecido curioso leer casi todos los periódicos que hablaron de *Realidad* antes ó después del estreno, y comprobar la disparidad de sus críticas. He de observar que la crítica de teatros, que al referirse á obras de poco fuste suele estar en completo desacuerdo con la crítica verbal del espectador, en obras como *Realidad*,

*dad*, que encrespan y remueven al público, no es más (á la crítica escrita sigo refiriéndome) que eco fiel de esas opiniones contradictorias, tan enérgicamente expresadas durante los entreactos, en pasillos, antepalcos, saloncillo y cuartos de los actores. Lo que ha de decir al otro día la prensa, ya zumba en la atmósfera del teatro la noche del estreno, y puede inferirse de las caras dilatadas ó contraídas, de las miradas gozosas ó fieras, de las voces, de las exclamaciones, hasta del movimiento nervioso con que un periodista se cala la chistera ó empuña el bastón. Las perifrasis del día siguiente son cendal indiscreto que transparenta la nuda idea formulada la víspera con pintoresca crudeza de lenguaje. ¡Venturosos los autores que consiguen desencadenar borrascas, arrancando de su dormilona indiferencia al público, y de su complaciente escepticismo á los que dan forma escrita á la opinión!

Los críticos se han dividido en dos bandos: ditirámicos, que volcaron el saco de las hipérboles, y examinadores, que die-

levantado y protestado, retirándose del teatro; y que á este paso, dentro de poco no habrá hogar, ni costumbres, ni puchero doméstico, ni nada absolutamente (estilo Taboada.) A eso de las once nuestro moralista sale del Casino, y va... ¡Pero por Cristo, que no se entere Galdós!, va á echar un parrafillo con la Peri. Hasta cerca de la una no se acaba el Real, y aún tendrá tiempo de recoger, con el landó, á la señora y las niñas...

## III

La crítica periodística de *Realidad*.

Me ha parecido curioso leer casi todos los periódicos que hablaron de *Realidad* antes ó después del estreno, y comprobar la disparidad de sus críticas. He de observar que la crítica de teatros, que al referirse á obras de poco fuste suele estar en completo desacuerdo con la crítica verbal del espectador, en obras como *Realidad*,

*dad*, que encrespan y remueven al público, no es más (á la crítica escrita sigo refiriéndome) que eco fiel de esas opiniones contradictorias, tan enérgicamente expresadas durante los entreactos, en pasillos, antepalcos, saloncillo y cuartos de los actores. Lo que ha de decir al otro día la prensa, ya zumba en la atmósfera del teatro la noche del estreno, y puede inferirse de las caras dilatadas ó contraídas, de las miradas gozosas ó fieras, de las voces, de las exclamaciones, hasta del movimiento nervioso con que un periodista se cala la chistera ó empuña el bastón. Las perifrasis del día siguiente son cendal indiscreto que transparenta la nuda idea formulada la víspera con pintoresca crudeza de lenguaje. ¡Venturosos los autores que consiguen desencadenar borrascas, arrancando de su dormilona indiferencia al público, y de su complaciente escepticismo á los que dan forma escrita á la opinión!

Los críticos se han dividido en dos bandos: ditirámicos, que volcaron el saco de las hipérboles, y examinadores, que die-

ron á Galdós, como autor dramático, un aprobado ó un suspenso, previas las formalidades que marca la ley. Toda mi admiración por Galdós no impedirá que me incluya entre los segundos, por considerarles más útiles á la educación de ese público que ha de sostener la vida de la escena. El elogio incondicional nunca será enseñanza: cierto que para distinguir y colocar en su verdadero punto de vista (punto de vista personal, claro está) cuestiones de esta índole, no basta ser justo, hay que ser amplio de criterio, pues se trata de una innovación. Siempre se me ocurre—al otro día de un estreno importante, como ha sido el de *Realidad*, y como fueron algunos de Echeagaray—que no deberían escribirse tantos artículos con pretensiones de crítica literaria, y si unos *comptes rendus* muy fieles, muy formales, bien entendidos dentro del noticierismo, dejando el análisis para los contados verdaderos críticos, que lo verificasen pasado algún tiempo, y habiendo asistido á la repre-

sentación, no algunas febriles horas de borrascosa noche de estreno, sino varias veces, y leyendo la obra. Pero la costumbre ha introducido este abuso; cada diario quiere adelantar su fallo, y son tales juicios de impresión como el polvo que levanta el galope del corcel, y que tan pronto sentado como removido, borra, al aplanarse, la huella del mismo que lo atumultuó.

Se comprende que no me propongo citar toda la prensa. Los artículos que conservo bastan para dar idea de que *Realidad*, como suele decirse, ha alborotado el gallinero, y que el tiempo no está completamente bonancible.

*El Imparcial* y *El Liberal*, con gran sorpresa mía (porque siempre fueronregoneros de la fama de Galdós), se han mostrado reservados, hostiles más bien, á *Realidad*: cierto que en el primero de estos dos populares diarios todavía no se ha publicado la anunciada crítica de Baltart (este respetado crítico asistió, no sólo al estreno, sino al ensayo general tam-

bién). Según *El Imparcial*, Galdós no tiene veta de dramaturgo: una cosa es la novela, otra el teatro, y los que animen al autor de *Realidad* á seguir probando fortuna en las tablas, quieren engañarle.—Bajo el seudónimo de *Licenciado Amaniel* supongo que se encubre Federico Urrecha, y él fué quien, al otro día del estreno, publicó una sentencia dictada “por el augusto tribunal de la opinión pública”, y con sus considerandos y resultandos (dicen los abogados que invertidos en el orden) donde se falla que el título de autor dramático no se le puede conceder al Sr. Galdós sino bajo condición de prometer “que en lo sucesivo ha de olvidarse de que es novelista cuando ponga mano en una comedia”.—Mucho más severo, hasta rayar en durísimo, es el juicio de *La Epoca*, que formula Pedro Bofill. Urrecha sólo censura el procedimiento: Bofill se ensaña con la forma, el fondo, los caracteres, la totalidad de la obra en suma, dedicando á Galdós lo que en Francia y en la jerga periodística se llama un *érein-*

*ment*, ó sea una *reventadura* en toda regla. En su concepto, tiene *Realidad* “un fin desastroso”; no causa “emoción estética”; es demostración de que “el desprecio al pudor público parece enseñorearse de nuestro teatro”; Federico Viera es un villano y un granuja; Orozco, un Juan Lanás, un hombre sin corazón, un egoísta, y debiera llamarse Cornelio. Me parece á mí que para manojos de flores críticas...

*El Heraldo de Madrid* consagró á *Realidad* tres artículos que forman perfecto contraste, y son la mejor prueba de que nunca deben los escritores emplear esta frase: “Tal periódico me ataca”, sino esta otra: “Fulano me ataca en tal periódico”. El primer artículo anterior al estreno, titúlase: *Ni tanto ni tan calvo...*; lleva al pié la firma del satírico Antonio de Valbuena, y es indignada catilinaria, que se adelanta á calificar á *Realidad* de modelo de inverecundia, algo como la *Mandrágora* de Maquiavelo, fundándose en la lectura de

la novela y en el argumento del drama que la prensa anticipó. A mi también me toca en el artículo el correspondiente arañazo, por *Una cristiana*; y esto me recuerda la graciosa paradoja de cierto ilustre escritor, el cual afirma que sus buenas acciones le costaron siempre disgustos, y las malas le reportaron dichas sin cuento. *Una cristiana* pensaba yo que aburriría á los lectores de puro ascética, de puro santa, y para que vean Vds., á Valbuena le ha ruborizado el libro. — Con mi habitual veracidad he de añadir que, en mi concepto, Valbuena no finge ese rubor. Le he visto alarmarse de veras con infinidad de lecturas, de que ningún literato puede prescindir, si ha de estar al corriente de lo que se hace y piensa en su siglo. Sea ó no sincero el sentimiento manifestado por Valbuena (y repito que me inclino á la proposición afirmativa), tal sentimiento cae fuera del orden crítico-literario, y nada tiene que ver con el gusto. Si yo, al juzgar un libro, tropiezo con un pasaje á mi juicio invere-

cundo, no por eso he de desestimar la obra en su totalidad, en su absoluto valor: porque á ser de otro modo, echaría al fuego el *Quijote*, las *Novelas ejemplares*, la *Celestina*, muchos de los mejores dramas de nuestro teatro, todo el de Shakespeare, etc., etc... sin hablar de la *Santa Biblia*, que de pasajes formalmente inverecundísimos está atestada. Esto que digo es cosa muy manoseada, ya lo sé; pero, *similia similibus*... El segundo artículo de *El Herald* también está fuera de la crítica, por caer en el extremo opuesto y ser obra de un incondicional encomiasta, el Sr. Martínez Barrionuevo, que no disfraza su propósito, pues dice expresamente: "Tratándose de Galdós, no le juzgaría en ningún terreno, porque soy fanático suyo. El fanático no piensa; siente; no discute; se arrodilla y acata." El tercer artículo lleva la firma del *Abate Pirracas*, y se mantiene en el término medio de un juicio de impresión, elogioso, pero con tasa. Las observaciones de este artículo son, en general, atinadas y

justas, aunque encerradas en límites estrechos que impiden su desarrollo.

Jacinto Octavio Picón, en *El Correo*, sin dejar de rendir homenaje cumplido á los méritos del autor de *Realidad*, manifiesta que, á título de novelista, no se da por convencido de que se pueda convertir una novela en drama, y *viceversa*. Galdós tendría derecho para responder á esta objeción con las palabras de Segismundo:

«Cayó del balcón al mar.  
¡Vive Dios, que pudo ser!»

Pero claro está que Picón no niega la posibilidad del hecho, sino su legitimidad en derecho literario. "Convertir una obra teatral en novela—dice el autor de *Dulce y sabrosa*—es robarle la fuerza; equivale á echar gotas de esencia en grandes cantidades de agua. Convertir una novela en drama, es querer encerrar una selva en los linderos de un jardín. La lucha contra la naturaleza de las cosas es inútil. No concibo la enérgica concisión de cuanto hace y dice *Hamlet*, desparramado en

las páginas de un libro, ni nadie ha podido aprisionar en unos cuantos actos de comedia los grandes desvaríos de Don Quijote. Sin embargo, Picón cree que Galdós "no ha hecho un drama más, sino un drama que se diferencia mucho de cuanto hemos visto hasta ahora"; y que la condición capital de este drama, que le distingue de los restantes, consiste "en la medula de la obra", no en su armazón ni en su estructura: porque todo drama es "pintura y desarrollo de pasiones, desenvolvimiento de hechos y sucesos que hacen sentir: *Realidad* hace pensar: de aquí que no la entiendan ó la juzguen erradamente los que la miran al través del sentimiento."

En opinión del crítico de *El Resumen*, el éxito de *Realidad* y la ovación tributada á su autor en la Comedia, significan "una ovación y un triunfo para la llamada escuela naturalista. Galdós, que parecía apartado en cierto modo, desde hace algún tiempo, de los procedimientos y de las tendencias de esa escuela literaria, pre-

sentó anoche la batalla franca y lealmente, proclamando en alta voz sus creencias y desarrollándolas con toda sinceridad. Ese es su mejor timbre de gloria.»

Con mayor entusiasmo, si cabe, se expresa Julio Burell en *El Día*. En su sentir, la representación de *Realidad* fué á la vez triunfo y apoteosis. Galdós ha triunfado de todo, "hasta de aquel sentimiento del bien ajeno que anoche no dejó tampoco de asomarse á algunos rostros lividos y de mover algunas lenguas desgraciadas." No sólo vagaba por el teatro la sombra de Shakespeare aquella noche, sino que "después de los dos últimos actos del drama, puede asegurarse que por el teatro de la Comedia pasó Shakespeare mismo, con su carne y con sus huesos, y lo que es más, con el genio que engendró las cóleras de *Otelo* y la figura extraordinariamente dramática de Cleopatra..."

Al lado de este dictamen, y á título de *repoussoir*, pongamos el del Sr. Díaz Valero, el cual en *España y América* asegura que "*Realidad*, en la escena, no es

más que un ensayo;," y que si Galdós, como novelista, es el primero, "como dramaturgo no ha de dejar atrás á Echegaray ni á Sellés. ¡Harto podríamos pedir con que llegara hasta ellos!,"

Entre estos artículos periodísticos tan contradictorios, prueba de que Dios entregó el mundo (sobre todo el mundo literario) á las disputas de los hombres, descuella, á mi entender, por su moderación y buen criterio (entendiendo yo ahora por buen criterio la mayor suma de conformidad con mi propia opinión, y séame dispensada la aparente inmodestia) el trabajo que en *La Justicia* inserta el Sr. Altamira. Ya diré hasta dónde estoy de acuerdo con el joven profesor. Su crítica me agrada, sobre todo porque cala más allá de la corteza, y propende á relegar á segundo término las cuestiones de formalismo dramático. En casos como el de *Realidad*, la crítica, más que nunca, debe recordar que el espíritu vivifica y la letra mata.

## IV

La obra. — ¿Puede convertirse una novela en drama? Condiciones externas de *Realidad*: estructura, dimensiones, recursos dramáticos. — Condiciones internas: trascendencia, moralidad. — ¿Es *Realidad* un drama naturalista ó realista, ó trae por otro concepto nuevas fórmulas á la escena?

Mi fallo no ha de dirimir esta cuestión: en pos de mí vendrán otros catadores de vino generoso, y en pos de esos catadores y de mí, el tiempo, que corrobora y da su precio al licor. Lo advierto para que no se atribuya á injustificable pretensión la forma del presente trabajo, y paso á decir lo que pienso de *Realidad*.

Para mí carece de fundamento la discusión de si una obra novelesca puede ó no puede convertirse en dramática. Apenas me explico que eso se discuta. Es verdad que me siento rebelde á las divisiones, subdivisiones y clasificaciones de los tratados de retórica, sobre todo si se atribuye á tales divisiones carácter de

límites esenciales, y no de puramente formales, establecidos para auxiliar al crítico y al estudioso en su tarea, en modo alguno para cohibir y ligar al creador. En estética soy nominalista y *darwinista*, en cuanto creo que el concepto del género y de la especie es fruto de nuestro entendimiento y no verdadera ley de la naturaleza, la cual no interpone esas paredes entre las diversas manifestaciones de su fecunda actividad. — Si nos atenemos á los hechos, la novela, desde hace diez años, está dando pábulo á los escenarios parisienses, algunas veces con fortuna (ejemplo, *Safo*, de Daudet, que de novela ha pasado á hermoso drama). Ni han sido los primeros en insinuar esta costumbre los novelistas de la presente generación, la falange llamada *naturalista*: les señalaban el camino sus predecesores: recuérdese el glorioso ciclo recorrido por *La Dama de las camelias* en el teatro, y su procedencia novelesca. Como no hay efecto sin causa, investiguemos el origen de esta invasión

del teatro por la novela. No vacilo en afirmar que se debe á la superior plenitud, riqueza y profundidad de la novela moderna, comparada con la dramática propiamente dicha. Y nótese que éste no es un fenómeno aislado ni actual: se ha reproducido dos veces en este siglo. A principios de él, cuando la lírica era la gran forma expresiva del sentimiento general en el arte, la lírica dominó en la escena y á su predominio se debe el teatro romántico. Desde mediados del siglo, la savia artística y la electricidad intelectual se han acumulado en la novela; llegó el momento de que el teatro le rinda parias y sufra su influjo también. No quiero decir que todos los dramas se hayan de calcar ó inspirar en la novela: no soy tan literal, sólo quiero indicar que los procedimientos y el contenido analítico y humano de la novela moderna tienen que imponerse al teatro, como se impone el individuo fuerte al débil; que no podrá eternizarse el divorcio de la escena y del libro, allí todo convención y falsedad, aquí verdad

y libertad todo; que debe aspirarse á que llegue un día en que se fundan dos personalidades al parecer inconciliables, el *lector* y el *espectador*, y se pongan de acuerdo la sensibilidad y la inteligencia. Si esto no se consigue, peor para el teatro.—Que suceda arreglando novelas ó sin arreglarlas, es lo de menos en rigor, y penderá de cómo se arreglen. Malos dramas pueden extraerse de la mejor novela, y dramas malísimos abundan, que no fueron novelas jamás.

Que en lo externo el drama ha de sujetarse á ciertas leyes y reglas, no impuestas por áridos preceptistas, sino preestablecidas por la conveniencia y la razón. eso no he de negarlo, porque sería delirio. Y tengo que reconocer que *Realidad*, en sus condiciones externas, en su estructura, dimensiones y recursos dramáticos, dista bastante de la perfección, aunque no le comparemos á modelos tan admirables, en ese respecto, como *El sí de las niñas* ó la *Consuelo*, de Ayala. Tampoco hemos de pedirle el *crescendo* enérgico

y sublime de dramático interés, el conflicto tan hábilmente preparado, con tan sabia gradación producido por Tamayo en *Un drama nuevo*. Bien podría yo achacar las deficiencias de *Realidad*, por este concepto, á impericia dramática de Galdós; pero en mi alma y conciencia creo que nacen de su propia genialidad artística, más poderosa que refinada, más lozana que recortada, más fresca y viva que calculadora.—He de advertir que la perfección escasea más que la inspiración, no sólo en nuestro teatro del siglo de oro, sino en casi todo el moderno. Zorrilla compuso un acto que es una maravilla de factura teatral (el primero de *Traidor, inconfeso y mártir*), y ya no pudo sostenerse á la misma altura en los dos siguientes. Eche-  
garay ha solido incurrir en el mismo pecado. Otro tanto puede decirse del Duque de Rivas: su *Don Alvaro* es un prodigio... con indefendible y pecadora estructura.

En *Realidad*, el defecto más palpable— como que se demuestra sacando el reloj— me parece su extensión. El drama es ma-

terialmente largo. El mal podría remediarse quizá con un tije-teo mañoso, sin suprimir acto ni escena, eliminando únicamente algo de ramazón lozana, pero inútil. Comprendo que pedirle al autor tal sacrificio es querer, como Shylock, que un hombre se deje cortar por lo sano una librita de carne.— Para leído el drama, poco importa que dure un cuarto de hora más ó menos; pero el espectador, después de la media noche, va gradualmente impacientándose y enervándose. Si no lo nota en el mismo teatro, lo notará al regresar á su casa, y tal vez el mal humor se convierta en juicio crítico hartamente severo. Todo esto debe tenerse en cuenta, aunque sean minucias.

La estructura de *Realidad* (entiendo por *estructura* la disposición y orden de las partes del drama, la división de los actos y la cantidad de acción que á cada acto corresponde) tampoco la juzgo completamente satisfactoria. Del acto tercero pienso lo mismo que el Sr. Altamira: que es episódico, *al menos teatralmente*, y

que un episodio no basta para llenar un acto, sin que se produzca cierta solución de continuidad en la marcha *dramática* de la acción y en el interés de los oyentes. —Acaso el inconveniente podría haberse remediado insertando en el primer acto la escenita de Clotilde. En fin, no me toca indicar el remedio; estas sustituciones del pensamiento ajeno por el propio son demasiado impertinentes. Ni sé —repito— hasta qué punto conseguiría Galdós, dado que se lo propusiese, obedecer á esas leyes del sumo interés teatral y de la composición refinadamente artística.

No todos los recursos dramáticos introducidos en *Realidad* me satisfacen. Sintiendo Galdós la dificultad de *justificar* —ante ese público que quiere explicárselo todo y no sabe entrever gran cosa al través de las penumbras del alma— el suicidio de Federico Viera, buscó la forzada intervención de Manolo Infante presentando á su antiguo amigo el revólver como única solución, y presentándoselo, no ya *con palabras*, sino *materialmen-*

*te*: depositando un revólver verdadero, de hierro y madera, sobre el escritorio de Federico. Semejante incidente (que no sé si alguien ha censurado) me parece lo que se dice en Francia *une ficelle*, un cordelito que imprime movimiento automático á un personaje. En la novela no hay ese rasgo de tan increíble fanatismo; ese amigo que, de los varios caminos que puede elegir un hombre, puesto en el caso de Federico Viera, sólo halla expedito el del revólver. Ni es la culpa de Federico —aunque grave— tan inusitada, ni es Infante hombre de tan exaltada y fiera rigidez que se justifique verle notificar la sentencia de muerte, inmediatamente ejecutada por el reo. En la situación de Manolo Infante (primo y enamorado secreto de Augusta), compréndese que, al saber la dicha lograda por Federico, rompiese la crisma á su feliz rival y ultrajador de su familia. Todo, menos aquel revólver colocado sobre la mesa.—Tampoco me contenta el devocionario de la madre de Federico. Como recurso dramático, si el

revólver es inconcebible, el devocionario es algo inocente. Véase la demostración palmaria de los peligros de la escena. Los recursos que desapruebo produjeron efecto en el público, el primero dando lugar al abrazo de Infante y Federico, el segundo sirviendo de pretexto á que Federico, antes de matarse, regale á Augusta aquel devocionario sagrado, que en tanta estima tiene. Y esto último—dicho sea entre paréntesis—no responde al carácter del sentimiento que une á Federico con Augusta, porque Federico siente hacia la esposa de Orozco repugnancia moral entrecortada por ráfagas de sensual pasión; Federico (y este es un rasgo de profundo alcance en la novela y en el drama) *no le perdona á Augusta la infidelidad á Orozco*; Federico desprecia (sin querer—selo confesar á sí mismo) á la que sedujo; tiene náuseas de la victoria, náuseas que tal vez engendró el hastío. ¡Extraña, pero frecuente contradicción del alma masculina! A Augusta no le regalaría Federico—el bien observado por Gal-

dós en la novela—el devocionario de su madre.

Estos reparos, y algunos más que omito, no afectan á las condiciones internas del drama de Galdós: á su moralidad, á su trascendencia, á su alto sentido filosófico y cristiano. Para saborear el contenido de *Realidad*, toda su medula, tal vez no se encuentra bien preparado el público: el nivel del drama es más alto que el de los espectadores (en conjunto y salvando excepciones honrosísimas.) Hay en *Realidad* dos elementos superiores, que exigen en el auditorio gran cultura, unida á cierta nobleza de intención, análoga á la buena fe del catecúmeno: es el primero la hermosa vestimenta del lenguaje, tan castizo, tan expresivo, enriquecido con mil esmaltes intelectuales, sin que pierda su jugo y su espontaneidad y su corte de charla al uso: es el segundo la fuerza de la honda corriente de ideas éticas que rueda bajo la fábula ó la historia que representan los actores. En este punto también digo como el Sr. Altamira,

que en *Realidad* hay dos dramas, uno casi vulgar, el de Federico Viera, con el suicidio por remate, y otro, el de Orozco y Augusta — el mejor, el de alto vuelo — que acaba en una sencillísima escena, los cónyuges que se dan las buenas noches como siempre, sin gritos, sin riña, sin escándalo, sin ningún acontecimiento exterior... mientras el espectador comprende que en sus almas se consume el divorcio supremo y eterno.

El final de *Realidad* me había parecido siempre admirable, original y sugestivo. Además, no hay pensamiento tan cristiano. España es una nación donde los poetas teólogos casi elevaron á deber religioso el asesinato de la esposa infiel ó solamente acusada de infidelidad. Yo creo que en la vida real jamás abundaron los *médicos de su honra*: pero la musa de Calderón los dibujó, siniestros y fatídicos, como inquisidores del hogar. *Médico de su honra* es el anciano protagonista de *Un drama nuevo*, aquel Yorick, que cargado de años y de canas no vacila en in-

molar á sus salvajes celos á una niña con quien la prudencia debió aconsejarle que no se uniese, y á un mancebo á quien dió mil veces el nombre de hijo. Y qué, desde los tiempos de Calderón acá, ¿no había de ver la humanidad más claro? ¿No había de fructificar la sangre de Cristo, derramada por la paz y el perdón? ¿Había de ser Orozco, encarnación de altísimo criterio moral contemporáneo, un tigre sanguinario y rencoroso, como es en el fondo Yorick? Yo no niego la belleza de Yorick, lejos de eso: también me parece bello Otelo, y Don Gutierre Alfonso, y Don Lope de Almeida, el marido de *A secreto agravio...* ¿pero ofrecerles hoy como *ideal*? ¡Qué repulsivo horror!

Yo sostengo que no sólo Orozco es un cristiano verdadero, sino que Augusta podía confesarse con él, sin perjuicio, claro está, del sacerdote. Orozco no exige á su mujer, para perdonarla, sino lo que exigiría el confesor: descubrir la conciencia enferma y desear la salud. Decíame una persona de altísimo entendimiento,

que Orozco no es todavía lo bastante generoso: que al perdón no se le ponen condiciones, y menos la de una confesión siempre humillante. Elijan Vds. entre esta quintaesencia de la generosidad y el parecer de los que quisieran que Orozco *lavase su honor* (como si el honor se lavase con crímenes) apuñalando á Augusta.

De buena gana prescindiría de la cuestión de escuela al hablar del drama de Galdós. Cada día repugno más esos tiquismiquis, no por lo que en sí representan, sino por el sentido falso y grosero con que el vulgo los traduce. ¿Es realista ó naturalista el drama? Yo diría que ni lo uno ni lo otro: algo nuevo, sí, aunque no sin precedentes en la escena española, en la francesa y particularmente en el extraño teatro de Ibsen. Para definir lo menos mal posible este género, le llamaré realismo romántico-filosófico. En el diálogo, en el medio ambiente y en el desarrollo de la acción externa, veo el contingente realista: en ciertos recursos y en los caracteres, el romántico (ejemplo Augusta,

Federico, Infante, el mismo Orozco): en el alcance del drama, el filosófico. Si no evitase la prolijidad, demostraría, analizando los dramas de Ibsen, que en ellos se advierte esta misma amalgama. La observo también (con predominio del elemento romántico) en varias obras de Echegaray. La verdadera novedad del drama de Galdós consiste pues en abrir puertas al realismo en la forma, y al pensamiento filosófico en el fondo, uniendo á mayor suma de verdad ese sentido de la vida humana que se revela en un momento supremo y la marca para siempre con un trazo de luz ó un estigma de miseria y pequeñez: momento decisivo, como aquel en que el esposo de Elida Wangel, en el drama de Ibsen, deja á su esposa en libertad para huir ó quedarse en el hogar puro y sagrado.—Por este carácter complejo y amplio del drama de Galdós, también creo que, sin formar lo que se llama escuela, ejercerá influencia poderosa sobre la dramática futura... y acaso (y esto sería más bello aún) sobre

el alma española, á la cual por el camino de la novela se puede llegar, sí... pero ¡ay! mucho más despacio.

*Mise en scène* y desempeño de *Realidad*.

Poco y malo tengo que añadir respecto á las decoraciones de *Realidad*, que debieran contribuir al efecto, y pudieron haberlo frustrado. La del "gran salón en casa de Orozco", decorado "con elegancia y riqueza", parece, según graciosa comparación muy gráfica, oída de bastidores adentro, "una libra de chocolate". Son unas bambalinas viejas, repintadas con mucho ocre. Con la de casa de la Peri tampoco puedo transigir, y menos con la posición de los muebles. En cuanto á la presentación de la sombra de Federico, ya queda dicho que la ven pocos espectadores. ¡Lástima grande que el resultado probable de estos dramas no permita

á los empresarios arrostrar desembolsos, de esos que resarce en breve cualquier mediano sainetillo, disparate ó *viaje cómico-lírico*!

Mejor vestidas que la escena—infinitamente mejor—estaban las actrices; propios y adecuados me parecieron sus trajes y atavíos, desde la bata roja y las chinelas bordadas de la señora Martínez (*la Peri*), hasta el modesto traje y el humilde velito de la señorita Morell (*Clotilde*). Entre los actores, tal vez Federico Viera debería presentarse más aliñado; digo, me parece á mí. Un perdis elegante y aristocrático, por arrancado que se encontrase, no calzaría tan mal. Quizá me paro en nimiedades, y casi no me atrevo á añadir que el *cachemira* de María Guerrero, aunque tan legítimo y rico, estorba para el juego del último acto; yo preferiría un deshabillé flojo, lo que suelen ponerse las damas cuando andan mal de salud ó de humor.

Al arrostrar el papel de *Augusta* en *Realidad*, María Guerrero ha ganado

leguas de terreno en su carrera artística. He oído estos días infinidad de pareceres, y declaro que, la mayoría, muy favorables á la joven actriz. Todo el mundo reconoce que la edad de María Guerrero no permite á sus facultades el pleno desarrollo y la pujanza que adquirirán al completarse y perfeccionarse en los linderos de los treinta. Ni su cuerpo gentil pero pobre aún de líneas para la expresión dramática en la actitud; ni su voz límpida, que la pasión irá timbrando gradualmente; ni sus delicadas facciones, á las cuales el tiempo añadirá importancia y relieve, son hoy por hoy lo que exige el tipo de aquella terrible Augusta, toda fuego y fantasía, toda barro humano, Eva completa, incomprendible antes de la tercer década, la hora crítica de la mujer. — Conseguir así y todo llevar el papel sin rendirse á su pesadumbre y tener bastantes momentos afortunados, es ya haber puesto una pica en Flandes. — No faltó quien estableciese comparaciones entre lo trabajado esa noche por María Guerre-

ro y lo que corresponde á Julia Martínez y Jaun á la señorita Morell. Yo digo que no hay términos hábiles para comparar. Sea cualquiera el mérito respectivo de las tres artistas, la desproporción de las dificultades que tenían que vencer es enorme. Los papeles de *la Peri* y *Clotilde* son airosos, corrientes, redonditos, hechos de encargo para que una actriz se luzca. No hay en ninguno de los dos momentos dramático, sino sales cómicas y agudezas de esas que ellas solas se dicen y se ríen. Además, *la Peri*, en medio de su arrastrado vivir, es siempre el simpático carácter español, la chula, la barbianna franca y dadivosa, contra quien nadie levanta el dedo. En cambio *Augusta*, tipo heterodoxo, esposa culpable y no arrepentida, concita la animosidad, y en su largo papel tiene que pasar desde la chispeante coquetería y la celosa ira del primer acto, á la peligrosa escena del segundo, á la trágica del cuarto y á la no menos trágica y más difícil del quinto. ¿Cómo es posible olvidar esta lucha, esta

prueba, al juzgar la interpretación de *Realidad* por María Guerrero?

Miguel Cepillo es muy á propósito (razón tenía Echegaray) para encarnar á Orozco, el santo. Su presencia varonil y el grave acento de su magnífica voz, le ayudaron grandemente, sobre todo en la escena del último acto con Augusta. El Sr. Thuillier, que hizo de *Federico* (otro papel de mucho cuidado) me agradó menos, y no me es fácil precisar la razón: tal vez será porque lo fia todo á la expresión del rostro, jugando mucho los ojos y descuidando la plástica, ó sea la actitud del cuerpo—que debe corresponder á la expresión de la cara, como saben bien los mismos gimnastas del circo, que en esta parte pueden servir de modelo.—Sin duda la cabeza y la fisonomía han de dominar, pero el cuerpo expresa también, á pesar de la monotonía del traje y el automatismo de las maneras de nuestra sociedad. Recuerdo que una de las cosas que más me impresionaron en el gran actor Novelli, fué verle puesto de espal-

das, apoyado en un piano, y conociéndose que lloraba en silencio por el movimiento de los hombros. Ningún sollozo *oido* me produciría más dramático efecto que aquellos sollozos mudos, indicados por una actitud.

Fuera de *Orozco*, *Augusta* y *Federico*, y tal vez *la Peri*, los papeles de *Realidad* son secundarios. El de Mario no podía encerrar ni grandes peligros ni capitales victorias para tan ducho autor, capaz de mayores empeños.

En general, los actores sostuvieron el drama, y esta afirmación, en apariencia restrictiva, encierra en mi intención y en el caso presente, una cumplida alabanza.





## UN MONJE HISTORIADOR

DE LAS

### LETRAS CONTEMPORÁNEAS EN ESPAÑA

(El Padre Francisco Blanco García)

#### II

La tarea del Padre Blanco fué doblemente ardua y peligrosa al llegar á la parte segunda y entrar de lleno en la literatura de nuestros días, obra de autores que viven, y, por consiguiente, intrigan aún. Para la primera parte encontraba el Padre guía y luz en trabajos anteriores, dispersos, pero utilísimos materiales, que hizo perfectamente en aprovechar. Esto en cuanto á los elementos externos. Los internos eran también favorables: el agustino podía estimar con mayor serenidad y despreocupación á los autores muertos, los cuales ya no militan ni en pro ni en contra de ideas y creen-

cias que está obligado el Padre Blanco, por sus hábitos, á defender. Tal es la virtud del tiempo, que precipitando las escorias y cuerpos extraños al fondo del recipiente, deja sólo visible la transparencia y claridad de la hermosura.

Aun haciendo caso omiso de este daño del juicio por el interés; aun purificando la conciencia crítica de todo lo que no sea amor al arte por el arte mismo (y esta purificación tendría algo de milagrosa), el juicio sobre autores vivos y en activo servicio no puede menos de salir turbio, desenfocado, erróneo casi siempre. El pintor y el escultor se echan atrás, se colocan á conveniente distancia para ver en su obra algo más que un conjunto de charrinones ó una masa informe de barro. La misma separación necesita el crítico: su retroceso para el golpe de vista tiene que ser de años—un cuarto de siglo por lo menos.—No se me arguya que niego el derecho á la vida á la crítica de actualidad. Mal podría negárselo sin negarme á mí propia. Lo que no me parece seguro es

el carácter definitivo de semejante crítica. Tiene su valor, muy grande, tal vez incalculable, como dato de impresión; mas no es ni puede ser estimación rigurosa de una serie de fenómenos que sirva de base para deducir principios de estética, y menos apreciación justa de valores relativos. En toda crítica de actualidad ocupa mayor lugar del que le corresponde la insidiosa medianía, y se borra la línea divisoria que en los estudios retrospectivos separa el pormenor de mera erudición compiladora, del dato importante y de transcendencia profunda.—Un ejemplo esclarecerá mis palabras. Nadie ignora que Guillermo Shakespeare fué precedido y acompañado de una legión de dramaturgos secundarios. En su tiempo, de seguro no faltó quien discutiese acaloradamente á Shakespeare y le pusiese quizá por bajo de los Marlowe, los Kid, los Greene, los Peele.—Hoy, este supuesto nos parece una blasfemia: ¿por qué? Porque el retroceso y el tiempo transcurrido y la persistencia de la admiración del

orbe, consagrando una reputación ya secular, han enseñado al más ignorante, al más boto, lo que va del genio al talento, ó al ingenio, ó á la habilidad á secas. Hoy no se necesita ni haber leído á Shakespeare para escandalizarse de la blasfemia consabida; hoy se comprende que los dramaturgos contemporáneos del autor de *Otelo* pertenecen á la *erudición*, y á la *estética* sólo Shakespeare.—Ya sé que de los autores más ilustres á los más infimos que juzga el Padre Blanco, no va tanta distancia como de Shakespeare á sus émulo; pero no me retracto.

Se me dirá que ese pormenor mezquino, esos oscuros nombres, llegarán á revestir gran importancia para los investigadores futuros, porque, en suma, la erudición no hace sino recoger mañana lo que ayer se desdeñó y se juzgó indigno de mención expresa, y que si cada siglo ahorrarse al venidero la molestia de averiguar ciertas cosas, le daría hecha una labor hartamente enojosa é impertinente. Pero quien tal diga se equivoca de medio

á medio; la erudición genuina desdénia lo fácil, y confunde lo difícil y raro con lo precioso: además, la erudición no va tras la noticia por su valor intrínseco, sino por el relativo de la curiosidad y por el que accidentalmente puede prestarle alguna relación histórica, bien como la moneda roñosa y cubierta de verdín, que en sí vale un ochavo, se estima cuando corrige ó rectifica la cronología de un monarca ó la época de un suceso.—Quítenle al erudito las emociones del coleccionista ante el ejemplar único, y el erudito perderá el cariño á su empresa. Ya se sabe: el descubrimiento erudito de mañana es la insignificancia de hoy, que para adquirir valor necesita desaparecer años y años bajo la densa capa de polvo del más absoluto olvido. ¿Qué no darían los sabios por puntualizar cómo vivieron un día entero, desde levantarse hasta acostarse, Góngora ó Lope? ¿A quién le importa saber lo que están haciendo ahora mismo Campoamor ó Zorrilla?

Ello es que el Padre Blanco, dado el

método que sigue, no podía evitar en este segundo tomo mayores desaciertos que en el primero. Lo reconocen con sorprendente unanimidad cuantos juzgan por escrito ó de palabra *La Literatura española en el siglo XIX*. Si el segundo tomo se mantuviese á la altura del anterior, la obra tenía seguro un éxito indiscutible. Tomemos en cuenta la enorme dificultad de la empresa, pero no ocultemos deficiencias que se han de remediar, pues el Padre Blanco dispone de mimbres y tiempo.

Es materialmente imposible, y además inútil, registrar al menudeo toda la obra del Padre Blanco, libro frondoso, de entretrejida ramazón, donde tan pronto nos obstruye el paso la maleza de un seto de espinos como el tronco de un gigante roble, y al lado de las estrellas de primera magnitud hormiguea, con conatos de producir vibraciones luminosas, el polvillo cósmico: en su índice, á pesar de la omisión voluntaria de varios géneros, veo todas las cosas, y algunas más; la división

y clasificación de los incluidos no me satisface, y para proceder con orden necesario emprender una especie de anatomía del índice del tomo; después examinaré dos ó tres capítulos de los que más me interesen, y el resto lo dejaré á un lado, no por desdén, sino porque sólo en otro tomo de iguales dimensiones podría hacerme cargo del contenido de éste.

Después de dos capítulos dedicados á las *nuevas tendencias en la poesía lírica y en la leyenda* y á la *poesía tradicional andaluza, en su último período* (divisiones que no me parecen ciertamente justificadas, pues pretenden reducir á común denominador poetas tan diferentes en la entraña como Fernández y González y Cañete, que no era tal poeta, mientras el primero lo es de verdad, con brío, color, sonoridad é inspiración robustísima), viene el capítulo consagrado á los *traductores é imitadores de Heine*, donde leo — y ya no vuelve á sonar en todo el índice, — el nombre de Gustavo Becquer. Recuerden que ahora no hago más que la discusión

del índice, y noto la impresión de extrañeza que con razón ha de causar á los admiradores del ensoñador sevillano el que no merezca, como Campoamor, como Tassara y Ruíz Aguilera (estos últimos son dioses menores), un capítulo sólo para él, y no á título de imitador de Heine, — sin perjuicio de examinar las influencias que condicionaron su genialidad, como podrían examinarse las de Espronceda ó Campoamor, y en general las de cuantos han roto con la tradición clásica y cultista de la lírica española.

Si la división ha de ser una división analítica, de verdad, no por *géneros*, sino por *tendencias ó corrientes* (ya no decimos escuelas), apruebo que el Padre titule un capítulo *El neoclasicismo en la poesía lírica*; pero no hallo razón para que los siguientes se encabecen con esta definición ambigua: *El Teatro después del romanticismo*, seguida por *El drama lírico y la zarzuela*. Más extraño considero aún el dedicar un capítulo á un género indefinido, que el Padre llama *prosa*

*ligera*, y donde entran, como en la romana del diablo, los nombres más heterogéneos y los más contrapuestos estilos.— Nada tengo que objetar á la *nueva fase de la novela histórica* y al *Renacimiento de la novela de costumbres*: en cambio, entre los *Cuentos y narraciones cortas* observo que faltan nada menos que los nombres de Alarcon y Pereda, autores que sin duda descuellan tanto, y me inclino á decir que más, en los *cuentos y narraciones cortas* que en las novelas largas; también se omite el de Sellés, el del Doctor Thebussem, el del mismo Padre Coloma, que hasta hace un año sólo cuentos y narraciones cortas había escrito. Nótese que no me contradigo: no hago aquí listas de omitidos, pues á ninguno de estos escritores dejará de consagrar el Padre bastantes páginas en distinto lugar: sólo quiero decir (porque insisto en que estoy registrando el índice) que aparece deficiente un capítulo dedicado á los cuentistas y narradores breves, donde faltan esos nombres, y algunos más, tan necesari-

rios allí. No importa que se remita á otra parte del libro el estudio de los que valen y ahí echamos de menos: no por eso dejará de quedar incompleto el capítulo.

No he de recomendar tampoco la composición del que se titula *Más sobre la lírica contemporánea*. En él se mezclan los nombres respetados de Teodoro Llorente, Querol, Balart, con los de vates de certamen muy conocidos en el país selectivo donde crecen (si he de creer á cierto amigo mío de buen humor) los berros de oro y las escarolas de plata. El capítulo termina con la sección de *Los poetas del Madrid Cómico*. Enhorabuena tengan sección los poetas festivos, que algunos (como Vital Aza) valen por dos ó tres serios: en la patria de Baltasar del Alcázar, de Quevedo y de Gerardo Lobo, por ningún concepto se ha de desdeñar la poesía festiva cuando es buena, claro está, y de cierto el Padre no la desdeña: pero si yo aprobaría que se destinase una sección á la poesía festiva contemporánea en general, no así á la especial del *Madrid Cómico*.

co, que no es sino una de las varias publicaciones satíricas y jocosas, con caricaturas, que ven la luz en España, y que todas se parecen como un huevo á otro huevo. El hecho de ver la luz en este ó aquel periódico no puede servir para clasificar, bajo un tipo común, diversas poesías.

Al llegar á la *novela contemporánea*, censo que ocupen un solo y mismo capítulo Alarcón y el Padre Coloma, que aun cuando pueden tener tendencias afines y cualidades comunes, representan dos épocas bien distintas. La yuxtaposición de esos dos autores se explica tanto menos, cuanto que aquí la cronología es el guía más seguro y los períodos de la novela española están bien señalados y destacados, la primer etapa con Fernán y los costumbristas propiamente dichos; la segunda, con Alarcón y Valera; la tercera, con los maestros actuales. Para concluir esta disección del índice (que ya va siendo prolija), añadiré que tampoco juzgó que se puedan distribuir los críticos

en *académicos, periodistas y barceloneses*. Ya sé yo que el Padre tiene en su cabeza una división más clara y categórica: la de *críticos buenos, medianos y malos*, que es la fundamental á que en última instancia nos atenemos todos. Pero la enseñanza del público que pide á libros como el del Padre guía, consejo y doctrina, exige gran precisión en esto de imponer nombres; pues el fin de los nombres, como dijo quien lo entendía, es "que por medio dellos las cosas cuyos son estén en nosotros", y "traen consigo significación de algún particular secreto que la cosa nombrada en sí tiene".

He indicado los que creo lunares del plan general, porque ellos cifran y compendian lo más severo que yo acertaría á decir sobre el libro del Padre Blanco. Ya se colige que, si no estoy conforme con el plan, sería caso maravilloso que lo estuviese totalmente con la distribución de premios y castigos. Sin embargo, en esto podría suceder que no discrepásemos tanto. Casi todas nuestras discrepancias

se originarían de que á un religioso, por tolerante que sea, por sagaz instinto crítico que le adorne, se le imponen fatalmente ciertas apoteosis y ciertos anatemas que nacieron para servir de arma de partido en las columnas de los periódicos políticos, y quedaron ya estereotipados por la superficialidad y la pereza. No puedo atribuir otra procedencia á las apreciaciones que estampa el Padre respecto á la prosa de Castelar, apreciaciones que no sé si vulneran más la admiración que me inspira el ilustre orador por lo sucintas ó por lo injustas. De lesión enormísima se debe calificar aquel parrafillo del capítulo titulado *Prosa ligera*, donde, en nota para mayor dolor, se citan los *Recuerdos de Italia*, libro que firmaría con orgullo Lamartine, y que encierra el estudio sobre *San Francisco y su convento en Asts*, fuente de ensueños para mi imaginación juvenil y recreo constante de mi gusto, ya depurado por la edad... Cierto que á continuación, y también entre la prosa ligera, se incluye *La Alpujarra*,

perla de Alarcón. No son estos libros *prosa ligera* más que en cuanto no son prosa pesada, y porque en ellos tiende su vuelo la fantasía de escritores y artistas en toda la fuerza del epíteto: las galas de su estilo nacen de algo más hondo que el superficial propósito de amenizar un asunto y entretener al lector; son destello de impresiones profundamente sentidas y máxicamente expresadas, con la intensa vibración de que comunican á la prosa las almas que para el arte son lirás septicordes. Así han de juzgarse *La Alpujarra* y los *Recuerdos de Italia*, y este libro último lo tengo por más perfecto que *La Alpujarra*, dentro de su vuelo lírico, que hace de él un poema sin rima, pero no sin armonía órfica y misteriosa. Y para que se vea que no me dicta lo que voy escribiendo parcialidad ni interés amistoso por el gran tribuno, añadiré que tampoco á otros autores (alguno de los cuales, Valbuena, v. gr., me ataca en la prensa precisamente estos días) los echaría yo al saco de la prosa ligera. Valbuena, v. gr., ya que le

he nombrado, tiene lugar propio entre los cultivadores de la crítica *formal* y de la sátira.

No pretendo, con lo dicho anteriormente, imponer al Padre Blanco mis gustos, ni siquiera mis admiraciones. Hubiese el Padre escrito un largo estudio donde triturase á su gusto y á su manera el estilo y el género de Castelar, y yo diría que pensábamos de opuesto modo, pero no diría que en la obra faltan algunas páginas indispensables, sustituidas por otras enteramente innecesarias. Si bien lo que prestó mayor relieve á la magna figura de Castelar ha sido la oratoria, ¿cómo podrá desconocerse el influjo ejercido por esa misma oratoria y por los escritos del primer orador de nuestra época en la literatura general? La pompa y el ritmo de su período soberano influyen sobre nuestra lengua y nuestra prosa dondequiera, donde menos supondríamos quizá. No ha muchos días, al terminar Menéndez y Pelayo de leer su elocuente respuesta al discurso de recepción de Barbieri en la Academia

Española, me dijo persona muy calificada: "Note V. cómo se le ha comunicado á Menéndez algo del estilo rotundo y brillante y de las generalizaciones artísticas de Castelar.," Y era verdad: sin que existiese imitación ¡quién lo duda! ni sombra de otras similitudes rebuscadas, que amenguarían el mérito del sabio joven, podía notar un oído fino y experto esas analogías de forma que engendran, por suave é insensible modo, secretos estímulos morales é intelectuales, tan legítimos como poderosos. En eso precisamente consiste la diferencia entre figuras como la de Castelar y otras borrosas y pálidas que el Padre á veces evoca con cierta morosa delectación, de que sospecho que ya estará arrepentido. De las primeras sale una fuerza comunicativa, emana una virtud eficaz: prescindir de ellas es como prescindir de la época que las produjo, ó como practicarle la ablación de algún órgano esencial para la vida. Aun descartando la oratoria, no puede escribirse la historia de las le-

tras españolas desde mediados de este siglo sin tomar en cuenta á Castelar. Entre las muchas sugerencias á que debe hacerse superior, con altiva independencia, el historiador literario, figura en primer término la sugestión de la prensa política, que de quince años á esta parte embiste con irritado oleaje, no sólo contra la personalidad de Castelar, jefe de partido, sino contra la del literato y del artista, el Castelar que concilia las simpatías de toda Europa y de todo el Nuevo Continente americano. Para el historiador literario un escritor es siempre un escritor, grande ó pequeño, y si grande, *ipso facto* venerable. Ya veo que estos son los casos en que el hábito estorba, y también he de reconocer que á tanta parcialidad como el hábito á los monjes, impulsan á los escritores liberales los compromisos de secta ó los compañerismos de redacción.

Pero noto que mi artículo va pareciendo impugnación del libro del Padre, y no es tal mi propósito, ni menos sería justi-

cia, pues hay secciones del libro que casi sin restricciones alabo: por ejemplo, el estudio sobre el *Teatro después del romanticismo*, el cual, dentro de los límites prefijados por el autor, da idea bastante exacta del carácter, condiciones y mérito relativo de nuestros dramaturgos anteriores al romanticismo de Echegaray. Los juicios acerca de Tamayo, Eguilaz, Ayala, Serra y demás autores de ese período de transición, son justos, avisados y discretos, y sólo me parece que huelga (dado lo compendioso del estudio mismo) el capítulo entero sobre el drama lírico y la zarzuela. También está bien resumida la que el Padre llama *nueva fase de la novela histórica*, especialmente si eliminamos un tremendo panegírico de *Amaya ó los Vascos en el siglo VIII*, obra ciertamente muy estimable, pero sin condiciones artísticas extraordinarias de esas que pueden asegurar hoy el éxito de una novela histórica (v. gr., *Salambona*, de Flaubert). Aunque el Padre, movido por la simpatía que le infunden junta-

mente el sentido patriarcalista de la obra y las ideas políticas y religiosas del autor dé á entender que se ha cometido con él una injusticia y que *Amaya* merecía más resonancia de la que obtuvo, al final del capítulo el mismo Padre viene á reconocer la razón, diciendo que "la novela histórica apenas tiene hoy vida en España, y el escaso número de ellas que se publican no pasa de ser desviaciones individuales y pasajeras del realismo imperante, consagrado por el ejemplo de los autores y por la afición del público.". Estas palabras, que encierran una observación muy exacta, son la mejor respuesta á los encomios de *Amaya* y al "sonrojo" de que las Revistas no le consagrasen mayor espacio y más atención, y sólo se ocupasen de ella "los correligionarios del autor.". Más en lo firme está el Padre cuando ensalza á Fernán Caballero: á Trueba en cambio le otorga un lugar que no confirmará el tiempo: la literatura de Trueba, pocos años después de su muerte, ya ha caducado: la de Fernán su-

birá cuando se coloque en su verdadero lugar á la autora de *La Gaviota*, de quien proceden en varios sentidos muchos de nuestros novelistas contemporáneos.

Algo deja que desear el capítulo titulado *La política y las letras después de la revolución de 1868*; ciertamente ahí es donde convenía remontar más el vuelo, estudiar la Revolución generosamente, y deducir, sin más pasión que la literaria, sus frutos en las letras. A sentencias tan duras y despiadadas como la que el Padre Blanco fulmina sobre el período revolucionario y hace extensiva á la Restauración, juzgando que no hemos debido á estas vicisitudes políticas sino una era de anarquía y casi de disolución intelectual y estética, objetaría yo lo que objetaba un distinguido crítico francés á Bonald, el ardiente apologista del derecho divino: "Siempre será, por mucho que se apoye en la elocuencia, tarea ingrata y estéril la de obstinarse en censurar obras realizadas por el proceso de las edades, que no hay fuerzas huma-

nas que puedan modificar... Persuadirse de que la sociedad no puede vivir sin instituciones muertas; no creer duradero sino lo fenecido; suponer por los eclipses de la razón humana que se ha de oscurecer sin remedio, es ir de un extremo á otro y añadir á los añejos nuevos males<sup>1</sup>."

Desdeñoso en extremo me parece también el juicio sobre Bartrina, que contrasta con la indulgencia que el Padre manifiesta á Núñez de Arce y á sus imitadores, y la bondad crítica que revela la larga cita del *Triunfo*, de Gabino Tejado. Bartrina, sin embargo, como artista, tiene, á vueltas de sus gravísimos defectos, una originalidad innegable; hay en él ciertas notas amargas que han resonado en el alma moderna, hay lacerías que él ha mostrado con cínico humorismo, como el Job de la leyenda su lepra horrible. A Bartrina no se le puede confundir con la turba multa: Bartrina tiene fisonomía propia.

<sup>1</sup> G. Merlet: *Tableau de la littérature française*.

Que esta fisonomía sea un *rictus* sardónico... no lo negaré; pero eso... ni quita ni pone. Sin contar con que para la tesis del Padre, tesis que podremos llamar "del mal de la generación presente", ningún argumento más lucido y sutil que el análisis del alma de Bartrina. Epoca bien dolorosa, por cierto estilo, la que ha podido producir ese cantor "triste como la muerte y la voluptuosidad", según dijo del rey Salomón alguien que lo entendía.—Las páginas dedicadas á *Larmig* sí que me parecen muy sentidas y hermosas, y justa la alabanza de ese poeta religioso, que prueba que en ningún tiempo faltó ninguna cuerda á nuestra lira. ¡Lástima que no haga mención de una de las joyas de *Larmig*, las hermosas *Quere-llas del vate ciego!*

Del estudio consagrado á Pedro Antonio de Alarcon y al Padre Coloma, poco he de decir, por lo mismo que en él se me cita reiteradamente, y que acabo de exponer mi juicio sobre estos dos novelistas en recientes publicaciones. El capítulo

consagrado á Valera es de los mejores de la obra; serio y razonado, puede dar idea de la compleja fisonomía de este ático y deleitoso escritor. En el que concierne á Pérez Galdós encontraría yo más reparos, pero sería un rasgo de mal gusto en mí el formularlos, después de oír de boca del mismo insigne novelista "que el capítulo está muy bien, y que le dé las gracias al Padre Blanco de su parte.". No seamos más galdosistas que Galdós...

Las páginas dedicadas á Pereda son también recomendables, aunque extremen algo el encomio, extremo inevitable en el crítico monje, porque Pereda es, al par que un gran artista, una bandera, bandera que el enemigo saluda con respeto... que ahí está lo curioso, y al par honroso, para la crítica extracatólica, verdadera autora de la fama de Pereda, consagrada por el prólogo de Galdós al *Sabor de la Tierruca*.—Por cierto que al tratar esta cuestión y hacerse cargo de algo que yo escribí sobre Pereda antes y después de que saliese á luz *La Mon-*

*talvez*, stampa el Padre Blanco los conceptos siguientes: "Perdóneme la egregia autora de *La cuestión palpitante* que en las páginas de este libro habló del huerto de Pereda, *bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres pero huerto, al fin*—ha dicho ella misma—*no extensa llanura ni dilatado parque*: yo no alcanzo á divisar por qué el mérito de una novela ha de agrandarse ó achicarse según los límites del escenario en que se desarrolla, ni, sobre todo, por qué ha de encerrar menores elementos de belleza la perspectiva de las costumbres provincianas, del mar inmenso, de costas y campiñas, tal como revive en las obras de Pereda, que el abigarrado microcosmos de las grandes poblaciones...—No puedo menos de rectificar, y estoy segura de que para el Padre Blanco será valedera mi rectificación, que ya no me tomo el trabajo de dirigir á ciertos regionalistas ó localistas estultos, de esos que serían capaces de decir como el marsellés del cuento: "*Troun de Diou!*"

*Si Paris avait la Cannebière... ce serait une petite Marseille!.*

Yo no he dicho jamás que el mérito de una novela se agrande ó achique según los límites del escenario en que se desarrolla. ¿Cómo había de decir tal dislate? En bien reducido escenario se desarrollan la primorosa *Colomba*, de Merimée; la admirable *Hechizada*, de Barbey d'Aurevilly; *Pepita Jiménez* (sin adjetivo), de Valera; *El Niño de la Bola*, de Alarcon; *Madama Bovary*, de Flaubert; *La Azucena en el vallé* (*Le lys dans la vallée*), de Balzac; y podría seguir citando títulos y autores ilustres, hasta que se me cansase la mano. Mal podría yo sostener una doctrina que nunca seguí. Por lo mismo que no me precio de gran novelista, se comprende que al escribir una novela he de aspirar á poner todos los medios para añadirle mérito, y no hubiese localizado *El Cisne de Vilamorta* en un poblachón, *Los Pazos de Ulloa*, *La Madre naturaleza*, y *Bucólica* en una aldea, y lo mismo parte de *Una cristiana*. Si su in-

clinación lleva al novelista á retratar costumbres aldeanas y tipos populares, bien hace en obedecerla. Pero el crítico no puede eximirse de tomar nota de esa inclinación, y de advertir, en uso de sus facultades críticas, que el marco de un escenario rural es tan favorable para el *paisajista* y el *costumbrista*, como desventajoso para el *psicólogo*, y que al novelador le hacen grande y excelso, más que las dotes del pintor de costumbres y telones de selva, las de buzo de almas. En el campo hay más *naturaleza* que *hombre*: y el que al campo se reduce, sobre todo con el exclusivismo que tiene demostrado Pereda, mejor tocará el paisaje que la figura, por inevitable ley de las cosas. Este y no otro alcance tenía mi asendereada observación sobre el *huerto*. Por lo demás, ¿quién duda que el villorrio, visto como supo verlo Flaubert, ofrece tanta riqueza psíquica como la más refinada capital? Allá el Dios que reparte los dones artísticos sabrá por qué otorgó á Pereda los suyos, adecuados para el cam-

peste idilio y la epopeya del mar, más que para el estudio psicológico.

Y esta es mi única rectificación, pues ya me libraré de dejarme llevar á discutir lo que acerca de mí y de mis obras escribe el Padre. En primer lugar, porque me considero muy favorecida con los juicios que le merezco; y en segundo, porque siempre he tenido por sistema dejar, en lo que á mi personalidad se refiere, desembarazado y franco el paso á la crítica, no ya á la muy benévola y delicada del Padre, sino á la más atrabiliaria, descomunal y furibunda. Defiendo mis ideas; mis obras que se defiendan ellas, y si no pueden, señal de que merecen sucumbir. Este es el cariño bien entendido del padre á su progenitura, y no ese celo extremoso que la resguardaría bajo un fanal para que no la diese el aire.

Ya me queda muy poco espacio que consagrar á lo que el Padre dice de nuestra crítica erudita y sabia y de actualidad, y que en general encuentro bastante discreto, pues describe ó caracteriza de

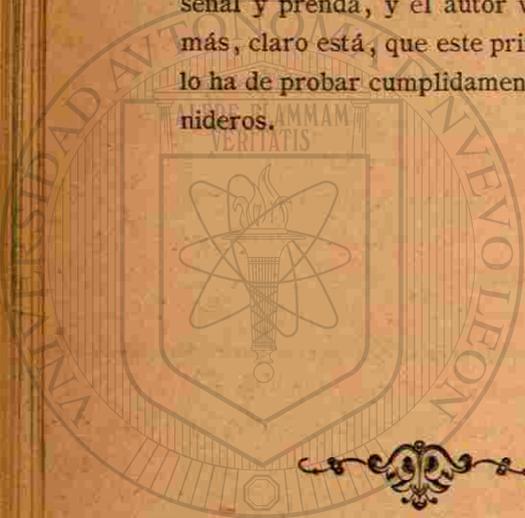
una plumada las figuras de los principales cultivadores de ese ramo ingrato y escabroso.—No diré que entrando en por menores no encontrase yo bastante asunto de controversia, lo mismo en ese estudio que en todo el libro; pero en el fondo vendrían á reducirse mis objeciones á lo que ya indiqué al hablar del primer tomo: demasiadas figuras secundarias; poca holgura para las principales y para los géneros que se hacinan y se atropellan, debiendo campear aisladamente en cuatro ó seis volúmenes, escritos y publicados en el espacio de dos ó tres lustros lo menos. Esto no implica nada que pueda lastimar al joven historiador; yo reconozco en él bastante acierto en general, elocuencia para expresar la admiración y para formular la censura, don de atraer é interesar al lector en el asunto que trata, y otras muchísimas condiciones que le permitirían, en ese plazo y en esos límites, darnos una obra cercana á la perfección; y si yo no viese en el Agustino estas dotes, me guardaría

de hablarle de plazos, porque hāy quien ni en un lustro ni en un siglo har sino boberas, y el Padre, en un plazo relativamente muy corto, ha hecho *algo* reconocidamente útil, idóneo para despertar el amor á nuestras letras en los países americanos, donde correrá, no sólo en el original español, sino en la traducción inglesa que en Nueva Yorck se prepara, y donde ya tienen noticia del libro por los detenidos análisis que Valera ha enviado  una de las publicaciones más importantes de aquel país. De todas las empresas literarias, el Padre escogió la más dificultosa, y esto, que debe por un lado obligarnos  severo y detenido examen, por otro nos impone, como deber sagrado y de conciencia, el reconocimiento expcito de los méritos contraídos en la labor. Para un alma valerosa es mayor incentivo  este acto de justicia la cerrada tempestad que descargó sobre el Padre con motivo de la publicación del segundo tomo. Se le maltrató como si hubiese cometido algún delito al dedicar su juventud

al estudio de las letras y al trato con Dios, en vez de estragarla en el café, el casino  el chiscn infame; y así como si declarase  voz en cuello no haber leído á nuestros poetas, novelistas, críticos y autores dramáticos se le trataría de obscurantista y apagaluces, por haberlos leído y juzgado con espíritu general de caridad y muchas veces con entusiasmo apologético, se le llamó sacristancillo entrometido y se le preguntó quién le daba  él, el muy pizpireto, vela en este entierro literario, y cómo el Obispo y el Superior no le quitaban las licencias y le ponían  pan y agua y calabozo siquiera unos meses.— Ya dije, hablando del Padre Coloma, que simpatizó con los *escritores maniatados*, los religiosos, las mujeres, porque necesitan tener doble talento, y tenerlo forrado en suprema energía, para que no les asusten los espantajos que les salen al camino, pegando, como la *fantasma del lugar* del inolvidable D. Ramón de la Cruz,

«unos bufidos,  modo  
de una vaca que desuellan.»

Repito lo dicho: el libro es digno de aprecio y vale mucho, sobre todo como señal y prenda, y el autor vale todavía más, claro está, que este primer libro, y lo ha de probar cumplidamente en los venideros.

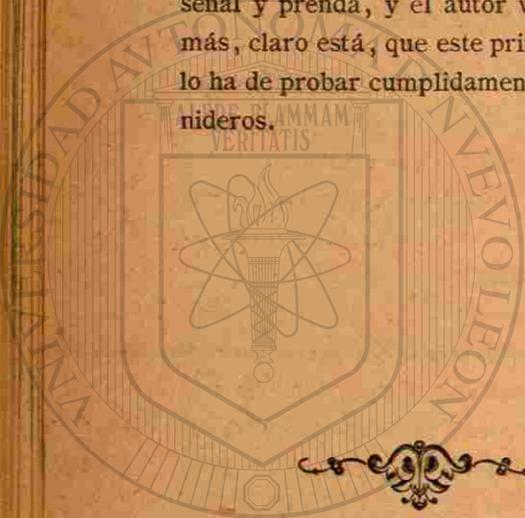


## CRÓNICA LITERARIA

EN un mismo día fué recibido el señor Barbieri en la Academia Española y se le hizo á D. José Velarde en el Ateneo honroso funeral.

El discurso de D. Francisco Asenjo Barbieri versó sobre *La música de la lengua castellana*. Tratándose de esta clase de música, no será atrevimiento disentir del parecer del nuevo académico, que conceptúa nuestra lengua nacional musical en alto grado. Dice Barbieri: "Lo primero que llama la atención y causa extrañeza á todo extranjero que pisa nuestro suelo es el tono con que nos expresamos hablando en voz alta, como prueba, no sólo de nuestro carácter meridional y vehemente, sino también de que nuestra lengua es tan rica de sonidos y tan ampulosa, que por esto, sin duda,

Repito lo dicho: el libro es digno de aprecio y vale mucho, sobre todo como señal y prenda, y el autor vale todavía más, claro está, que este primer libro, y lo ha de probar cumplidamente en los venideros.



## CRÓNICA LITERARIA

EN un mismo día fué recibido el señor Barbieri en la Academia Española y se le hizo á D. José Velarde en el Ateneo honroso funeral.

El discurso de D. Francisco Asenjo Barbieri versó sobre *La música de la lengua castellana*. Tratándose de esta clase de música, no será atrevimiento disentir del parecer del nuevo académico, que conceptúa nuestra lengua nacional musical en alto grado. Dice Barbieri: "Lo primero que llama la atención y causa extrañeza á todo extranjero que pisa nuestro suelo es el tono con que nos expresamos hablando en voz alta, como prueba, no sólo de nuestro carácter meridional y vehemente, sino también de que nuestra lengua es tan rica de sonidos y tan ampulosa, que por esto, sin duda,

la califica un escritor francés de lengua de oradores., Esa impresión de extrañeza la he notado yo, sin ser extranjera, en mí misma, al regresar de Francia, de Italia, de Alemania; la lengua española lastimaba los oídos; me parecía dura, recia, llana, apenas matizada ni flexible, en comparación de las que acababa de habituarme á oír. Mi propio dialecto de Galicia es de más varia y melódica condición; adáptase divinamente al canto, y los que acostumbramos á su dulzura la garganta, sufrimos siempre cierta aspereza al plegarnos á la fonética castellana é intentar perder el dejo ó caída gallega. Otros provincianos no son tan escrupulosos, y oímos á los oradores andaluces discursos sopeados, discursos sorbidos y discursos roncados. ¿No le dice algo al Sr. Barbieri ese hecho significativo, que él mismo nota, de que nuestros predicadores conviertan la melodía de la lengua en monótona salmodia, acentuando de una manera exagerada é iracunda, y nuestros actores pasen de la más campanuda solem-

nidad al tono más pedestre y prosaico, y otro hecho curioso, el que se puedan contar por los dedos pulgares los buenos lectores y el que los mejores no sepan desprenderse de la canturía? ¿No le parece al Sr. Barbieri que esto revela en la lengua escasez de facultades musicales y de riqueza de sonidos, ya que para *elevarla* se necesita *hincharla*, como á los globos?

\*  
\* \* \*

En la bella contestación de Marcelino Menéndez y Pelayo—que fué una calurosa apología, casi un poema ditirámico en honor del académico recibido—cogí al vuelo dos ó tres afirmaciones que me parecen un tanto extremosas, eco de la vehemencia apasionada que domina en el carácter del sapientísimo escritor. Yo creo que no es Barbieri el único representante de la transformación del canto popular en música dramática. Aunque Chapi no hubiese creado más que dos joyas, *La Bruja* y la *Serenata morisca*, habría que saludar en él al finísimo intér-

prete del regionalismo en el arte musical. Tampoco sería justo prescindir del popular y fresco Chueca, cuya música lleva motas de barro callejero, y quizá podría yo añadir á éstos y á otros nombres, aquí muy conocidos y estimados, los de algún modesto artista de mi región, el maestro Pascual Veiga, autor de la divina *Alborada*. Los catalanes hablarán de su Clavé, aquel en cuya tumba, en el cementerio de Barcelona, las notas de la melodía que forma el epitafio son flores silvestres. Este movimiento, "expansión misteriosa del genio nacional", no puede personificarse en un solo hombre: se debe á una pléyade ó legión. Esto no tiene que ver con la rica biblioteca que ha sabido reunir el Sr. Barbieri, ni con lo que llegue á ser de su anunciada *Historia de nuestra música y teatro popular durante el siglo XVIII*.



## CARIDAD DE LOS AMERICANOS

Y ESPAÑOLES RESIDENTES EN AMÉRICA

En el mes de Septiembre, al saberse la terrible noticia de las catástrofes de Almería y Consuegra, y á ruegos del gobernador de Toledo, Sr. Baamonde, dirigió una breve y apremiante carta, que insertó *El Imparcial*, á los españoles residentes en América, y sobre todo á los gallegos, estimulando su caridad á fin de que enviasen socorros. Mi carta llegó tarde para el primer arranque de la incansable generosidad de nuestros compatriotas y hermanos de América: los telegramas habían provocado ya suscripciones y donativos sin cuento. No por eso mis palabras fueron estériles, pues desde Enero y en diferentes plazos he recibido las siguientes cantidades:

1,376 pesetas y 20 cts. de Montevideo,

enviadas bajo la firma de Don Bartolomé Staiáno, tesorero.

887 pts. y 90 cts. de la provincia de Buenos Aires, bajo la firma de la Sociedad coral "La Lira..

2,680 pts. y 65 cts. de Nueva Córdoba, bajo la firma de D. Manuel Perea Muñoz, tesorero.

500 pts. de Iquitos (Perú), bajo la firma de D. Marcial Piñón.

7,067 pts. y 90 cts., de Mercedes (Provincia de Buenos Aires), bajo la firma de D. Manuel A. Bares, presidente.

Total de lo recibido hasta hoy:  
12,512 pts. y 65 cts.

Yo no sabré encarecer lo mucho que para mi representan y valen estos donativos, prueba palpable de que en los países de allende los mares donde se habla nuestra lengua, mi voz encuentra eco, y el nombre de la escritora española—como ellos dicen, añadiendo cariñosas hipérbolos que me confunden, y, á qué negarlo, me llenan el alma de alegría—puede

contribuir á despertar el más hermoso de los sentimientos, la más grande de las cristianas virtudes.

Son las cantidades enumeradas (excepto la del Sr. Piñón, que creo donativo individual) fruto de subscripciones en diversos pueblos de las provincias del Uruguay y la Argentina, de modo que suponen un movimiento colectivo: vienen acompañadas de gran número de firmas; cada una de ellas significa un corazón español ó que ama á España con filial afecto. ¡Gracias á todos! No duden que sé comprender cuál es hoy la situación económica de los países sud-americanos, el estado de los cambios, y cuánto aumenta el valor de la dádiva y de la iniciativa de las comisiones.

No he querido aguardar la posible llegada de nuevas remesas de fondos, para dar publicidad á los donativos ya recibidos. En estas cuestiones, toda claridad y exactitud es poca, y yo agradeceré sinceramente que la prensa reproduzca esta breve noticia, ya que sea imposible insertar

los nombres de los donantes. — Así podré yo aguardar con mayor tranquilidad la respuesta á una importante consulta, que voy dirigiendo á los caritativos subscriptores según recibo los fondos, y contestada la cual, procederé inmediatamente al reparto, dando también noticia detallada, por medio de la prensa, de mi gestión, como hice después de los terremotos de Granada. Entre tanto, sepan los que me escuchan allá en América, que su adhesión me conforta y reanima, y es quizá el mejor premio de mis trabajos literarios.



## ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

### CIENCIAS

*Gramática francesa elemental*, por D. Arturo Vázquez Núñez.—Un tomo.—Orense, 1891.

*Religión é irreligión*, por Mons. Bougaud, traducción de D. Emilio Villeda Rodríguez.—Tomo vi.—Barcelona, 1892.

*El matrimonio*, por Pedro Rueda.—Tomo 1.—Buenos Aires, 1888.

*Lucubraciones Psicofísicas*, por J. Rodríguez Alba.—Un tomo.—Madrid, 1892.

*Mi cura de agua*, por Sebastián Kneipp.—Un tomo.—Edición ilustrada.—Madrid, 1892.

*A muerte.—Ensayo social*, por Bernabé Bravo.—Folleto.—Nueva-Yorck, 1891.

*Obreros y burgueses (Diálogos acerca de la cuestión social)*.—Un tomo.—Madrid, 1892.

### CRÍTICA

*Colón y Bobadilla (Una polémica y un boceto*

*dramático*), por Luis Vidart.—Folleto.—  
Madrid, 1892.

*Bartolomé Leonardo de Argensola*, por el  
P. Miguel Mir, de la Real Academia Espa-  
ñola.—Un tomo.—Zaragoza, 1891.

*Estafeta de los muertos*, por L. Comenge y  
J. de Letamendi.—Folleto.—Madrid, 1890.

*Nueva estafeta de los muertos*, por el doctor  
E. Pi y Molist.—Folleto.—Madrid, 1892.

## MISCELÁNEA

*Siga la fiesta*, por Luis Taboada.—Un tomo.  
—Madrid, 1892.

*La vida artística*, por Luis de Llanos.—Un  
tomo.—Barcelona, 1892.

*La autonomía de Cuba*, por Rafael M. Mer-  
chan.—Folleto.—Bogotá, 1890.

*Journal des Goncourt*, por Edmundo de Gon-  
court.—Tomo vi.—París, 1892.

## NOVELA

*Tristana*, por B. Pérez Galdós.—Un tomo.  
—Madrid, 1892.

*La Bolsa*, por Julián Martel.—Un tomo.—  
Buenos Aires, 1891.

*El Feudalismo moderno ó Los principios de  
un cacique*, por Juan Gallardo Lobato.—  
Un tomo.—Madrid, 1892.

*En el Cáucaso*, por el conde León Tolstoy  
(de la *Colección de libros escogidos*).—Un  
tomo.—Madrid, sin fecha.

*Pepinillos en vinagre*, por Manuel Polo y  
Peirolón.—Un tomo.—Valencia, 1891.

*El Amor propio*, por Julio Nombela.—Un  
tomo.—Madrid, sin fecha

*Mis pasiones*, por Bas y Cortés.—Un tomo.  
—Madrid, 1892.

*Nido de hidalgos*, por Ivan Turguenef.—Un  
tomo (de la *Colección de libros escogidos*).  
—Madrid, sin fecha.

*Una novela más*, por J. Valero Martín.—Un  
tomo.—Madrid, 1890.

## POESÍA

*Poesías*, por Juan Alcover y Maspons.—  
Tomo I.—Palma, 1892.

*La invasión*, leyenda histórica, por Carlos  
G. Amézaga.—Folleto.—Lima, 1891.

## OBRAS DE LA AUTORA

### NOVELAS

PASCUAL LÓPEZ, 3.<sup>a</sup> edición, un volumen.  
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.<sup>a</sup> edición, un vol.  
LA TRIBUNA, un vol.  
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)  
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.  
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)  
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)  
UNA CRISTIANA, un vol.  
LA PRUEBA, un vol.  
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)  
LOS PAZOS DE ULLÓA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA MADRE NATURALEZA, un vol. (3,50 pesetas.)

### CRÍTICA É HISTORIA

SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.<sup>a</sup> edición, dos volúmenes.  
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (5 pesetas.)  
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)  
LA LLEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)  
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)  
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.  
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)  
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

### VIAJES

MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)  
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.  
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

### POESÍA

JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

### EN PRENSA

CUENTOS DE MARINEDA.

## NUEVO

# TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año II.

MAYO, 1892.

Núm. 17

### SUMARIO

- I.—LA MAYORAZGA DE BOUZAS.
- II.—CARTAS A UN LITERATO NOVELA III.
- III.—STUART MILL (PRÓLOGO A LA ESCLAVITUD FEMENINA).
- IV.—TRISTANA, NOVELA DE B. PÉREZ GALDÓS.
- V.—CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL
- VI.—INDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

### ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
MADRID

## OBRAS DE LA AUTORA

### NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.<sup>a</sup> edición, un volumen.  
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.<sup>a</sup> edición, un vol.  
LA TRIBUNA, un vol.  
LA DAMA JOVEN, un vol. (Edición ilustrada. Agotada.)  
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.  
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)  
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)  
UNA CRISTIANA, un vol.  
LA PRUEBA, un vol.  
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 pesetas.)  
LOS PAZOS DE ULLÓA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA MADRE NATURALEZA, un vol. (3,50 pesetas.)

### CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.<sup>a</sup> edición, dos volúmenes.  
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 pesetas.)  
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (5 pesetas.)  
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 pesetas.)  
LA LLEYENDA DE LA PASTORIZA, opúsculo. (Agotada.)  
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)  
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO, opúsculo.  
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)  
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

### VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 pesetas.)  
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.  
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

### POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

### EN PRENSA

- CUENTOS DE MARINEDA.

## NUEVO

# TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año II.

MAYO, 1892.

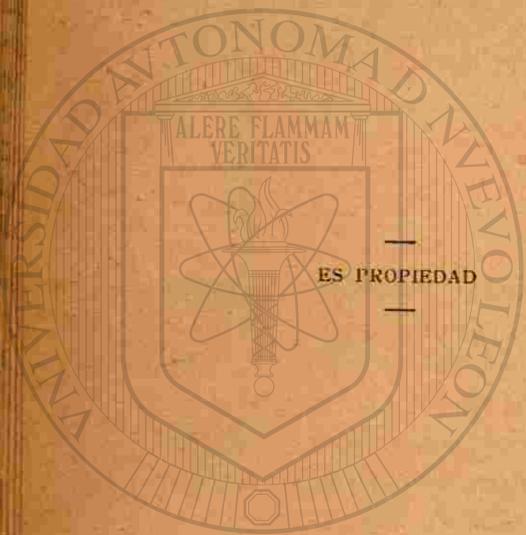
Núm. 17

### SUMARIO

- I.—LA MAYORAZGA DE BOUZAS.  
II.—CARTAS A UN LITERATO NOVELA III.  
III.—STUART MILL (PRÓLOGO A LA ESCLAVITUD FEMENINA).  
IV.—TRISTANA, NOVELA DE B. PÉREZ GALDÓS.  
V.—CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL  
VI.—INDICE DE LIBROS RECIBIDOS.

### ADMINISTRACIÓN

CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
MADRID



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,  
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3,074.



## LA MAYORAZGA DE BOUZAS

No he de ser tan minuciosa y diligente que fije con exactitud el punto donde pasaron estos sucesos. Baste á los aficionados á la topografía novelesca saber que Bouzas lo mismo puede situarse en los límites de la pintoresca región berciana, que hacia las profundidades y quebraduras del Barco de Baldeorras, enclavadas entre la sierra de la Encina y la sierra del Ege. Bouzas, moralmente, pertenece á la Galicia primitiva, la bella, la que hace veinte años estaba todavía por descubrir.

¿Quién no ha visto allí á la Mayorazga?  
¿Quién no la conoce desde que era así de chiquita, y empericotada sobre el carro de maíz, regresaba á su Pazo solariego en las calurosas tardes del verano? Ya

más crecida, solía corretear cabalgando un rocín en pelo, sin otros arreos que la cabezada de cuerda. Parecía de una pieza con el jaco: para montar se agarraba á las toscas crines ó apoyaba la mano derecha en el anca, y de un salto ¡pin! arriba. Antes había cortado con su navajilla la vara de avellano ó taray, y blandiéndola á las inquietas orejas del *facatrús*, iba como el viento por los despeñaderos que guarnecen la margen del río Sil.

Cuando la Mayorazga fué mujer hecha y derecha, su padre hizo el viaje á la clásica feria de Monterroso, que convoca á todos los *sportmen* rurales, y ferió para la muchacha una yegua muy cuca, de cuatro sobre la marca, vivaracha, torda, recastada de andaluza — como que era hija del semental del Gobierno. — Completaba el regalo rico albardón y bocado de plata; pero la Mayorazga, dejándose de chiquitas, encajó á su montura un galápago (pues de sillas inglesas no hay noticia en Bouzas). Y sin necesidad de pica-

dor que la enseñase, ni de corneta que la sujetase el muslo, rigió su jaca con destreza y gallardía de centauresa fabulosa.

Sospecho que si llegase á Bouzas impensadamente algún honrado burgués madrileño y viese á aquella mocetona sola y á caballo por breñas y bosques, diría con sentenciosa gravedad que Don Remigio Padornín de las Bouzas criaba á su hija única hecha un marimacho. Y quisiera yo ver el gesto de una institutriz sajona ante las inconveniencias que la Mayorazga se permitía. Cuando la molestaba la sed, apeábase tranquilamente á la puerta de una taberna del camino real, y la servían un tanque de vino puro. A veces se divertía en probar fuerzas con los gañanes y mozos de labranza, y á alguno dobló el pulso ó tumbó por tierra. No era desusado que ayudase á cargar el carro de tojo, ni que arase con la mejor yunta de bueyes de su establo. En las siegas, deshojas, romerías y fiestas patronales, bailaba como una peonza con sus propios jornaleros y colonos, sacando á

los que prefería, según costumbre de las reinas, y prefiriendo á los mejor formados y más ágiles.

No obstante, primero se verían manchas en el cielo que sombras en la ruda virtud de la Mayorazga. No tenía otro código de moral sino el Catolicismo, aprendido en la niñez; pero le bastaba para regular el uso de su salvaje libertad. Católica á macha-martillo, oía su misa diaria en verano como en invierno, guiaba por las tardes el rosario, daba cuanta limosna podía. Su democrática familiaridad con los labriegos procedía de un instinto de régimen patriarcal, en que iba envuelta la idea de pertenecer á otra raza superior, y precisamente en la convicción de que aquellas gentes *no eran como ella*, consistía el toque de la llaneza con que les trataba, hasta el extremo de sentarse á su mesa un día sí y otro también, dando ejemplo de frugalidad, viviendo de caldo de pote y pan de maíz ó centeno.

Al padre se le caía la baba con aquella hija activa y resuelta. El era hombre bo-

nachón y sedentario, que entró á heredar el vínculo de Bouzas por la trágica muerte de su hermano mayor, el cual, en la primera guerra civil, había levantado una partidilla, vagando por el contorno bajo el alias guerrero de *Señorito de Padornin*, hasta que un día le pilló la tropa y le arrojó al río, después de envainarle tres bayonetas en el cuerpo. Don Remigio, el segundón, hizo como el gato escaldado: nunca quiso abrir un periódico, opinar sobre nada, ni siquiera mezclarse en elecciones. Pasó la vida descuidada y apacible, jugando al tute con el veterinario y el cura.

Frisaría la Mayorazga en los veintidós, cuando su padre notó que se desmejoraba, que tenía obscuras las ojeras y mazedos los párpados, que salía menos con la yegua y que se quedaba pensativa sin causa alguna.—Hay que casar á la rapaza — discurrió sabiamente el viejo; — y acordándose de cierto hidalgo, antaño muy amigo suyo, Balboa de Fonsagrada, favorecido por la Providencia con nume-

rosa y masculina prole, le dirigió una misiva, proponiéndole un enlace. La respuesta fué que no tardaría en presentarse en las Bouzas el segundón de Balboa, recién licenciado en la facultad de Derecho de Santiago, porque el mayor no podía abandonar la casa y el más joven estaba desposado ya. Y en efecto, de allí á tres semanas — el tiempo que se tardó en hacerle seis mudas de ropa blanca y marcarle doce pañuelos — llegó Camilo Balboa, lindo mozo, afinado por la vida universitaria, algo anemiado por la mala alimentación de las casas de huéspedes y las travesuras de estudiante. A las dos horas de haberse apeado de un flaco jameigo el señorito de Balboa, la boda quedó tratada.

Físicamente los novios ofrecían extraño contraste, cual si la naturaleza al formarlos hubiese trastrocado las cualidades propias de cada sexo. La Mayorazga, fornida, alta de pechos y de ademán brioso, con carrillos de manzana sanjuanera, dada de bozo en el labio superior, dientes

recios, manos duras, complexión sanguínea y expresión franca y enérgica: Balboa, delgado, pálido, rubio, fino de facciones, bromista, insinuante, nerviosillo, necesitado al parecer de mimo y protección. ¿Fué esta misma disparidad la que encendió en el pecho de la Mayorazga tan violento amor, que si la ceremonia nupcial tarda un poco en realizarse, la novia, de fijo enferma gravemente? ¿O fué sólo que la fruta estaba madura, que Camilo Balboa llegó á tiempo? El caso es que no se ha visto tan rendida mujer desde que hay en el mundo valle de Bouzas.

No enfrió esta ternura la vida conyugal; solamente la encauzó haciéndola serena y firme. La Mayorazga rabiaba por un muñeco, y como el muñeco nunca acababa de venir, la doble corriente de amor confluía en el esposo. Para él los cuidados y monadas, las golosinas y refinamientos, los buenos puros, el café, el cognac traído de la isla de Cuba por los capitanes de barco, la ropa cara, encargada á Lugo. Hecha á vivir con una taza de

caldo de legumbres, la Mayorazga andaba pidiendo recetas de dulce á las monjas; capaz de dormir sobre una piedra, compraba pluma de la mejor, y cada mes mullía los colchones y las almohadas del tálamo. Al ver que Camilo se robustecía y engruesaba y echaba una hermosa barba castaño oscuro, la Mayorazga sonreía, calculando allá, en sus adentros: "Para el tiempo de la vendimia tenemos muñequiño."

Mas el tiempo de la vendimia pasó, y el de la sementera también, y aquél en que florecen los manzanos, y el muñeco no quiso bajar á la tierra á sufrir desazones. En cambio, Don Remigio se empeñó en probar mejor vida, y ayudado de un cólico miserere, sin que bastase á su remedio una bala de grueso calibre que le hicieron tragar á fin de que le devanara la enredada madeja de los intestinos, dejó este valle de lágrimas, y á su hija dueña de las Bouzas.

No cogió de nuevas á la Mayorazga el verse al frente de la hacienda, dirigiendo

faenas agrícolas, cobranza de rentas y tráfago de la casa. Hacia tiempo que todo corría á su cargo; el padre no se metía en nada: el marido, indolente para los negocios prácticos, no la ayudaba mucho: en cambio tenía cierto *factotum*, adicto como un perro y exacto como una máquina, en su hermano de leche Amaro, que desempeñaba en las Bouzas uno de esos oficios indefinibles, mixtos de mayordomo y aperador. A pesar de haber mamado una leche misma, en nada se parecían Amaro y la señorita de Bouzas, pues el labriego era desmedrado, flacucho y torvo, acrecentando sus malas trazas el áspero cabello que llevaba en fleco sobre la frente y en greñas á los lados, cual los villanos feudales. A despecho de las intimidades de la niñez, Amaro trataba á la Mayorazga con el respeto más profundo, llamándola siempre *señora mi ama*.

Poco después de morir Don Remigio, los acontecimientos revolucionarios se encresparon de mala manera, y hasta el valle de Bouzas llegó el oleaje, tradu-

ciéndose en agitación carlista. Como si el espectro del tío cosido á bayonetazos se la hubiese aparecido al anochecer entre las nieblas del Sil demandando venganza, la Mayorazga sintió hervir en las venas su sangre facciosa, y se dió á conspirar con un celo y brío del todo vendeanos. Otra vez se la encontró por andurriales y montes, al rápido trote de su yegua, luciendo en el pecho un alfiler que por el reverso tenía el retrato de D. Carlos y por el anverso el de Pío IX. Hubo aquello de coser cintos y mochilas, armar cartucheras, recortar corazones de franela colorada para hacer *detentes*, limpiar fusiles de chispa comidos por el orín, pasarse la tarde en la herrería viendo remendar una tercerola, requisar cuanto jamelgo se encontraba á mano, bordar secretamente el estandarte.

Al principio, Camilo Balboa no quiso asociarse á los trajines en que andaba su mujer, y echándose las de escéptico, de tибio, de alfonsino prudente, prodigó consejos de retrainiento ó lo metió todo á

broma, con guasa de estudiante, sentado á la mesa del café, entre el dominó y la copita de cognac. De la noche á la mañana, sin transición, se encendió en entusiasmo, y comenzó á rivalizar con la Mayorazga, reclamando su parte de trabajo, ofreciéndose á recorrer el valle mientras ella, escoltada por Amaro, trepaba á los picos de la sierra. Hízose así, y Camilo tomó tan á pechos el oficio de conspirador, que faltaba de casa días enteros, y por las mañanas solía pedir á la Mayorazga "cuartos para pólvora... cuartos para unas escopetas que descubrí en tal ó cual sitio". Volvía con la bolsa huera, afirmando que el armamento quedaba *segurito*, muy preparado para la hora solemne.

Cierta tarde, después de una comida geronimil, pues la Mayorazga, por más ocupada que anduviese, no desatendía el estómago de su marido—¡no faltaría otra cosa!—Camilo se puso la zamarra de terciopelo, mandó ensillar su potro montañés, peludo y vivo como un caballo de las

estepas, y se despidió diciendo á medias palabras:

—Vóime donde los Resendes... Si no despachamos pronto, puede dar que me quede á dormir allí... No asustarse si no vuelvo. De aquí, al Pazo de Resende, aún hay una buena tiradita.

El Pazo de Resende, madriguera de hidalgos cazadores, estaba convertido en una especie de arsenal ó maestranza, en que se fabricaban municiones, se *desenferruxaban* armas blancas y de fuego, y hasta se habilitaban viejos albardones, disfrazándolos de sillas de montar. La Mayorazga se hizo cargo del importante objeto de la expedición; con todo, una sombra veló sus pupilas, por ser la primera vez que Camilo dormiría fuera del lecho conyugal desde la boda. Se cercioró de que su marido iba bien abrigado, llevaba las pistolas en el arzón y al cinto un revólver — “por lo que puede saltar” — y bajó á despedirle en la portalada misma. Después llamó á Amaro y le mandó arrear las bestias, porque aquella tarde “cumplía,

ver al cura de Burón, uno de los organizadores del futuro ejército real.

Sin necesidad de blandir el látigo, hizo la Mayorazga tomar á su yegua animado trote, mientras el rocín de Amaro, rijoso y emberrenchinado como una fiera, galopaba delante, á trancos desiguales y furibundos. Ama y escudero callaban; él, taciturno y zaino más que de costumbre; ella, un poco melancólica, pensando en la noche de soledad. Iban descendiendo un sendero pedregoso, á trechos encharcado por las extravasaciones del Sil — sendero que después, torciendo entre heredades, se dirige como una flecha á la rectoral de Burón, — cuando el rocín de Amaro, enderezando las orejas, pegó tal huida, que á poco da con su jinete en el río, y por cima de un grupo de salces, la Mayorazga vió asomar los tricornos de la Guardia civil.

Nada tenía de alarmante el encuentro, pues todos los guardias de las cercanías eran amigos de la casa de Bouzas, donde hallaban prevenido el jarro de mosto, la

cazuela de bacalao con patatas, en caso de necesidad la cama limpia, y siempre la buena acogida y el trato humano; así fué que, al avistar á la Mayorazga, el sargento que mandaba el pelotón se descubrió atentamente murmurando:—Felicés tardes nos dé Dios, señorita.—Pero ella, con repentina inspiración, le aisló y acorraló en el recodo del sendero, y muy bajito y con llaneza imperiosa, preguntóle:

—¿A dónde van, Piñeiro, diga?

—Señorita, no me descubra, por el alma de su papá que esté en gloria... A Resende, señorita, á Resende... Dicen que hay fábrica de armas y facciosos escondidos, y el diablo y su madre... A veces un hombre obra contra su propio corazón, señorita, por acatar aquello que uno no tiene más remedio que acatar... La Virgen quiera que no haya nada...

—No habrá nada, Piñeiro... Mentiras que se inventan... Ande ya, y Dios se lo pague.

—Señorita, no me descu...

—Ni la tierra lo sabrá. Abur, memorias á la parienta, Piñeiro.

Aún se veía brillar entre los salces el hule de los capotes, y ya la Mayorazga llamaba apresuradamente:

—¿Amaro?

—Señora mi ama.

—Ven, hombre.

—No puedo allegarme... Si llevo el caballo á la yegua, tenemos música.

—Pues bájate, papamoscas.

Dejando su jaco atado á un tronco, Amaro se acercó.

—Montas otra vez... Corres más que el aire... Rodea, que no te vean los civiles... A Resende, á avisar al señorito que allá va la guardia para registrar el Pazo. Que entierren las armas, que escondan la pólvora y los cartuchos... Mi marido, que ataje por la Illosa y que se venga á casa en seguida. ¿Aún no montaste?

Inmóvil, arrugando el entrecejo, ras-cándose la oreja por junto á la sien, clavando en tierra la vista, Amaro no daba

más señales de menearse que si fuese hecho de piedra.

—A ver... contesta... ¿Qué embuchado traes, Amaro? ¿Tú hablas ó no hablas, ó me largo yo á Resende en persona?

Amaro no alzó los ojos, ni hizo más movimiento que subir la mano de la sien á la frente, revolviendo las guedejas. Pero entreabrió los labios y, dando primero un suspiro, tartamudeó con obscura voz y pronunciación dificultosa:

—Si es por avisar á los señoritos de Resende, un suponer, bueno; voy, que pronto se llega... Si es por el señorito de casa, un suponer, señora mi ama, será excusado... El señorito no va en Resende.

—¿Que no está en Resende mi marido?

—No, señora ama, con perdón. En Resende, no, señora.

—¿Pues dónde está?

—Estar... Estar, estará donde va cuantos días Dios echa al mundo.

La Mayorazga se tambaleó en su galápago, soltando las riendas de la yegua, que resopló sorprendida y deseosa de correr.

—¿A dónde va todos los días?

—Todos los días.

—Pero, ¿á dónde? ¿A dónde? Si no lo vomitas pronto, más te valiera no haber nacido.

—Señora ama...—Amaro hablaba precipitadamente, á borbotones, como sale el agua de una botella puesta boca abajo.—Señora ama... el señorito... En los Carbillos... quiere decir... hay una costurera bonita que iba á coser al Pazo de Resende... ya no va nunca... el señorito le da dinero... son ella y una tía carnal, que viven juntas... andan ella y el señorito por el monte á las veces... en la feria de la Illosa, el señorito le mercó unos aretes de oro... la trae muy maja... La llaman *la flor de la maravilla*, porque cuando se pone á morir, y cuando aparece sana y buena, cantando y bailando... Estará loca, un suponer...<sup>®</sup>

Oía la Mayorazga sin pestañear. La palidez daba á su cutis moreno tonos arcillosos. Maquinalmente recogió las riendas y halagó el cuello de la jaca, mientras

se mordía el labio inferior como las personas que aguantan y reprimen algún dolor muy vivo. Por último, articuló sorda y tranquilamente:

—Amaro, no mientas.

—Señora ama, tan cierto como que nos hemos de morir. Aún permita Dios que venga un rayo y me parta si cuento una cosa por otra.

—Bueno, basta. El señorito avisó que hoy dormiría en Resende. ¿Se quedará de noche con... esa?

Amaro dijo *que sí*, con una mirada oblicua, y la Mayorazga meditó contados instantes. Su natural resuelto abrevió aquel momento de indecisión y lucha.

—Oye. Tú te largas á Resende á avisar, volando; has de llegar con tiempo para que escondan las armas. Del señorito no dices allí... ni esto. Vuelves, y me encuentras, una hora antes de romper el día, junto al soto de los Carballos, como se va á la fuente del Raposo. Anda ya.

Amaro silbó á su jaco, sacó del bolsillo la navaja de picar tagarninas, y, azuzán-

dole suavemente con ella, salió á galope. Mucho antes que los civiles llegó á Resende, y el sargento Piñeiro tuvo el gusto de no hallar otras armas en el Pazo sino un asador en la cocina y las escopetas de caza de los señoritos, en la sala, arrimadas á un rincón. Aún no se oían en el bosque esos primeros susurros de follaje y píos de pájaros que anuncian la proximidad del amanecer, cuando Amaro se unía en los Carballos con su ama, ocultándose al punto los dos tras un grupo de robles, á cuyos troncos ataron las cabalgaduras.

En silencio esperarían cosa de hora y media. La luz blanquecina del alba se derramaba por el paisaje, y el sol empezaba á desgarrar el toldo de niebla del río, cuando dos figuras humanas, un hombre joven y apuesto y una mocita esbelta, reidora, fresca como la madrugada y soñolienta todavía, se despidieron tiernamente á poca distancia del robledal. El hombre, que llevaba del diestro un caballo, lo montó y salió al trote largo, como quien tiene prisa. La muchacha, después

de seguirle con los ojos, se desperezó y se tocó un pañuelo azul, pues estaba en cabello, con dos largas trenzas colgantes. Por aquellas trenzas la agarró Amaro, tapándola la boca con el pañuelo mismo, mientras decía en voz amenazadora:

—Si chistas, te mato. Aquí llegó la hora de tu muerte.

Subieron algún tiempo monte arriba; la Mayorazga delante, detrás Amaro, sofocando los chillidos de la muchacha y sujetándola los brazos. A la verdad, la costurerita hacía débil, aunque rabiosa resistencia; su cuerpecillo gentil, pero endeble, no le pesaba nada á Amaro, y únicamente la apretaba las quijadas para que no mordiese y las muñecas para que no arañase. Iba lívida como una difunta, y así que se vió bastante lejos de su casa, entre las carrascas del monte, paró de retorcerse y empezó á implorar misericordia.

Habrían andado cosa de un cuarto de legua, y se encontraban en una loma desierta y bravía, limitada por negros pe-

ñascales, á cuyos piés rodaba mudamente el Sil. Entonces la Mayorazga se volvió, se detuvo y contempló á su rival un instante. La costurera tenía una de esas caritas finas y menudas que los aldeanos llaman *caras de Virgen*, y parecen modeladas en cera; á la sazón mucho más, á causa de su extrema palidez. No obstante, al caer sobre ella la mirada de la ofendida esposa, los nervios de la muchacha se crisparon y sus pupilas destellaron una chispa de odio triunfante, como si dijese:—“Puedes matarme, pero hace media hora tu marido descansaba en mis brazos.”—Con aquella chispa sombría se confundió un reflejo de oro, un fulgor que el sol naciente arrancó de la oreja menudita y nacarada: eran los pendientes, obsequio de Camilo Balboa. La Mayorazga preguntó en voz ronca y grave:

—¿Fué mi marido quien te regaló esos aretes?

—Sí—respondieron los ojos de víbora:

—Pues yo te corto las orejas—sentenció la Mayorazga, extendiendo la mano.

Y Amaro, que no era manco ni sordo, sacó su navajilla corta, la abrió con los dientes, la esgrimió... Oyóse un aullido largo, pavoroso, de agonía.

—¿La tiro al Sil?—preguntó el hermano de leche, levantando en brazos á la víctima, desmayada y cubierta de sangre.

—No. Déjala ahí ya. Vamos pronto á donde quedaron las caballerías.

—Si mi potro acierta á soltarse y se arrima á la yegua... la hicimos, señora ama.

Y bajaron por el monte, sin volver la vista atrás.

.....  
 .....  
 De la costurera bonita se sabe que no apareció nunca en público sin llevar el pañuelo muy llegado á la cara. De Camilo Balboa, que no le jugó más picardías á su mujer, ó si se las jugó supo disimularlas hábilmente. Y de la partida aquella que se preparaba en Resende, que sus hazañas no pasaron á la historia.



## CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

III

HACE V. mal, mi apreciado neófito, en impacientarse porque transcurrió el mes pasado sin carta mía. De la forzada interrupción de esta correspondencia toma V. pié para llamarme, en cierto modo, soberbia y desvanecida, diciéndome en frases que bajo capa de modestia encubren cierta quisquillosidad exigente, que "siente V. no ser una eminencia de las letras, del arte ó de la política, para tener el derecho de exigirme mayor puntualidad".

Sin saberlo me ha dado V. pié y asunto para esta carta, que pensaba dedicar á señalarle á V. cuál debe ser, en mi opi-

Y Amaro, que no era manco ni sordo, sacó su navajilla corta, la abrió con los dientes, la esgrimió... Oyóse un aullido largo, pavoroso, de agonía.

—¿La tiro al Sil?—preguntó el hermano de leche, levantando en brazos á la víctima, desmayada y cubierta de sangre.

—No. Déjala ahí ya. Vamos pronto á donde quedaron las caballerías.

—Si mi potro acierta á soltarse y se arri-  
ma á la yegua... la hicimos, señora ama.

Y bajaron por el monte, sin volver la vista atrás.

.....  
.....  
De la costurera bonita se sabe que no apareció nunca en público sin llevar el pañuelo muy llegado á la cara. De Camilo Balboa, que no le jugó más picardías á su mujer, ó si se las jugó supo disimularlas hábilmente. Y de la partida aquella que se preparaba en Resende, que sus hazañas no pasaron á la historia.



## CARTAS

Á UN LITERATO NOVEL

III

HACE V. mal, mi apreciado neófito, en impacientarse porque transcurrió el mes pasado sin carta mía. De la forzada interrupción de esta correspondencia toma V. pié para llamarme, en cierto modo, soberbia y desvanecida, diciéndome en frases que bajo capa de modestia encubren cierta quisquillosidad exigente, que "siente V. no ser una eminencia de las letras, del arte ó de la política, para tener el derecho de exigirme mayor puntualidad".

Sin saberlo me ha dado V. pié y asunto para esta carta, que pensaba dedicar á señalarle á V. cuál debe ser, en mi opi-

nión, su línea de conducta con el público, pero que consagraré á otra cuestión muy interesante al ejercicio de la profesión literaria —el valor del tiempo y cómo debe el literato defender de importunos y entremetidos este tesoro.—Y si V. se da por aludido, peor para V., porque no interpreta bien mis palabras.

Quien haga aplicaciones,  
con su pan se lo coma.

El día natural ¡oh mi desconocido amigo! tiene veinticuatro horas, y la vida del hombre es, por término medio y sacando número premiado, de sesenta á sesenta y cinco años. De estos sesenta y cinco descartemos los de lactancia, niñez, primera educación, ebullición juvenil y asimismo los de la decadencia, enfermedades y cercanía de la muerte. Calculemos veinte para lo primero (ya ve V. que no me excedo, pues fijo la mayor edad del aspirante á literato en veintiuno), y para lo segundo, cinco (tampoco es gran concesión). Quedan cuarenta años de verdadero apren-

dizaje y ejercicio de la profesión literaria. Pero como todo literato es hombre... ¡ó mujer! espero que me concederá V. que en esos cuarenta años puede enamorarse, casarse, tener hijos, verlos enfermos, perderlos, sufrir otras desgracias de familia, reveses de fortuna, quebrantos en la salud, etc., etc. Descontemos, pues, para este presupuesto de imprevistos, bien poco: seis años. Quedan treinta y cuatro. Si suponemos que el literato sale al mundo con el problema económico ya resuelto, entonces no necesitará buscarse, aparte de las letras, el pan de cada día; pero si tiene que componer, según la donosa frase de Ramón Correa, dos novelas diarias, una corta y otra un poco más larga, que se llaman almuerzo y comida, ¿qué menos ha de invertir en la composición de las susodichas novelas que cuatro añitos de su vida mortal? Y si no necesita dedicarse á esas novelas pedestres del *pot au feu*, es lo mismo, ó es peor, porque la vida social reclama de las personas de posición desahogada mayor sacrificio y de-

roche de tiempo, y el paseo, el teatro, los convites, los huéspedes, los obsequios recibidos y devueltos, la charla, la higiene, el veraneo, las aguas minerales ó los baños de mar, los viajes de recreo, el sastre, el mueblista... la innumerable caterva de ocupaciones que lleva consigo nuestro complicado vivir actual, robarán al rico más de los cuatro años que otorgo á las trazas del necesitado para remediar su escasez.

Tenemos treinta años. De estos descartemos diez... para dormir. No se ría V.: para dormir: porque el sueño, como nadie ignora, nos sorbe la tercera parte de la vida. Si al sueño acompaña el insomnio, resultado tan frecuente de los trabajos intelectuales y de las penas del alma... entonces bien se puede decir que en la cama transcurre la mitad del vivir humano.—En fin, pongamos que sólo sean diez años de los treinta los perdidos en dar descanso á la mecánica cerebral, y después de todas las cuentas galanas que hemos echado, quedan veinte años á dis-

posición del literato para invertirlos en las cuatro friolerillas siguientes: *leer lo que ha de leer, estudiar lo que ha de estudiar, pensar lo que ha de pensar, y escribir lo que ha de escribir.* ¿Le parece á V. si le vendrán anchos los veinte añitos que mi increíble prodigalidad le otorga?

Pues sobre esos veinte añitos; sobre ese capital único que puede beneficiar el escritor, es sobre lo que giran en descubierto los ociosos y los impertinentes, empeñados en llevarle á la bancarrota. Desde que un escritor logra cierta notoriedad, diariamente y so color de homenaje, ó de ataque, ó de solicitud de protección, ó de consulta, ó de... en fin, ¡de cualquier cosa! ve atacado su tesoro, rodo su tiempo, liquidado su haber.—Permítame V. que cite cosas que me suceden á mí misma, pues nada conozco mejor (y es natural) que mi propia historia.

A mí me escriben para que fomente todo lo fomentable y mueva todo lo movable; quieren que yo impulse más que la hélice de un trasatlántico. A mí me

proponen asociaciones, ligas, obras benéficas y malélicas, empresas dignas de Jerónimo Paturot; y entre las dos mil ó dos mil quinientas cartas que por término medio recibo al año, si las hay ingeniosas, bonitas, halagüeñas, oportunas y consoladoras, también las hay dignas de pasar á la estantería de un archivo de curiosidades psiquiátricas, y quedar allí para estudio de las generaciones venideras. Yo no sé si tengo ó no tengo fama de talento, ó si muchas personas juzgan que soy un adoquín que sin permiso del entendimiento escribe por obra y gracia de Dios; y me inclino á creer que, en efecto, gozo más fama de boba que de discreta, porque llueven en mi buzón cartas intentando darme el tan acreditado *timo del entierro*, y hablándome de tesoros ocultos entre peñas y riscos, tesoros que irán á desenterrar dos hombres de buena voluntad si yo les adelanto la friolera de quinientas pesetillas para el viaje...

No entremos en el capítulo de los anó-

nimos, que sería cuento de nunca acabar. Los recibo muy corteses y hasta entusiasmas; naturalmente viene mezclado con ellos el fétido barro del arroyo, que los mentecatos me lanzan sin más compensación del gasto del franqueo que mi acostumbrado encogimiento de hombros cuando, muchas veces sin abrir la carta, la echo al cajón... Amenazas y consejos; groserías soeces y delicadas flores; prosa y verso; papel satinado, oliendo á lirio, y estraza manchada con borronazos y cruzada de palotes...; de todo hay en mi colección de anónimos. Y vienen algunos en cifra, otros en idiomas extranjeros, otros ilustrados con viñetas y jeroglíficos, otros en plieguecillos timbrados, desde el timbre modesto de una margarita, hasta el heráldico más empingorotado y reluciente...

Flor de cantueso son, no obstante, los anónimos, al lado de las recomendaciones, con las cuales, si yo tuviese el donaire de Luceño, haría un sainete mucho más nutrido de datos que el suyo. Pare

V. aquí la consideración, porque la cosa lo merece. Dicen que tengo *influencia*, y más me valiera que dijese que tengo tifus ó sarampión ó algún otro mal pegadizo. A bien que lo del mal podría ser cierto, y lo de la *influencia* no, ni ese es el camino. ¿Y á santo de qué había yo de tener *influencia*? ¿Acaso los trabajos literarios, la poca nombradía que una pluma puede conquistar, las simpatías que, revueltas con sus correspondientes antipatías, encuentra á veces el escritor en su camino social, como en los senderos del campo hallamos juntos el cardo y la madre selva, suponen eso que en el lenguaje corriente llaman *influencia*, y que en nuestra sociedad no usufructúan y gozan sino los hombres políticos? ¿Qué rayo de *influencia* (séame permitido expresarme con tal energía, porque la cosa va tomando proporciones bufas) va á tener una escritora y una dama, que ni es esposa, ni hermana, ni prima, ni amiga estrecha de ningún personaje, para dar destinos, repartir curatos y canonjías, enderezar pleitos, muñir tribunales de

oposiciones, trasladar oficiales, sacar ánimas de presidio y hasta crear nuevas corporaciones, con su plantilla de funcionarios retribuidos por el Estado, como ya se ha pretendido que hiciese? (No lo dude V.; es auténtico: guardo los documentos en mi archivo.)

Si algún servicio puede esperar de un escritor la patria, no es ciertamente el de que se convierta en *factotum*, agente y correveidile, ni que pase su vida escribiendo, en vez de libros, volantes, billetes y protocolos para recibir en contestación B. L. M. de ministros y subsecretarios, con la fórmula oficial "se hará lo que se pueda". No: yo siento, y V. debe presentir, que no es tal la *misión* del escritor, ni tal el género de consuelo, favor y beneficio que de él han de esperar los que le leen y hacen profesión pública de admirarle. Por poquísimo que un escritor valga, ha de valer más que para andar importunando á los ministros, á fin de „sacar„ una plaza de meritorio... plaza que le será negada, porque ¡para dar plazas

á ruegos de escritores y sobre todo de escritoras está el tiempo! ¡Qué dirían los caciques, qué las naciones extranjeras!

Yo entiendo que todo esto procede de la falta de iniciativa práctica y el exceso de imaginación que padecen nuestros compatriotas en general. Incapaces de aprovechar los recursos que tienen á su alcance, de crearse su propio destino, sueñan con la intervención del *Deus ex machina*, del milagro, de la fantasía. El milagro, soy yo; yo, el ser misterioso á cuya voz van á allanarse las dificultades, y á virar en redondo la suerte de un individuo ó de dos, ó de ciento. Y todo ¿por qué? Porque he escrito un libro, ó un artículo; porque en literatura se conoce mi nombre; porque el ministro X. ó Z. me deja una tarjeta ó asiste á mi casa una noche de sarao. Siempre el romanticismo, la novela (género Alejandro Dumas ó Ponson du Terrail), en que llega á la corte un hidalguelo gascon, y á la media hora, ó al minuto, por la pícara casulidad de haberse tropezado con la duquesa de Chevreuse,

que va enmascarada, al toque del *cube fuego*, y haberle ella dado dos letritas ó un anillo para la reina, cátaelo ya metido en la corte, y capitán de guardias, y general, y hasta príncipe...

Crea V. que se impone un estudio serio sobre este fenómeno psicológico tan fácil de observar en España, ó sea la maravillosidad en las recomendaciones. Epístolas recibo yo que son, en ese respecto, documentos inestimables. "Con una carta de V., sólo con una carta, tienen pan mis ocho hijos. ¡Piedad, señora! En V. nada más espera una afligida familia." "Diez renglones de esa mano, y mía es la administración de estancadas de Navalbollo." "Sólo con que vea V. al ilustrísimo señor Obispo, al ministro de Gracia y Justicia, al Provisor, al Nuncio, á S. A. la Infanta y á S. M. la Regente, y les hable al alma, ya me veo disfrutando mi canonjía de Orbajosa." "Bien sé que si V. lo toma con empeño, nada puede negarle el Presidente del Consejo de Ministros. No sirve la modestia: dicho por

V., hecho por él. ¡No faltaba más! ¡Demasiado sabemos los quilates de su *influencia*, y lo imposible de que á V. se le niegue lo que solicite con algún calor! De V. pende mi suerte y mi colocación; porque si tuviesen la desfachatez de no querer atenderla, con la relación de mi historia y servicios que va adjunta haría V. para *El Imparcial* un artículo que levante ampolla, y ya se tentarán la ropa antes de ponerla á V. en el caso de amontinar la opinión pública. „ *Mutatis mutandis*, así me escriben, y aún peor, sólo que debo respetar el secreto de la correspondencia y no indico todo, ni siquiera la mitad. ¡Sería un poema!

En suma, de lo que tratamos aquí es de la cuestión de tiempo disponible. ¿Cree V. que no lo roban estas triquiñuelas? Pues sí lo roban, porque no siempre se les puede dar carpetazo, y algunas veces hasta el ánimo se mueve é interesa, ó por compasión, ó por amistad, ó por el natural deseo de hacer bien, complacer y servir al prójimo que sentimos

los que no tenemos mala entraña. La maravillosidad ajena estimula la poca que reside en nuestro espíritu: esperamos coger de buen humor al alto personaje, y con sincerísima voluntad le buscamos, le citamos, le escribimos... Cualquiera que sea el fruto (esto de fruto es figura retórica) de nuestro empeño, el resultado positivo es que hemos invertido tiempo, y en ese tiempo podríamos estudiar, escribir... ó soñar en dulce pereza, lo cual vale más todavía.

Porque sepa V. ¡oh neófito! que he omitido en el presupuesto de tiempo ese importantísimo renglón de la holganza, y ganas me entran de decir que ninguno tan indispensable para el artista. Hay que dedicar todos los años, todos los meses y aun todos los días, algo al descanso y al recreo del cuerpo, al ensueño apacible, plácido, hasta trivial; hay que ir de tiendas, ó coger flores, ó cuidarlas y arreglarlas en un jarrón, ó pasear, ó beber aire, ó irse de excursión, ó comer fresa; en fin, hay que hacer mil tonterías, cosas

sin ninguna significación intelectual, cosas sencillas y buenas como las que hace cualquier burgués, porque las impone la necesidad de ejercicio y las pide el equilibrio mental: ellas restituyen al literato la elasticidad perdida y dan nuevo tono á la fibra relajada. Si nos quitan esta superfluidad, esas horas en que ningún cuidado, ninguna preocupación deben tener acceso; si no defendemos ese bien tan real y positivo de gozar lo que Aristóteles llamó el bien supremo, el vagar, el ocio, somos perdidos: el torbellino nos arrastra, la hora no nos pertenece, y vamos como una arista de paja á consumirnos estérilmente, ó, como la hoja seca, á danzar según el viento que sople... Si algún día llega V. á ser *célebre* (¡poco significa aquí esta palabra!) resista V., acórácese, defienda su pereza... Ella es la madre del trabajo.

Respete V. el mío, aunque nada vale, y conténtese con que le escriba, no cuando *pueda*, sino cuando me plazca...



## STUART MILL <sup>1</sup>

HALLÁBAME en Oxford el año pasado mientras celebraba sus sesiones la *Asociación británica para el adelanto de la cultura*, y entre los contados estudiantes que aún quedaban, topé con un inglés, hombre de buen entendimiento, de esos á quienes se les habla sin ambages. Llevóme por la tarde al nuevo Museo, henchido de ejemplares curiosos; allí se dan series de lecciones, se prueban nuevos aparatos; las señoras asisten y se interesan por los experimentos, y el último día, llenas de entusiasmo, cantaron el *God save the queen*. Admiraba yo aquel celo, aquella solidez mental, aquella organización científica, aquellas suscripciones voluntarias, aquella aptitud para la

<sup>1</sup> Prólogo al tomo II de la Biblioteca de la Mujer, — *La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill, — próximo á ver la luz.

sin ninguna significación intelectual, cosas sencillas y buenas como las que hace cualquier burgués, porque las impone la necesidad de ejercicio y las pide el equilibrio mental: ellas restituyen al literato la elasticidad perdida y dan nuevo tono á la fibra relajada. Si nos quitan esta superfluidad, esas horas en que ningún cuidado, ninguna preocupación deben tener acceso; si no defendemos ese bien tan real y positivo de gozar lo que Aristóteles llamó el bien supremo, el vagar, el ocio, somos perdidos: el torbellino nos arrastra, la hora no nos pertenece, y vamos como una arista de paja á consumirnos estérilmente, ó, como la hoja seca, á danzar según el viento que sople... Si algún día llega V. á ser *célebre* (¡poco significa aquí esta palabra!) resista V., acórácese, defienda su pereza... Ella es la madre del trabajo.

Respete V. el mío, aunque nada vale, y conténtese con que le escriba, no cuando *pueda*, sino cuando me plazca...



## STUART MILL <sup>1</sup>

HALLÁBAME en Oxford el año pasado mientras celebraba sus sesiones la *Asociación británica para el adelanto de la cultura*, y entre los contados estudiantes que aún quedaban, topé con un inglés, hombre de buen entendimiento, de esos á quienes se les habla sin ambages. Llevóme por la tarde al nuevo Museo, henchido de ejemplares curiosos; allí se dan series de lecciones, se prueban nuevos aparatos; las señoras asisten y se interesan por los experimentos, y el último día, llenas de entusiasmo, cantaron el *God save the queen*. Admiraba yo aquel celo, aquella solidez mental, aquella organización científica, aquellas suscripciones voluntarias, aquella aptitud para la

<sup>1</sup> Prólogo al tomo II de la Biblioteca de la Mujer, — *La Esclavitud femenina*, por John Stuart Mill, — próximo á ver la luz.

asociación y el trabajo, aquel vasto mecanismo que tantos brazos impulsan, tan adecuado para acumular, contrastar y clasificar los hechos. Y, sin embargo, en medio de la abundancia noté un vacío: al leer las reseñas y actas, parecieronme las de un congreso fabril; ¡tantos sabios reunidos sólo para verificar detalles y trocar fórmulas! Creía yo escuchar á dos gerentes que discuten el curtido de la suela ó el tinte del algodón: faltaban las ideas generales...

„Quejéme de esto á mi amigo el inglés, y, á la luz de la lámpara, en medio del alto silencio nocturno que envolvía á la ciudad universitaria, los dos investigábamos la razón del fenómeno.

„Un día me atreví á proferir:—Es que carecen Vds. de filosofía, es decir, de lo que llaman metafísica los alemanes. Tienen Vds. sabios, pero no tienen Vds. pensadores. El Dios de los protestantes es una rémora: causa suprema, por respeto á él nadie razona sobre las causas. Nunca un monarca consintió que se examinasen

sus títulos para reinar. Vds. poseen un Dios-monarca útil, moral y conveniente; le profesan Vds. cordial afecto; temen Vds., si le tocan, debelar la moral y la Constitución. Por eso abaten Vds. el vuelo y se reducen á las cuestiones de hecho, á disecciones al por menor, á trabajos de laboratorio. Herborizan y cogen conchas. La ciencia está decapitada; pero ¿qué importa? la vida práctica sale ganando, y el dogma queda incólume.

— „Ahí verá V. — contestó pausadamente mi amigo—lo que son los franceses. Sobre un hecho forjan una teoría general. Aguárdese V. veinte años, y encontrará en Londres las ideas de París y de Berlín.—Bueno, las de París y de Berlín; ¿pero qué tienen Vds. en pensamiento original?—Tenemos á Stuart Mill.—¿Y quién es Stuart Mill?—Un político. Su opúsculo *De la libertad* es tan excelente, como detestable el *Contrato Social* de su Rousseau de Vds.—Son palabras mayores.—Pues no exagero: Mill saca triunfante la independencia del individuo, mien-

tras Rousseau implanta el despotismo del Estado.—En todo eso no veo al filósofo; ¿qué más ha hecho el tal Stuart Mill? —Eleva á la economía política á la mayor altura de la ciencia, y subordinar la producción al hombre, en vez de subordinar el hombre á la producción.—El filósofo no ha salido todavía. ¿Que más, qué más?—Stuart Mill es un lógico profundo.—¿De qué escuela?—De la suya. Ya he dicho á V. que era original.—¿Hegeliano?—¡Quía! Es hombre de datos y pruebas.—¿Sigue á Port Royal?—Menos: como que domina las ciencias modernas.—¿Imita á Condillac?—No señor. En Condillac sólo se aprende á escribir bien.—Entonces, ¿cuáles son sus númenes?—En primer lugar Locke y Comte, después Hume y Newton.—¿Es un sistemático, un reformador especulativo?—Le sobran para serlo cien arrobas de talento. Camina paso á paso y sentando la planta en tierra. Sobresale en precisar una idea, en desentrañar un principio, comprobarlo al través de la complejidad de los casos, re-

futar, argüir, distinguir. Tiene la sutileza, la paciencia, el método y la sagacidad de un leguleyo.—Bueno, pues está V. dándole la razón: leguleyo; es decir, pariente de Locke, de Newton, de Comte y de Hume... filósofa inglesa. ¿No ha tenido una idea de conjunto?—Sí.—¿Una idea propia, completa, sobre la naturaleza y el espíritu?—Sí, y lo voy á demostrar.,

Al frente de este prólogo he querido intercalar el fragmento de la famosa *Historia de la literatura inglesa*, de Taine, fragmento que forma parte del larguísimo estudio consagrado á Stuart Mill en el tomo de *Los Contemporáneos*. Porque tan expresivo trozo me ahorra todo panegírico del autor de *La Esclavitud femenina*, y contiene el más alto encomio que hacerse puede del escritor y el pensador. Ante el espectáculo majestuoso de la próspera nación inglesa, que señorea los mares y lleva á los últimos confines orientales y occidentales del mundo la energía de su raza y la expansión de su comercio; ante las riquezas

del emporio londonense y la activísima y bullidora vida fabril de Manchester y Liverpool; ante el poderío, la ciencia, el orgullo, el dominio, la atlética constitución de esos tres reinos que van al frente de la civilización de Europa, Taine echa de menos *una cabeza...* un pensamiento humano, un vuelo de águila, un rayo de luz intelectual... y esa cabeza es la de Stuart Mill, y ese rayo de luz brota de su pluma.

Ni es Taine el único que tan eminente papel reconoce á Stuart Mill. Odysse Barrot, en su *Historia de la literatura contemporánea de Inglaterra*, le consagra estas frases: "John Stuart Mill es el piloto intelectual de nuestro siglo, el hombre que contribuyó, más que otro alguno de esta generación, á marcar rumbo al pensamiento de sus contemporáneos. Quizá no ha inventado nada, no ha creado sistema alguno, y la mayor parte de sus ideas fundamentales se derivan de sus predecesores; pero lo ha transformado todo, y ha cambiado la dirección de la gigantesca nao del humano espíritu." Aun cuando la

importancia del autor del *Sistema de lógica deductiva é inductiva* es uno de esos datos de cultura general ya indiscutibles, no está de más el recordarlo en el momento presente, cuando ofrezco á los lectores españoles la versión de la obra tal vez más atrevida é innovadora de Stuart Mill, ó sea el *Tratado de la esclavitud femenina*.

Juan Stuart Mill nació en Londres el 20 de Mayo de 1806, siendo su padre Jacobo Mill, historiador de las Indias y autor del *Análisis del entendimiento*. La ley de transmisión hereditaria, que Juan Stuart Mill había de comprobar y fundar con gran aparato de razones, tuvo en él patente demostración: fué un pensador hijo de otro pensador profundo, y original, aunque incluido entre los discípulos de Bentham. La educación de Stuart Mill, tal cual la refiere en sus *Memorias*, se debió á aquel padre ilustre, más bien que á pedagogos y catedráticos. Cuando el chico sólo tenía seis años de edad, escribía su padre á Bentham: "Haremos de él

nuestro digno sucesor., Juan fué el alumno predilecto de Bentham y de Say; mamó por decirlo así, con la leche, la economía política. Serio, práctico, resuelto á ganarse con su trabajo la vida, aceptó un empleo en la Compañía de las Indias, y en el puesto permaneció treinta y cinco años. Antes de ir á la oficina dedicábase al estudio, y aprendía lenguas vivas y muertas, filosofía, administración; en verano, sus apacibles aficiones le acercaban más á la naturaleza; excursionaba á pié, como buen inglés, y recogía plantas y hierbas, y hacía experimental su conocimiento de la geología y la mineralogía, porque Stuart Mill no comprendió nunca á los sabios de gabinete. Al mismo tiempo fundaba una asociación filosófica, que se reunía en casa de Grote, el futuro historiador de Grecia, y colaboraba en varias publicaciones, y se estrenaba en debatir los problemas económicos, con un *Ensayo sobre los bienes de la Iglesia y las Corporaciones*. Poco después algunos artículos su-

yos sobre Armandó Carrel, Alfredo de Vigny, Bentham, Coleridge y Tennyson, cuya gloria fué el primero á vaticinar, le ganaron lucido puesto entre los críticos, y otros titulados el *Espíritu del siglo* hicieron exclamar á Carlyle, que vivía solitario en Escocia: "Aquí asoma un místico nuevo., Llega después la era de los grandes trabajos: en 1843 publica el *Sistema de lógica*, y en 1848, los *Principios de economía política*; en 1858, el *Ensayo sobre la libertad*; en 1861, las *Consideraciones sobre el Gobierno representativo*; en 1863, el *Utilitarismo*; en 1865, el estudio sobre el *Positivismo y Augusto Comte*, y después el estudio sobre *La filosofía de Hamilton*, y, por último, en 1869, *La Esclavitud femenina*, corona de su vida y de su labor filosófica, porque las interesantísimas *Memorias* son obra póstuma: no aparecieron hasta 1873, seis meses después del fallecimiento de Stuart Mill.

Hasta aquí la biografía externa del filósofo, tal cual la refieren los historiadores

literarios. La biografía interior es aún más fecunda en enseñanzas, más viva, más interesante para el que guste de estudiar los repliegues del corazón, y sobre todo, se relaciona íntimamente con *La Esclavitud femenina*. El mismo Stuart Mill la deja esbozada á grandes rasgos en sus *Memorias*, con esa decencia, moderación y dignidad que es nota característica de su estilo y honor de su elevado espíritu. Tratemos de imitar su ejemplo, y ojalá lo que escribimos con sentimientos tan respetuosos sea leído con los mismos por las gentes de buen sentido moral y recta intención.

Contaba Stuart Mill veinticinco años, cuando—son sus palabras—formó el amistoso lazo que fué decoro y dicha mayor de su existencia, al par que origen de sus más escogidos pensamientos y de cuanto emprendió para mejorar las condiciones de la humanidad. “En 1830—añade—es cuando fui presentado á la mujer que después de ser veinte años mi amiga, consintió al fin en ser mi esposa.”—No demos

aquí al dulce nombre de *amiga* el sentido más que profano que tiene en nuestra habla castiza; entendámoslo sin reticencia, porque la obligación general de pensar caritativa y limpiamente, sube de punto al tratarse de dos seres humanos de tan alta calidad moral como Stuart Mill y la señora de Taylor. He aquí cómo pinta á esta señora el gran filósofo: “Desde luego parecióme la señora de Taylor la persona más digna de admiración que he conocido nunca. Ciertamente no era todavía la mujer superior que llegó á ser más adelante, y añadiré que nadie, á la edad que ella tenía entonces, cuando por primera vez la vi, puede alcanzar tanta elevación de espíritu. Diríase que por ley de su propia naturaleza fué progresando después, en virtud de una especie de necesidad orgánica que la impulsaba al progreso, y de una tendencia propia de su entendimiento, que no podía observar ni sentir cosa que no fuese ocasión de aproximarse al ideal de la sabiduría. Ello es que, cuando la conocí, su

rica y vigorosa naturaleza no tenía otro desarrollo sino el habitual del tipo femenino. Para el mundo, era la mujer linda y graciosa, adornada con sorprendente y natural distinción. Para sus amigos, ya aparecía revestida de sentimiento intenso y profundo, de rápida y sagaz inteligencia, de ensoñadora y poética fantasía. Habíase casado muy niña con un hombre leal, excelente y respetado, de opiniones liberales y buena educación; y si bien no tenía las aficiones intelectuales y artísticas de su mujer, encontró en él un tierno y firme compañero, y ella por su parte le demostró la más sincera estimación y el más seguro afecto en vida, consagrándole en muerte recuerdo perseverante y cariñoso. Excluida, por la incapacidad social que pesa sobre la mujer, de todo empleo digno de sus altísimas facultades, repartía sus horas entre el estudio y la meditación y el trato familiar con un círculo selecto de amigos, entre los cuales se contaba una mujer de genio, que ya no existe.

„Tuve la dicha de ser admitido en este

círculo, y pronto observé que la señora de Taylor poseía juntas las cualidades que yo no había encontrado hasta entonces más que distribuidas entre varios individuos... El carácter general de su inteligencia, su temperamento y su organización, me impulsaban entonces á compararla con el poeta Shelley; pero respecto á alcance y profundidad intelectual, á Shelley (tal cual era cuando le arrebató prematura muerte), le considero un niño en comparación de lo que llegó á ser andando el tiempo la señora de Taylor. Si la carrera política fuese accesible á la mujer, su gran capacidad para conocer el corazón humano, el discernimiento y sagacidad que demostró en la vida práctica, la aseguraban puesto eminente entre los guías de la humanidad.

„Estos dones de la inteligencia estaban al servicio del carácter más noble y mejor equilibrado que jamás encontré. En ella no había rastro de egoísmo, y no por efecto de imposiciones educativas, sino por virtud de un corazón que se identifi-

caba con los sentimientos ajenos y les prestaba su energía propia. Diríase que en ella dominaba la pasión de la justicia, á no contrarrestarla una generosidad sin límites y una ternura que siempre estaba dispuesta á derramar. A la más noble altivez unía la modestia más franca, ostentando al par sencillez y sinceridad absoluta *con los buenos*. La bajeza, la cobardía, la causaban explosiones de sumo desprecio; encendíase en indignación cuando veía acciones de esas que revelan inclinaciones brutales, tiránicas, vergonzosas ó pérfidas. Sin embargo, sabía distinguir muy bien entre las faltas que son *mala in se* y las que son únicamente *mala prohibita*; entre lo que descubre el fondo de maldad del carácter y lo que sólo entraña desacato á lo convencional...

„No era posible que se estableciese contacto psíquico entre una persona como la señora de Taylor y yo, sin que me penetrase su benéfico influjo; mas el efecto fué lento, y corrieron años antes que su espíritu y el mío llegasen á la perfecta comu-

nión que al cabo realizaron. Yo salí ganando en la transmisión recíproca, aun cuando ella me debió apoyo en ideas y convicciones que sola se había formado. Los elogios que á veces escucho por el espíritu práctico y el sentido de realidad que diferencia mis escritos de los de otros pensadores, á mi amiga los debo. Las obras mías que ostentan este sello peculiar, no eran mías solamente, sino fruto de la fusión de dos espíritus. Verdad que el influjo de la señora de Taylor, aun después de que esta señora rigió el progreso de mi entendimiento, no me hizo cambiar de dirección, pues coincidíamos..

Coincidían sin duda alguna aquel hombre y aquella mujer, en quienes las dos mitades de la humanidad, separadas en cuanto al alma por una mala inteligencia ya secular y crónica, parecían haberse reunido por vez primera sin ningún género de restricción ni limitación mezquina, funesta y triste. Este ideal de unión entre varón y hembra no será más estético, pero quizás es más moral y fortale-

cedor que otro ideal ya muerto, expresado por el poeta de *La Vita nuova* al decir de su *Beatrice*:

*Tanto gentile e tanto onesta pare  
la donna mia, quand' ella altrui saluta,  
ch'ogni lingua divien tremando muta  
e gli occhi non ardiscon di guardare.*

.....  
*E par che della sua labbia si muova  
Uno spirto soave e pien d'amore,  
Che va dicendo all'anima: sospira.*

No se crea que ingiero aquí por casualidad los nombres de Dante y Beatriz Portinari. Es que acudieron á mi memoria y se grabaron en mi pensamiento mientras leía las páginas consagradas por Stuart Mill á su compañera. En la historia de los sentimientos amorosos (demosles su verdadero nombre, que nada tiene en este caso de equívoco ó denigrante, al contrario) los del poeta florentino hacia la *gentil donna* me había parecido siempre que sobresalían por su encanto, elevación y delicadísimo y quintesenciado linaje. Confieso que de algún

tiempo á esta parte he modificado mi opinión, y las reflexiones sobre el caso de Stuart Mill y la señora Taylor confirman esta evolución de mis ideas, que trataré de explicar.

No comprendía yo, en aquellos tiempos en que el amor dantesco se me figuraba la más exquisita flor del sentimiento sexual, que el amor dantesco es precisamente la negación de la suma de ideal posible en ese sentimiento potentísimo que rige á los astros en su carrera y conserva la creación. El amor de Dante á Beatriz condensa toda la suma de desdenes, odios, acusaciones y vejámenes que la antigüedad y los primeros siglos, cristianos de intención, pero aún no penetrados del espíritu cristiano más generoso y puro, acumularon sobre la cabeza de Eva. Considerad, en efecto, que el gran poeta gibelino—mientras cantaba y lloraba y suspiraba á Beatriz en las *terzine* de la *Divina Comedia*, en los sonetos de la *Vita nuova*, en las páginas del *Convito* y del *Canzoniere*—tenía su mujer propia:

legítima, Gemma Donati, y en ella le nacía dilatada prole. Los que con más determinimiento y seriedad han estudiado la vida y los escritos del Alighieri, se inclinan á la opinión de que Beatriz, es decir, la Beatriz del poeta, nunca existió, siendo mera creación alegórica, figura soñada, en que bajo forma de mujer quiso el poeta representar la teología, la filosofía, la idea platónica... todo menos un ser real, una mujer de carne y hueso. Sería muy curioso cotejar el amor fantástico de Dante por la imaginaria *Bice*, y el de Don Quijote por la no menos imaginaria *Dulcinea*. Ambos amores, ó si se quiere, accesos de calentura poética, son formas de una idealidad que busca en la abstracción y el símbolo lo que no quiso encontrar en la realidad y en la vida. Poetizaban aquellos insignes artistas á la mujer, como poetizamos al árbol, á la fuentecilla, á la pradera, al mar, que sabemos que no nos han de entender, porque no tienen entendimiento, ni nos han de corresponder, porque no están organizados para eso, y

así es nuestra propia alma la que habla al mar y la que en la voz del mar se responde á sí misma. Fisiológica y socialmente, Dante tuvo mujer, puesto que vivió en connubio y engendró legítimos sucesores; espiritualmente no tuvo mujer el cantor de Beatriz, ni acaso imaginó nunca que pudiese existir otro modo de consorcio entre varón y hembra sino ese: unióse con el ser inferior para los fines reproductivos y la urdimbre doméstica, y para el eretismo de la fantasía, el ejercicio de la razón, el vuelo de la musa, la *virtú del cielo*, el *raggio lucente*, todo lo que se refiere á las facultades superiores y delicadas—arte, estética, metafísica—para eso un fantasma, porque el hombre no puede comunicar tales cosas con mujer nacida de mujer.

Stuart Mill y los que como él piensan y sienten (¡cuán pocos son todavía!) han traído al terreno de la realidad lo que Dante y el caballero manchego, y la infinita hueste de trovadores y soñadores de todas las edades históricas situaron en las

nubes, ó por mejor decir, escondieron y cerraron en los interiores alcázares del alma, sedienta de venturas que nunca ha de probar. Stuart Mill deja traslucir en algunos pasajes de *La Esclavitud femenina* el alto valor de la nueva conquista, de la hermosa reconciliación que procura para todos y ha logrado para sí; verbigracia, cuando dice: "¡Cuán dulce pedazo de paraíso el matrimonio de dos personas instruidas, que profesan las mismas opiniones, tienen los mismos puntos de vista, y son iguales con la superior igualdad que da la semejanza de facultades y aptitudes, y desiguales únicamente por el grado de desarrollo de estas facultades; que pueden saborear el deleite de mirarse con ojos húmedos de admiración, y gozar por turno el placer de guiar al compañero por la senda del desarrollo intelectual, sin soltarle la mano, en muda presión sujeta! No intento la pintura de esta dicha." Dicha, añado yo, que no estuvo al alcance de Dante ni de ningún poeta antiguo ni moderno, pero

que disfrutó sin tasa el enamorado de la señora de Taylor.

Casi medio siglo después de haberla conocido, unióse Stuart Mill en matrimonio á la mujer, "cuyo incomparable mérito", escribe el filósofo, "y cuya amistad fueron manantiales de donde brotó mi dicha y donde se regeneró mi espíritu, por espacio de tantos años en que ni se nos ocurrió que pudiésemos llegar á juntarnos con lazo más estrecho. Por más que en cualquier época de mi vida yo hubiese aspirado ardientemente á fundir mi existencia con la suya, ella y yo hubiésemos renunciado eternamente á tal privilegio, antes que deberlo á la prematura muerte del hombre á quien yo sinceramente respetaba y ella tiernamente quería. Mas sobrevino este triste acontecimiento en Julio de 1849, y no vi razón para no extraer de la desgracia mi mayor ventura, añadiendo á la red de ideas, sentimientos y trabajos literarios que venía tejiéndose desde tiempo atrás, una nueva y fuerte malla que ya no se rompiese nunca. ¡Sólo

siete años y medio gocé esta dicha! No encuentro palabra que exprese lo que fué para mí el perderla, ni lo que es aún... Vivo en absoluta comunión con su recuerdo.

Cierto: Stuart Mill no fué uno de esos viudos de sainete que se enjugan las lágrimas del ojo derecho, mientras con el izquierdo hacen guiños á una muchacha; no lloró á su mujer derramando ríos de tinta, mientras el corazón reía á nuevos halagos. De los quince años que sobrevivió Stuart Mill, no pasó ninguno sin que dedicase varios meses á vivir en Aviñón, donde su mujer está enterrada; y al objeto adquirió una casita próxima al cementerio, desde cuyas ventanas veía la tumba. Ni viajes, ni luchas políticas y parlamentarias, ni grandes y asiduos trabajos económicos y filosóficos, atenuaron la viveza del recuerdo y del dolor. Sus biógrafos nos dicen que recorrió Italia, Grecia, Suiza, muchas veces á pié y herborizando, pero sin encontrar entre las flores y plantas que prensaba entre la do-

ble hoja de papel, la preciosa florecilla del consuelo, recogiendo en cambio los *no me olvides* de la eterna anyoranza... Cercano ya el término de su vida mortal, volviósese á Aviñón para morir cerca de la amada y dormir á su lado para siempre... Yo no sé si esto es poesía, aunque me inclino á que sí, y muy bella; pero puedo jurar que esto, ¡esto sí!, es matrimonio... himeneo ascendido de la esfera fisiológica á la cima más alta de los humanos afectos.

Repito que nunca con mayor razón que en el caso singularísimo de Stuart Mill, se impone el deber moral de no nutrir el pensamiento en la ponzoña de la malicia. A varón tan justo, tan sincero y tan noble, no haremos mucho en creerle por su honrada palabra, no viendo en su trato con la señora Taylor, hasta la muerte del primer esposo, sino lo que el mismo Stuart Mill declara esplicitamente que había: un lazo de incomparable amistad. "Nuestra conducta durante aquel período," — dice textualmente— "no dió el más mínimo pretexto para suponer otra cosa que la ver-

dad: que nuestras relaciones eran tan sólo las que dicta un vivo afecto y una intimidad fundada en confianza absoluta. Porque si bien es cierto que en cuestión tan personal no juzgábamos que fuese obligatorio acatar las convenciones sociales, en cambio creíamos que era deber nuestro no atentar en lo más mínimo al honor del señor Taylor, que era también el de su esposa.

Se me dirá que siempre son sospechosas tales amistades. No lo negaré, pues cabe la sospecha en todo, y un conterráneo de Stuart Mill, Shakespeare, dijo por boca del mayor celoso y desconfiado: "Aunque fueses limpia como la nieve, no evitarás la maledicencia." Sólo que, en historias como la que voy refiriendo, las sospechas más siniestras nacen siempre en los espíritus más corrompidos. El que no es capaz de comprender que dos seres humanos de distinto sexo se reúnan sino para un solo fin, tal vez delata, sin darse cuenta de ello, su verdadero estado de conciencia: exhibe imprudente un espejo,

en cuya luna se copia la máscara bestial del sátiro.

En la amistad de Stuart Mill y la señora Taylor bien patente está el fin á que cooperaron, reuniendo sus esfuerzos intelectuales y beneficiándolos mutuamente. "El primer libro mío,"—dice Stuart—"en que fué marcada y notoria la colaboración de mi mujer, son los *Principios de Economía política*. El *Sistema de Lógica* no le debe tanto, excepto en los detalles de composición, punto en que me ha sido muy útil para todos mis escritos cortos ó largos, con sus observaciones llenas de penetración y sagacidad. Pero cierto capítulo de la *Economía política*, que ha ejercido sobre la opinión más influencia que el resto del libro, el que trata del "Porvenir de las clases obreras," ese pertenece por completo á mi mujer... Durante los dos años que precedieron á mi retiro del empleo que desempeñé en la Compañía de las Indias, mi mujer y yo trabajamos juntos en mi obra *La libertad*. Al subir las gradas del Capitolio, en Enero

de 1855, fué cuando se nos ocurrió la idea del libro. Lo escribimos, y ya escrito, de tiempo en tiempo lo remirábamos, lo releíamos, calculando y pesando cada frase.,

En vista de todos los antecedentes de este gran cariño y de estos pensamientos gemelos, ya adivino ¡oh lector! que crees descubrir los móviles que impulsaron al filósofo más ilustre de la Inglaterra contemporánea á escribir la obra cuya traducción te ofrezco, ó sea *La Esclavitud de la mujer*. Imaginas que la pasión y la devoción infundida por la señora Taylor son origen de este libro extraño, radical, fresco y ardoroso, que en nombre del individualismo reclama la igualdad de los sexos, y que con el más exacto raciocinio y la más apretada dialéctica pulveriza los argumentos y objeciones que pudiesen oponerse á la tesis. Pues bien, lector, te equivocas, como yo me equivoqué al pronto, por fiarme de apariencias y no recordar que los caracteres enteros y los entendimientos bien lastrados son siempre clave de sí propios, y no pueden men-

tirse ni engañarse abrazando sin convicción opiniones ajenas, ó posponiendo la convicción íntima y sagrada al interés personal. Stuart Mill ni pensó ni escribió *La Esclavitud femenina* por instigación de la señora de Taylor; lo que hizo fué ligarse más y más á la señora de Taylor cuando hubo visto que, aunque esclava por la ley, como las demás de su sexo, tenía el alma independiente, digna de la libertad. Esplicitamente lo declara el filósofo: oigámosle.—“ Los progresos espirituales que debí á mi mujer no son del género que suponen los mal informados. No faltará quien crea, verbigracia, que la energía con que abogué en favor de la igualdad de los sexos en las relaciones sociales, legales, domésticas y políticas, fué inspirada por la señora de Taylor. Nada de eso: por el contrario, esta convicción mía fué de las primeras que se me impusieron espontáneamente cuando principié á estudiar las cuestiones políticas, y el calor con que la expuse despertó desde luego el interés de la que habia de ser mi espo-

sa. Sin duda que antes de conocerla, mi opinión sobre la mujer no pasaba de ser un principio abstracto. No veía yo ninguna razón plausible para que las mujeres estuviesen sometidas legalmente á otras personas, mientras no lo están los hombres. Hallábame persuadido de que sus derechos necesitaban defensores, y que ninguna protección obtendrían mientras no disfrutasen, como el hombre, el derecho de hacer las leyes que han de acatar. La comunicación de la señora de Taylor me hizo comprender la inmensa trascendencia y los amargos frutos de la incapacidad de la mujer, tal cual he probado á mostrarlos en mi *Tratado de la Esclavitud femenina*.

Me siento doblemente dispuesta á creer que preexistía en el ánimo de Stuart Mill el orden de ideas que expone en su libro, porque yo he visto y conocido por experiencia un caso muy análogo. Mi inolvidable padre, desde que puedo recordar cómo pensaba (antes de que yo pudiese asentir con plena convicción á su

pensamiento), profesó siempre en estas cuestiones un criterio muy análogo al de Stuart Mill, y al leer las páginas de *La Esclavitud femenina*, á veces me hieren con dolorosa alegría reminiscencias de razonamientos oídos en la primera juventud, que se trocaron en diálogos cuando comenzó para mí la madurez del juicio. No se impute á orgullo filial (que sería después de todo harto disculpable) lo que voy diciendo, pues respeto las jerarquías y no intento dar á entender que mi padre estaba á la altura de un gran filósofo célebre en todo el mundo. Adornaban á mi padre clarísima inteligencia y no común instrucción; mas donde pudiesen faltarle los auxilios de ambos dones, los supliría el instinto de justicia de su integro carácter, prenda en que muchos le igualarán, pero difícilmente cabrá que le superen. Guiado por ese instinto, juzgaba y entendía de un modo tan diferente de como juzga la mayoría de los hombres, que con haber tratado yo después á bastantes de los que aquí pasan por supe-

riores, en esta cuestión de los derechos de la mujer rara vez les he encontrado á la altura de mi padre. Y repito que así le oí opinar desde mis años más tiernos, de suerte que no acertaría á decir si mi convicción propia fué fruto de aquélla, ó si al concretarse naturalmente la mía, la conformidad vino á corroborar y extender los principios que ya ambos llevábamos en la medula del cerebro.

Lo que acabo de escribir—no sin lágrimas nuevas en mis ojos que ya juzgaba secos—tampoco significa que las ideas de mi padre y las mías fuesen exactamente las que Stuart Mill defiende y expone con tal precisión, tan contundente lógica, tal adivinación de las objeciones y tal estrategia para prevenirlas y desbaratarlas. Es imposible estar de acuerdo en todo con ningún libro, ni aun con el Evangelio; lo cual no quita que el Evangelio sea la pura verdad, de piés á cabeza; sólo que nuestro entendimiento no abarca entera esa verdad. Hay varios puntos en que yo disiento de Stuart Mill, ¿qué importa? en

el conjunto me parece que palpita una gran rectificación de errores, y se desprenden fecundísimas enseñanzas.

No me lisonjeo de que esté preparado el terreno donde han de germinar. No negaré que en las naciones más adelantadas de Europa sorprenden al pronto los progresos materiales obtenidos en lo que va de siglo; mas no guardan relación con los progresos morales, y el cambio en la condición de la mujer, hasta el límite que la equidad y la razón prescriben, es ante todo y sobre todo un progreso moral, difícilísimo de plantear en el día, según reconoce y pone de manifiesto Stuart Mill, en distintos pasajes de su libro.

Difícil, tardío, comprado á precio que sólo podemos conocer los que hemos de pagar completo el escote... y no obstante, seguro, ya indicado por síntomas de esos que apunta el diestro observador como infalibles. Precisamente el libro nuevo que acaba de caer sobre mi mesa de escritorio, acreciendo la pila ingente de los

que esperan turno para pasar al índice ó á las notas del NUEVO TEATRO CRÍTICO, es uno del Sr. Labra, donde encuentro un nutrido estudio, titulado *La dignificación de la mujer*, del cual, si me lo permitiesen los límites y la índole de este prefacio, entresacaría yo algunos de los muchos y elocuentes datos que encierra, y son prueba palmaria de que ningún esfuerzo se pierde; de que lo que está en la conciencia individual más educada y más inteligente, estará pronto en la conciencia general ilustrada, después en la conciencia universal, y, por último, ó mejor dicho á la vez, en la costumbre, en el arte, en las leyes, en la constitución de los Estados y en esa regla moral humana que se ven forzados á acatar hasta los malvados y los injustos por naturaleza. No importa que haya salido fallida la profecía de Víctor Hugo, cuando anunciaba que el siglo XIX emanciparía á la mujer, como el XVIII emancipó al hombre. Mero error de cálculo de tiempo.

Volviendo á Stuart Mill, porque no es

mi ánimo anticipar endebles racionios cuando vais á apreciar los suyos, de hierro batido y acero bien templado, diré que su campaña no ha sido estéril, y que ya puede contársele entre los mayores bienhechores de la mujer en el terreno positivo. Cuando en 1867 presentó á la Cámara de los Comunes el proyecto de ley pidiendo para la mujer el derecho de sufragio, la minoría que votó con él fué lucida é imponente, y general la sorpresa de sus adversarios viendo que no podían tildarle de extravagancia. Desde entonces crecieron de año en año los partidarios de los derechos políticos de la mujer, y entre ellos descollaron figuras como la de Benjamín Disraeli, que votó con Stuart Mill, y Gladstone.

Doblemente beneficiosa fué la obra de Stuart Mill en su patria, puesto que ¡singular anomalía! la mujer inglesa era, hasta estos últimos tiempos, una de las peor tratadas por la legislación. El estudio de Labra nos lo dice: "La ley antigua, pero no lejana, autorizaba al marido para

castigar á la esposa, y aquél respondía de los delitos de ésta cometidos en su presencia. Los bienes de la mujer casada eran inalienables, aun contando con su voluntad, y no había que pensar en que ella pudiera reservarse la disposición de su hacienda, ni hacer suyos los gananciales. Únicamente el padre tenía potestad sobre sus hijos, y la mujer abandonada carecía del derecho de pedir alimentos. La investigación de la paternidad estaba absolutamente prohibida, lo mismo que el ejercicio de la tutela por la mujer. No existía garantía alguna contra la seducción de la menor desamparada, y en el taller de la fábrica obscura y malsana se sacrificaba silenciosamente la salud y el pudor de la obrera, peor retribuida y más desconsiderada que el varón.

„A partir de 1870, y sobre todo desde 1882 y 86, las cosas se han arreglado de un modo perfectamente contrario, completándose estas reformas con las leyes especiales de protección del trabajo de la mujer, singularmente en las minas...

Además, la reforma pedagógica británica de 1870 ha dado á la mujer una autoridad extraordinaria en el círculo docente... Con estos trabajos hay que relacionar los novísimos realizados principalmente en el Reino Unido para obtener, de un lado, mayor rigor de los Códigos contra la seducción y el atropello de mujeres, y de otra parte un aumento de la edad garantizada por la ley contra las tentativas de corrupción de menores... Singularmente en algunas comarcas de Inglaterra, la influencia electoral de la mujer es creciente. No se trata ya del beso otorgado por aquella perfumada y delicadísima duquesa al burdo tabernero en cambio del voto decisivo para unas elecciones británicas. En uno de los periódicos más preocupados contra las novísimas pretensiones femeninas—en el *Scotchman*—yo he leído estas frases: “Se trata, ó de renunciar al auxilio de la mujer para la impulsión de nuestras ideas políticas, ó de dejarlas la entera responsabilidad de sus actos; y como no podemos excluirlas de

„la carrera política, es necesario que „aceptemos la alternativa.„ Esto se decía casi al propio tiempo que lord Salisbury, primer ministro del Reino Unido de la Gran Bretaña, exclamaba: “Espero seriamente que se aproxima el día en que „gocen las mujeres el derecho de votar, „pues no veo ningún argumento para rehusárselo.„

Mientras los Salisbury y los Gladstone de España, —los que trajeron á nuestra patria á tan floreciente y próspero estado con su acierto en llevar el consabido timón,— se divierten un rato á cuenta de las utopías de esos ministros soñadores que rigen á la nación inglesa sin conseguir ponerla á nuestra altura de felicidad y prestigio, yo presento á mis compatriotas á Stuart Mill, el individualista, y no tardaré en presentarles á Augusto Bebel, autor de *La Mujer ante el socialismo*.



## TRISTANA <sup>1</sup>

EN medio del alboroto producido por el estreno de *Realidad*, cayó *Tristana* como en un pozo, rodeada de sepulcral silencio. Así en periódicos como en conversaciones literarias, casi puede decirse que no ha sonado el nombre, el asunto ni la tendencia de la última novela de Galdós. Y aun cuando no creo que *Tristana* deba incluirse en el número de las mejores novelas de Galdós, y quizá pueda calificarse de bastante inferior con respecto á otras recientes, todo lo que este autor y media docena más de autores españoles que yo me sé den á luz, merecerá siempre atento examen, porque si el entusias-

<sup>1</sup> *Tristana*, novela, por B. Pérez Galdós.—Un tomo. Madrid, 1892.

„la carrera política, es necesario que „aceptemos la alternativa.„ Esto se decía casi al propio tiempo que lord Salisbury, primer ministro del Reino Unido de la Gran Bretaña, exclamaba: “Espero seriamente que se aproxima el día en que „gocen las mujeres el derecho de votar, „pues no veo ningún argumento para rehusárselo.„

Mientras los Salisbury y los Gladstone de España, —los que trajeron á nuestra patria á tan floreciente y próspero estado con su acierto en llevar el consabido timón,— se divierten un rato á cuenta de las utopías de esos ministros soñadores que rigen á la nación inglesa sin conseguir ponerla á nuestra altura de felicidad y prestigio, yo presento á mis compatriotas á Stuart Mill, el individualista, y no tardaré en presentarles á Augusto Bebel, autor de *La Mujer ante el socialismo*.



## TRISTANA <sup>1</sup>

EN medio del alboroto producido por el estreno de *Realidad*, cayó *Tristana* como en un pozo, rodeada de sepulcral silencio. Así en periódicos como en conversaciones literarias, casi puede decirse que no ha sonado el nombre, el asunto ni la tendencia de la última novela de Galdós. Y aun cuando no creo que *Tristana* deba incluirse en el número de las mejores novelas de Galdós, y quizá pueda calificarse de bastante inferior con respecto á otras recientes, todo lo que este autor y media docena más de autores españoles que yo me sé den á luz, merecerá siempre atento examen, porque si el entusias-

<sup>1</sup> *Tristana*, novela, por B. Pérez Galdós.—Un tomo. Madrid, 1892.

mo tiene su hora y su sazón ante las obras maestras, la consideración no está sujeta á altibajos, ni puede influir en ella una diferencia de cantidad y calidad inevitable en quien escribe y publica muchos libros y no deja pasar año sin rendir cosecha.

El asunto de *Tristana* cabe en un puño, y la trama puede decirse que es nula. Un Tenorio ya decadente, casi retirado á cuartel de inválidos, D. Juan López Garrido, acepta la tutela de la hija de su amigo Reluz, huérfana ya y sin amparo en el mundo; se la lleva á vivir consigo, y la seduce, adhiriéndose como la hiedra á su última conquista. La equívoca posición de la señorita de Reluz la obliga á permanecer en el retiro; no obstante, un día encuentra por casualidad al joven pintor Horacio, y el idilio comienza, primero tímido y suave, después apasionado y ardoroso. El viejo galán y tirano doméstico de *Tristana* olfatea sin tardanza lo que ocurre, y al pronto quiere tomar medidas violentas, si bien después adopta un sis-

tema mixto de aparente tolerancia y solapada oposición con que aspira á desorganizar el amorío y desunir la pareja. No hubiesen bastado para conseguirlo todas sus tretas y artimañas; pero vienen en su ayuda dos casos fortuitos: la ausencia de Horacio y la enfermedad de *Tristana*, un horrible tumor blanco por el cual tienen que amputarla una pierna. Lejos el amante y mutilada la señorita, el amor muere de muerte natural; Horacio toma mujer, y la cojita *Tristana*, despojo infeliz de la adversidad, se salva en las áridas playas del amor senil de su rancio seductor, con el cual acaba por casarse á última hora, sin ilusión alguna, por conveniencia y cansancio. "¿Eran felices uno y otro? Tal vez..." pone el autor á guisa de corolario de la novela.

Conste que no desapruero la sencillez de la trama. Muchísimas novelas, de las mejores que conozco en la literatura universal, son de trama excesivamente sencilla. Aquí, el decir de una novela que "apenas tiene asunto," suele envolver una

censura disimulada, como si calificasen ya de anodina ó inocente la obra. Protesto contra este sentido, y protesto más fuerte aún contra otra especie que no diré que echó á volar, pero sí que adoptó sin distingos mi buen amigo el Sr. Altamira: la de que no tienen miga los asuntos amorosos, ó al menos no tienen tanta como los sociales, políticos, filosóficos, religiosos, científicos, económicos, etc., etc. Si ahondamos (y ahondar es ley) los asuntos amorosos diría yo que tienen más miga que ningunos. En el modo de tratarlos, es decir, en la habilidad, ingenio y felicidad del autor, está el toque. Por otra parte, en la cuestión de asunto también hay que distinguir cuidadosamente entre el asunto interno y el externo, entre lo que *acontece* y lo que *permanece*, entre lo que se ve y lo que se esconde, pero pueden adivinar los iniciados...

Por eso declaro que á *Tristana*, á pesar de su sencillez de asunto, aún le sobra parte de él: para el asunto interno no hacía falta Horacio, ni la ausencia de Horacio,

ni la pierna cortada, porque el asunto interno en *Tristana* no es realmente ni la seducción de *Don Lope*, ni el enamoramiento de Horacio, ni la ruptura, ni el casamiento final... El asunto interno de *Tristana*, asunto nuevo y muy hermoso, pero imperfectamente desarrollado, es el despertar del entendimiento, la conciencia de una mujer sublevada contra una sociedad que la condena á perpetua infamia y no le abre ningún camino honroso para ganarse la vida, salir del poder del decrepito galán, y no ver en el concubinato su única protección, su apoyo único.—Si esta idea,—que en *Tristana* aparece embrionaria y confusa, al través de una niebla, como si el novelista no se diese cuenta clara de la gran fuerza dramática que puede encerrar,—se destacase con la precisión y vitalidad que ostentan el asunto interno de *El Amigo Manso* y los caracteres de *Fortunata* y *Jacinta*, *Tristana* sería quizá la mejor novela de Galdós.

Por desgracia falta esa unidad, ese vi-

gor, ese aplomo que dan la certeza y el deseo de expresarla, en la historia de la señorita de Reluz, especialmente desde la segunda mitad de la novela, que visiblemente decae y queda muy por bajo de la primera, atropellándose para traer el episodio final de la operación quirúrgica y sus consecuencias decisivas del porvenir de Tristana. Los primeros capítulos confieso que me hacían concebir esperanzas brillantes. La situación estaba planteada con rapidez y firmeza, como de mano de maestro, y entonada con algunos brochazos á lo Velázquez la jugosa y castiza figura del buen hijalgo, al cual "ó había que matarle, ó decirle Don Lope". No menos sentida y expresiva la cabeza de su víctima, la señorita de Reluz, la "dama de papel", que, "en opinión del vulgo circunvecino, no era hija, ni sobrina, ni esposa, ni nada del gran Don Lope; no era nada y lo era todo, pues le pertenecía como una petaca, un mueble ó una prenda de ropa... ¡y ella parecía tan resignada á ser petaca y siempre petaca!". En

esta unión ilícita del maduro galán con la linda muchacha, el drama verdadero, el conflicto de conciencia, tiene que surgir al punto mismo en que Tristana conozca la indignidad de su situación, y por salir de ella se arroje á una lucha desigual, pero que por lo mismo puede rayar en sublime. El capítulo II de *Tristana*, y ya hasta que empieza el episodio de los amores con Horacio, son un manantial de esperanza: apunta allí una novela fuerte y rara, de primer orden, un bellissimo caso psicológico. Tristana cuenta veintitún años ya, y á esta edad principian á despertarse en ella los anhelos de independencia "con las reflexiones que embargaban su mente acerca de la extrañísima situación social en que vivía", (supongo que Galdós no la califica de extrañísima porque no sea frecuente, sino porque, en efecto, es extraña ante la razón). Hay algo de sagrado en esa crisis del alma de Tristana, que sacudiendo su irreflexión y pasividad muñequil, sin ideas propias, sustentada por las proyecciones del pensar ajeno, florece de

improvisado como planta vivaz y se llena de ideas, en apretados capullos primero, en espléndidos ramilletes después; que se siente inquieta, ambiciosa de algo muy distante, muy alto, y que á medida que se cambia en sangre y medula de mujer la estopa de la muñeca, va cobrando aborrecimiento y repugnancia á la miserable vida que lleva en poder de Don Lope Garrido.

Sola, retirada, sin confidentes, sin desahogo ninguno, Tristana confía sus aspiraciones nuevas ¿á quién? á la criada Saturna. ¡Donosos parrafeos los de la romántica señorita y la maciza fámula! Saturna, con su sentido práctico de dueña marrullera, advierte á Tristana de los riesgos que corre. “¿Sabe la señorita como llaman á las que sacan los piés del plato? Pues las llaman, por buen nombre, *libres*... Si ha de haber un poco de reputación, es preciso que haya dos pocos de esclavitud. Si tuviéramos oficios y carreras las mujeres, como los tienen esos bergantes de hombres, anda con Dios.

Pero, fijese, sólo tres carreras pueden seguir las que visten faldas: ó casarse, que carrera es, ó el teatro... vamos, ser cómica, que es buen modo de vivir, ó...” Y contesta tristemente la señorita: “Ya sé, ya sé que es difícil eso de ser libre... y honrada. ¿Y de qué vive una mujer no poseyendo rentas? Si nos hicieran médicas, abogadas, siquiera boticarias ó escribanas, ya que no ministras y senadoras, vamos, podríamos... Pero, cosiendo, cosiendo... Calcula las puntadas que hay que dar para mantener una casa... ¡Ay, pues si yo sirviera para monja, ya estaba pidiendo plaza en cualquier convento! Pero no valgo, no, para encerronas de toda la vida. Yo quiero vivir, ver mundo y enterarme de por qué y para qué nos han traído á esta tierra en que estamos. Yo quiero vivir y ser libre...”

En este diálogo se cifra lo que debía ser, en mi concepto, asunto fundamental de *Tristana*. Engolosinado por tales preludios, cree el lector que va á presenciar un drama trascendental; que va á asistir

al proceso libertador y redentor de un alma, de un alma que representa millones de almas oprimidas por el mismo horrible peso, á sabiendas ó sin advertirlo... No es así. Cuando creemos que va á principiar el combate, aparece Horacio, una intriga amorosa como otra cualquiera, y Tristana se entrega á la pasión con un impetu que yo no negaré que sea cosa muy natural, pero que no tiene nada que ver con la novela iniciada en las primeras páginas del libro. La lucha por la independencia ya queda relegada á último término; puede decirse que suprimida. Ni aun tenemos ocasión de presenciar otro género de lucha, la lucha por la libre elección amorosa. Don Lope, que al principio parece un esclavo del punto de honra, un galán calderoniano, modo de ser muy conforme con su avellanada y varonil hermosura de personaje del cuadro de *Las Lanzas*, y que se prestaba admirablemente para realzar con el contraste la figura de su rebelada pupila, se va convirtiendo poco á poco en un héroe *psi-*

*cológico* moderno, francés, á lo Pablo Bourget, un hombre contemporizador y escéptico, que tolera lo que no puede evitar, seguro de que las circunstancias y el tiempo le devolverán su presa, y conforme con ser *le plus heureux des trois*. Deja correr el torrente amoroso de Tristana y Horacio, y la señorita de Reluz no necesita lidiar para conseguir, á falta de completa rehabilitación, ese género de dignidad inseparable de los sentimientos sinceros y los afectos desinteresados y profundos.—De suerte que el autor, después de que ha desorientado en el carácter y papel de Tristana, vuelve á desorientarnos en el de Don Lope; creíamos (y no era culpa nuestra el creerlo, porque fundamento no nos faltaba) que iba á presentarnos Galdós el terrible conflicto del hombre antiguo y el ideal nuevo, el choque de la coraza y la locomotora, y sólo encontramos un viejo condescendiente y terco á la vez, *muy truchimán*, una niña encandilada por un hombre bastante vulgar, y una historia inexpresiva que se

desenlaza por medio de un suceso adventicio, de una fatalidad física, análoga á la caída de una teja ó al vuelco de un coche.

—Entiéndase que ni niego la verosimilitud de la historia, ni menos dudo de que con esos elementos y otros aún más ínfimos, puede Galdós entretener, interesar, conmover, hacer pensar y sentir, porque yo creo que Galdós es capaz de sacar novela de un trozo de sílex ó de una madeja de esparto. Lo único que significan mis censuras (pues no niego que lo sean) es que *Tristana* prometía otra cosa; que Galdós nos dejó entrever un horizonte nuevo y amplio, y después corrió la cortina.

Probablemente toca gran parte de culpa, en esta insuficiencia de *Tristana*, á *Realidad*, obra dramática que, si no me engaño, preocupaba á su autor precisamente en los momentos en que crecía el montón de cuartillas de la novela. La obra de arte es celosa: pide para sí sola todas las energías y fuerzas vitales y creadoras del cerebro. Nótese que el primer tercio

de *Tristana* es superior al segundo, y éste al último, de donde puede inferirse que, según iba apoderándose *Realidad* del espíritu de Galdós, la novela se hacía más borrosa, la idea primera se desvanecía, y quedaba sólo... lo que nunca puede faltar en obras de tal pluma... pero ni un ápice más.

El maestro de nuestra fábula novelesca no necesita que pongamos sordina á nuestra opinión; ahí va lisa y llana, como él tiene derecho á oirla. De poner sordina no la pondría yo por él, sino por esa casta de cuervos literarios que al menor pretexto olfatean cadáver, y para quienes todo lo que no sea subir al empireo es bajar al profundo infierno, y el cuadro de Ribera ó de Goya que no ocupe el primer puesto en la jerarquía de los del mismo autor, ya es un chafarrinón de Orbaneja. Yo no sé si renegar de los tales cuervos, porque acaso no es inútil su graznido: tal vez puede estimular y sacar chispas del genio. Lo cierto es que aquí la palestra literaria no es estadio olímpico, sino pla-

za de toros: al que sale bien de la suerte, apoteosis; al que se resbala, naranjas y denuestos; pero el caso es que los primeros espadas no varían de una corrida á otra: con naranjazos y toques de cencerro, ó con cigarros y palmas, ellos son siempre los mismos; apostaré algo á que ni chulillos, ni mulilleros, ni monos sabios, sustituirán á *Lagartijo*, aunque llegue á ser más viejo que un palmar; y en cuanto al público de los tendidos, á ese tan pródigo de injurias, á ese que harta de "cobardes, á los diestros que tienen su cuerpo tatuado á puras cornadas... claro está que ese sí que nunca bajará á la arena. ¡Hombre, ni que decir tiene! (Lector, permítame que mantenga el estilo á la altura del símil.)



## CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL

### I

Libros nuevos dignos de mención: *La Pasión*, por el P. Ollivier.—*La Vida artística*, por Luis Llanos.—*Pepinillos en vinagre*, de M. Polo y Peyrolón.—*Los Cuentos del vivac*, por Federico Urrecha.—*Los Estudios sociales*, de Labra.—*La Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América*.—*La Colección de libros escogidos*.—*Las Estafetas de los muertos*.

Estoy siempre en deuda y rezagada en cuestión de libros, y si los meses de verano no me sacan de apuros, no sé como haré para liquidar. Deseo echar una ojeada á la literatura extranjera, pero hace tiempo que no me lo permite la española, que en lo que va de año ha cundido mucho. Por eso, de la mayor parte de las obras que se publican, tengo que contentarme con decir media docena de palabras, una especie de extracto de juicio.

za de toros: al que sale bien de la suerte, apoteosis; al que se resbala, naranjas y denuestos; pero el caso es que los primeros espadas no varían de una corrida á otra: con naranjazos y toques de cencerro, ó con cigarros y palmas, ellos son siempre los mismos; apostaré algo á que ni chulillos, ni mulilleros, ni monos sabios, sustituirán á *Lagartijo*, aunque llegue á ser más viejo que un palmar; y en cuanto al público de los tendidos, á ese tan pródigo de injurias, á ese que harta de "cobardes, á los diestros que tienen su cuerpo tatuado á puras cornadas... claro está que ese sí que nunca bajará á la arena. ¡Hombre, ni que decir tiene! (Lector, permítame que mantenga el estilo á la altura del símil.)



## CRÓNICA LITERARIA Y TEATRAL

### I

Libros nuevos dignos de mención: *La Pasión*, por el P. Ollivier.—*La Vida artística*, por Luis Llanos.—*Pepinillos en vinagre*, de M. Polo y Peyrolón.—*Los Cuentos del vivac*, por Federico Urrecha.—*Los Estudios sociales*, de Labra.—*La Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América*.—*La Colección de libros escogidos*.—*Las Estafetas de los muertos*.

Estoy siempre en deuda y rezagada en cuestión de libros, y si los meses de verano no me sacan de apuros, no sé como haré para liquidar. Deseo echar una ojeada á la literatura extranjera, pero hace tiempo que no me lo permite la española, que en lo que va de año ha cundido mucho. Por eso, de la mayor parte de las obras que se publican, tengo que contentarme con decir media docena de palabras, una especie de extracto de juicio.

Hay una clase de libros que no mete bulla, que tiene su público especial, que nace y vive á la sombra y penetra en las familias menos dadas á la lectura: me refiero á los libros de indole religiosa. Y, sin embargo, entre esos libros de que por lo regular se hace caso omiso, los hay de verdadero valor é interés, así literario como histórico.—Uno acaba de traducirse al castellano, cuya lectura me ha interesado mucho. Titúlase *La Pasión*, y es obra del dominico Padre Ollivier. El Padre Ollivier, que narra hora por hora y minuto por minuto el drama del Gólgota, no es un inspirado ni un vidente; al contrario, otorga muy mediano crédito á las revelaciones de las videntes y extáticas como Santa Brígida, la venerable de Ágreda y la madre Emmerich, á quienes cree inspiradas por el arte. El Padre Ollivier se apoya en la historia, en la arqueología, en la numismática, en las Escrituras, en los historiadores latinos y hebreos: en suma, se apoya en todos los datos que pueden ayudar á formar un es-

tudio sólido sobre la Pasión de Cristo.—Y algunas páginas de su libro—por ejemplo, la de la Crucifixión—dan frío en los huesos.

\*  
\*\*

*La vida artística*, de Luis de Llanos, es una nueva señal de la ductilidad y variedad de facultades de este artista, tan conocido y querido en Italia como en España. Luis de Llanos dibuja al carbón, pinta á la acuarela, al aguazo, al óleo; lo mismo improvisa la *manchita* encantadora que estudia la gran composición del tapiz ó del lienzo; al mismo tiempo es un perfecto *causeur*, instruído sin pedantería, curioso sin minuciosidad, gráfico sin pesadez, alegre sin chocarrería y fácil y gracioso sin insulsez ni repetición de chistes. Su conversación enseña, sobre todo en crítica artística, y su entusiasmo tiene una virtud comunicativa y animadora. Pues estas mismas cualidades, que forman el conjunto de una naturaleza ar-

tística exuberante y poderosa, son las que brillan en su libro. No conozco obra que más exacta y fielmente encarne á su autor. Parecíame estar oyéndole, y viendo sus donaires, y disfrutando sus serias y provechosas observaciones sobre arquitectura, pintura antigua y moderna, monumentos romanos, bellezas de Nápoles y de Asís... Creo que no puedo hacer mejor elogio del libro de Luis de Llanos, mezcla singular de novela y autobiografía, espejo y joya á la vez.

\* \*

Aunque se me enfade Valbuena, yo he leído con gusto *Pepinillos en vinagre*, de Polo y Peyrolón. Los artículos y cuentos de que se compone el libro del profesor de Valencia, á más de estar bien escritos, son entretenidos, y algunos, como *La oración de la gitana*, me han hecho reír sabrosamente. Este modesto escritor, que apenas lucha por la vida... literaria, no tiene detrás de sí á una trilogía de

provincias, como Trueba logró tener; en la sierra de Albarracín no hay regionalismo, y por eso el nombre de Polo y Peyrolón suena tan poco. No le igualo á Trueba; pero, á la verdad, no veo esa distancia tan enorme...

\* \*

Los *Cuentos del vivac*, de Federico Urrecha, son dignos de figurar al lado de la patética y dolorosa literatura militarista que en Francia representan Daudet, Coppée, Lemonnier, los autores de las *Veladas de Médan*. Nótese que en España es nueva esta nota sentimental; nuestras letras son recias y duras como el carácter castellano que en ellas ha predominado siempre, y la ternura de los *Cuentos del vivac*, que los convierte en alegato á favor de la paz perpetua, tiene mucho de nuevo y original, una emoción elegíaca, á la cual los españoles encontramos sabor femenino. Yo creo que este libro señala á Urrecha su puesto propio entre

nuestros cuentistas. Ya se lo había manifestado de palabra, y yo no tengo dos pareceres, uno verbal y otro escrito. Los *Cuentos del vivac* me parecen hermosos y muy sentidos, con finura modernista y nerviosa.

De los *Estudios sociales* de Labra poco he de decir, pues bien doy á entender la estimación con que los he recibido al extractar parte de uno de ellos en el prólogo á *La Esclavitud femenina*, de Stuart Mill.—No menos oportuna es la publicación emprendida por un editor, que es á la vez un bibliófilo rebuscador é infatigable que se ha formado á sí propio, sin aulas, estudios ni maestros. Me refiero á la *Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América*, y en que ya figura la *Conquista del Perú*, por Xerez; el *Descubrimiento del gran río de las Amazonas*, por Acuña; el *Tratado del origen de los indios*, por Rocha, y ahora

la discutida *Historia de Colón*, escrita por su hijo D. Hernando, y otros dicen que atribuida, sin fundamento, al hijo del descubridor, aunque la opinión hoy más corriente y valedera es á favor de la completa autenticidad de tan curiosa é importante biografía, que á pesar de la natural y excusable parcialidad es un tesoro, además de estar escrita con clásica elegancia y pureza. Gran valor y arrojo supone el determinarse á reimprimir libros de esta índole. Ojalá el Centenario—en que tantas esperanzas se fundan, y que acaso las defraude, en gran parte al menos—recompense algún tanto los sacrificios del editor de la *Biblioteca americana* (que así la hubiese titulado yo, porque tengo horror á los epígrafes largos).

Mayor importancia general ofrece la *Colección de libros escogidos*. Esta representa el movimiento literario moderno, es decir, lo más selecto, lo más renom-

brado, lo que en alas de la fama se difunde por todo país culto. Es realmente la flor y nata de las letras extranjeras lo que incluye esa *Colección*, elegida con tan delicado tino, y que, principiada no hará medio año, ya llega al tomo xxiii. Sólo el esmero con que de ella se excluye la broza literaria, las obras inferiores, explica tan rápido incremento y tal popularidad, pues en los escaparates de las librerías madrileñas no vemos los autores (algo celosos y envidiosos, francamente), más que hiladas de tomos de la afortunada *Colección*. ¡Y qué mucho, si en los países americanos donde se habla nuestra lengua todavía se venden más los autores franceses que los castellanos, y una traducción de Maupassant corre más que un libro nuevo de Pereda! La *Colección de libros escogidos* nos perjudica; pero la imparcialidad nos obliga á declarar que en ella no hay nada inferior ó mediano. Son las obras maestras de Tolstoy, de Zola, de Turguenef, de Renán, de Daudet, de Balzac, de los grandes maestros

contemporáneos... Hay que armarse de paciencia y reconocer el valor de esa Biblioteca, que pronto abarcará la *Suma literaria* de nuestro siglo.

A los aficionados á rarezas bibliográficas y singularidades médicas y literarias, les recomiendo las dos *Estafetas de los muertos*.

## II

Observación á un discurso de Menéndez y Pelayo.—Velarde y su fama póstuma.—No estoy escribiendo ningún drama.—Porvenir del NUEVO TEATRO CRÍTICO.—¿Guido ó Guy?—Párrafo teatral.

No quiero que se me pase por alto (pues las afirmaciones de Menéndez y Pelayo nunca deben caer en saco roto) la que formuló al contestar á Barbieri, diciendo que un novelista, un orador, un poeta, fácilmente adquieren la notoriedad, mientras los eruditos andan postergados y olvidados. Yo creo que esta afirmación puede volverse del revés como un guante, y probaré á demostrarlo. Para que un no-

velista, un orador ó un poeta consigan la verdadera notoriedad, la que dura y perdura y se traduce en evidente y constante favor del público, es preciso que sus méritos sean reales y efectivos. El novelista, el orador, el poeta y también el autor dramático, tratan de asuntos en que todo el mundo pica y quiere entender y hasta poner reparos y defectos con implacable severidad. Desnudos ante la multitud, novelistas, poetas y oradores son examinados, analizados, depreciados y despreciados por cada quisque, pues, como decía el bueno de Feijóo, no hay más severo censor de un libro que el que no sabe escribir una carta. No sólo los entendidos, sino los rábulas, la baja chusma intelectual, tienen derecho á poner peros y manzanas y á publicar en las resonantes hojas periódicas todo ese frutero. El erudito, atacado por la jauría, puede defenderse, porque como no debe afirmar sino basándose en el documento "vivo y presente", con exhibirlo le bastaría para confundir á sus detractores. Al

artista no se le concede el derecho de defensa; sería impertinente vanidad, pretensión ridícula, que su autor defendiese una obra de arte. La que sale triunfante de la prueba puede decir con orgullo: "Algo soy y algo significo realmente."

En cambio la fama del erudito, suavemente esparcida, bisbisada al oído por amigos ó colegas, va acreditándose sin discusión. Nadie, por lo regular, se toma el menor interés en ciertos puntos concretos de erudición, y el que acota uno puede estar cierto de que ya reina sin rival, á no surgir alguno tan inesperado como lo sería la aparición de un megaterio en los jardines del Retiro. Y si surge, y los dos eruditos se enzarzan, y se tiran los trastos, el público, que oye de lejos el ruido de la gresca, por rehuir el trabajo de enterarse, prefiere encogerse de hombros y decir: "¡Qué par de sabios! ¡Mire V. que se derrocha sabiduría en esa discusión!," De la novela famosa más reciente todo el mundo pensará algo, malo ó bueno; en cambio, de las últimas investigaciones

comparativas sobre las *naves caudicaria* y los *myoparones*, juzgo piadosamente que nadie se atreve ni á sospechar cómo andan. Me ha sorprendido la afirmación de Menéndez y Pelayo, precisamente cuando con beneplácito general el artista que hay en él va sobreponiéndose al investigador.

Lo que voy á añadir confirma lo dicho en los párrafos anteriores. Ahí está Velarde, un poeta que no careció de amigos, de ensalzadores; Rafael Calvo leyó sus poemas en la escena, sirviéndole de hilo para comunicarse con el alma del pueblo; las damas de alto copete le sonreían; el rey Alfonso XII sabía de memoria trozos de sus composiciones, y los recitaba; Cánovas, que es una potencia, le protegió y dió impulso; la colonia bética, que es numerosa, le endiosó; el Ateneo, nuestro primer centro intelectual, no le escatimó su benevolencia; la Academia ya tenía las puer-

tas entreabiertas para recibirle; en *La Ilustración española y americana* encontró su casa propia, según declara el mismo periódico. Fallece Velarde, y el Ateneo congrega, para honrar su memoria, á todo un Parnaso: Zorrilla, Manuel del Palacio, Ferrari, Cabestany, Fernández Shaw, y, para la oración fúnebre, Balart; y el retrato del muerto luce corona de laurel, y se llenan las tribunas... Pues con todo eso, el libre examen, el inflexible espíritu crítico del público (que los eruditos no temen), muerde ya, como el ácido en la plancha de acero, en la fría apoteosis; el entusiasmo falta hasta en los mismos oficiantes, y el mediocre poeta andaluz queda tal vez más muerto en espíritu que antes...

¿De dónde habrán sacado los noticieros que yo estoy escribiendo un drama con destino á no sé qué teatro?

Supongo que del hecho de que asistí á

dos ó tres ensayos de *Realidad* en la Comedia. Y como no he de andar molestando continuamente á los diarios con rectificaciones, he dejado correr la bola y decir chistes sobre el asunto, y he agradecido los buenos augurios y las palabras animadoras. La verdad es que soy cobarde para eso de las tablas y las candilejas, y que precisamente la resolución de Galdós de hacer teatro será parte á que yo reflexione mucho más de lo que siempre reflexionaría antes de lanzarme á empresa tal. Hoy menos que nunca—hasta por falta de tiempo—puedo yo pensar en semejantes aventuras.

\*  
\* \*

Otra rectificación dedicada á los bondadosos lectores del TEATRO CRÍTICO, que han tenido la galantería de alarmarse porque algún diario anunció la próxima desaparición de esta Revista que están Vds. leyendo.—El TEATRO CRÍTICO saldrá sin interrupción alguna (á no enfermarme

yo de cuidado) hasta el número de Diciembre del presente año de 1892.—En verano, lejos de retrasarse, se adelantará, á fin de que yo pueda tomar mis aguas y reposar un poco. Lo más probable es que en Enero de 1893 la publicación continúe, con la modificación siguiente: en vez de doce números al año, daré seis, algo más nutridos, correspondientes á los meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril, Noviembre y Diciembre, únicos en que hay en nuestra patria movimiento literario y teatral. Tendrá este arreglo, para mí, la ventaja de dejarme medio año libre, pues con el sistema actual me encuentro demasiado sujeta á una labor, no extensa, pero periódica, y por periódica, abrumadora; y para el subscriptor, la de que, aun cuando aumente lectura á los cuadernos, la subscripción le costará más barata... y leerá menos prosa mía. Ya sé que mis bien educados lectores protestarán contra esto último... Muchas gracias.

\*  
\* \*

¿Por qué le sonará mal á Mariano de Cavia el que se diga y escriba *Guido* de Maupassant, en vez de *Guy*? ¿No se ha dicho siempre *Guido* de Lusignan, *Guido* Reni? Pues, ¿á qué tenemos de pronunciar ahora ese *Guy*, que parece un gipio de cante flamenco?

¿No reza la Gramática de la lengua castellana, por la Real Academia Española, que es barbarismo "escribir y pronunciar como en el idioma á que pertenecen, voces que ya se han castellanizado, como *Bordeaux* por *Burdeos*, *London* por *Londres*, etc.?", Pues siempre se ha dicho *Guido* por *Guy* en castellano, y yo no tengo ni el mérito de una innovación racional y cómoda para la laringe.

\*  
\*\*

Pensaba hablar largamente, en esta crónica, de la reaparición de *Las vengadoras*; pero á última hora me dicen de la imprenta que ya no cabe más que un párrafo, y en un párrafo tampoco tiene cabida lo mucho bueno que pienso del

drama de Sellés. Para poca salud más vale ninguna, es decir, en este número. En el de Junio pienso incluir una revista dramática donde explique cómo, por qué y hasta qué punto apruebo *Las vengadoras*; revista que será una ojeada retrospectiva al movimiento dramático de esta azarosa temporada. Los meses de verano son propios para este balance ó inventario de ganancias y pérdidas, y sobre todo para darse cuenta de las leyes que anuncian para lo venidero los fenómenos observados ya, y cuya significación no se ve clara todavía.



## ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

### CIENCIAS Y ESTUDIOS SOCIALES

- Dr. Gaspar Gordillo Lozano: *La Metafísica y las Ciencias naturales*.—Folleto.—Madrid, 1891.
- Nilo María Fabra: *Problema social*.—Segunda edición.—Un tomo.—Madrid, 1892.
- Rafael María de Labra: *Estudios de economía social*.—Primera serie.—Un tomo.—Madrid, 1892.
- Luis Orrego Luco: *El gobierno local y la descentralización*.—Un tomo.—Santiago, 1890.
- Modesto Martínez y Gutiérrez Pacheco y Angel Pulido Fernández: *Discursos leídos en la Real Academia de Medicina*.—Folleto.—Madrid, 1892.
- José Sánchez Somoano: *Gimnástica escolar*.—Tomo 1.—Madrid, sin fecha.
- Valerio Cervera: *La justicia social*.—Folleto.—Madrid, 1892.

### HISTORIA

- Soledad Acosta de Samper: *Biografías de hombres ilustres y notables de Colombia*.—Un tomo.—Bogotá, 1883.
- Idem: *Biografía del General Joaquín París*.—Folleto.—Bogotá, 1883.
- Idem: *Los piratas en Cartagena*.—Crónicas histórico-novelescas.—Un tomo.—Bogotá, 1886.
- M. Pardo de Andrade: *Los guerrilleros gallegos de 1809*.—Tomo 1, y xxx de la «Biblioteca Gallega».—La Coruña, 1892.
- Cesáreo Fernández Duro: *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*.—Un tomo.—Madrid, 1892.
- Espinosa y Quesada: *Cosas de España*.—Un tomo.—Edición de bibliófilo.—Sevilla, 1892.
- D. Fernando Colón: *Historia del almirante de las Indias*.—Segundo volumen.—Tomo vi de la «Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América».—Madrid, 1892.
- Cesáreo Fernández Duro: *Nebulosa de Colón*.—Un tomo.—Madrid, 1890.
- Rdo. P. Ollivier: *La pasión*.—Ensayo histórico.—Traducción del Dr. D. Joaquín To

rres Asensio.—Un tomo en folio, ilustrado con grabados.—Madrid, 1892.

## CRÍTICA

- Melchor de Palau: *Acontecimientos literarios*.—Cuaderno séptimo.—Madrid, 1892.  
 Mercedes Cabello de Carbonera: *La novela moderna*.—Estudio filosófico.—Lima, 1892.  
 El P. Miguel Mir: *Bartolomé Leonardo de Argensola*.—Un tomo.—Zaragoza, 1891.  
 Journal des Goncourt: *Mémoires de la vie littéraire*.—Deuxième série.—Troisième volume.—Un tomo.—París, 1892.  
 Ernesto Renan: *Mi infancia y mi juventud*.—Tomo XIX de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.

## MISCELÁNEA

- E. Martín Contreras: *El 1.º de Mayo*.—Drama social.—Un tomo.—Madrid, 1892.  
 José Sánchez Somoano: *Ensayos literarios*.—Un tomito.—Madrid, 1892.  
 Mosén Jacinto Verdager: *Diario de un peregrino á Tierra Santa*.—Tomo LVII de la «Biblioteca selecta».—Valencia, 1892.  
 Francisco Giner: *Estudios sobre artes industriales*.—Un tomo.—Madrid, 1892.

## NOVELA

- Víctor Cherbuliez: *Miss Royel*.—Tomo XVIII de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.  
 Conde León Tolstoy: *La Muerte*.—Tomo XX de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.  
 Edmundo y Julio de Goncourt: *Germinia Lacerteux*.—Tomo XXI de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.  
 Alfonso Daudet: *La Evangelista*.—Tomo XXII de la «Colección de libros escogidos».—Madrid, sin fecha.  
 Federico Urrecha: *Cuentos del Vivac*.—Ilustraciones de Ángel Pons.—Un tomo.—Madrid, 1892.  
 Fernán Rosa: *Vejeces*.—Un tomito.—Sevilla, 1892.  
 Heraclio Pérez Placer: *Contos, leendas é tradiciós*.—Un tomo.—Orense, 1891.  
 Luis de Llanos: *La vida artística*.—Memorias de un pensionado en Roma.—Un tomo.—Barcelona, 1892.  
 B. Morales San Martín: *La alcaldesa*.—Un tomito.—Valencia, 1892.  
 Soledad Acosta de Samper: *Una holandesa en América*.—Un tomo.—Curazao, 1888.

Francesco Pometti: *Redenzione*.—Un tomito.—Siena, 1891.

## POESÍA

M. V.: *Ante la muerte*.—Folleto.—Quito, 1891.

Renato Morales: *Luz blanca*.—Folleto.—Arequipa, 1889.

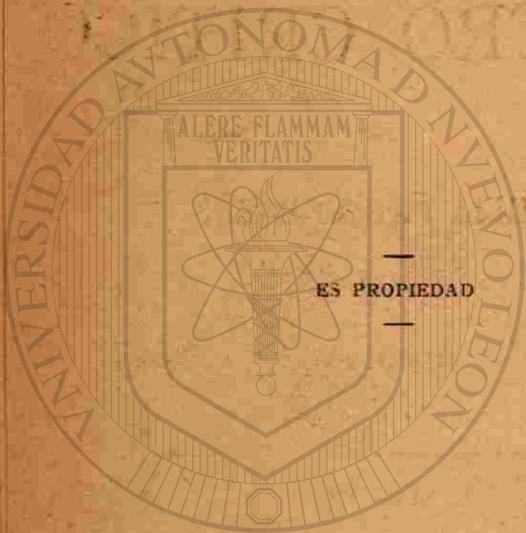
Francisco Grás y Elías: *Capullos y besos*.—Folleto.—Barcelona, 1892.

José Sánchez Somoano: *Versos trasnochados*.—Tercera edición.—Un tomito.—Madrid, 1892.

Renato Morales: *Soledad*.—Folleto.—Arequipa, 1891.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADMINISTRACIÓN

AGUSTÍN AVRIAL.—Imp. de la Comp. de Impresores y Libreros,  
San Bernardo, núm. 92.—Teléfono núm. 3.034.

# NUEVO TEATRO CRITICO

DE

EMILIA PARDO BAZÁN

Año II.

JUNIO, 1892.

Núm. 18

## SUMARIO

- I.—LOS HUEVOS ARREFALFADOS (CUENTO).
- II.—DON FRANCISCO DE QUEVEDO, CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE. (1.º)
- III.—CARTAS A UN LITERATO NOVEL. (4.º)
- IV.—REVISTA DRAMÁTICA.
- V.—MÁS SOBRE LA CARIDAD DE LOS ESPAÑOLES Y AMERICANOS RESIDENTES EN AMÉRICA.
- VI.—ÍNDICE DEL SEMESTRE.



CALLE DE SAN BERNARDO, 37, PRINCIPAL  
MADRID

## OBRAS DE EMILIA PARDO BAZÁN

### NOVELAS

- PASCUAL LÓPEZ, 3.<sup>a</sup> edición, un volumen.  
UN VIAJE DE NOVIOS, 3.<sup>a</sup> edición, un vol.  
LA TRIBUNA, un vol.  
EL CISNE DE VILAMORTA, un vol.  
INSOLACIÓN, un vol. (Edición ilustrada.)  
MORRIÑA, un vol. (Edición ilustrada.)  
UNA CRISTIANA, un vol.  
LA PRUEBA, un vol.  
LA PIEDRA ANGULAR, un vol. (3 ptas.)  
LOS PAZOS DE ULLOA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 ptas.)  
LA MADRE NATURALEZA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (3,50 ptas.)  
CUENTOS DE MARINEDA, un vol. (3 ptas.)

### CRÍTICA É HISTORIA

- SAN FRANCISCO DE ASÍS (siglo XIII), 2.<sup>a</sup> edición, dos volúmenes.  
LA CUESTIÓN PALPITANTE, 4.<sup>a</sup> edición, un vol. (3 ptas.)  
LA REVOLUCIÓN Y LA NOVELA EN RUSIA, 2.<sup>a</sup> edición, un vol. (5 ptas.)  
DE MI TIERRA (Galicia), un vol. (5 ptas.)  
LA LEYENDA DE LA PASTORIZA. (Agotada.)  
ESTUDIO CRÍTICO SOBRE FEIJÓO, un vol. (Agotada.)  
LOS PEDAGOGOS DEL RENACIMIENTO.  
EL PADRE LUIS COLOMA. (Biografía y estudio crítico.)  
PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN. (Biografía.)

### VIAJES

- MI ROMERÍA, un vol. (2,50 ptas.)  
AL PIE DE LA TORRE EIFFEL, un vol.  
POR FRANCIA Y POR ALEMANIA, un vol.

### POESÍA

- JAIME (poema), un vol. (Agotada.)

### EN PRENSA

- POLÉMICAS Y ESTUDIOS LITERARIOS.



## LOS HUEVOS ARREFALFADOS <sup>1</sup>

Qué compasión de señora Martina la del tío Pedro el carretero! Si alguien se permitiese el desmán de alzar la ropa que cubría sus honestas carnes, vería en ellas un cónclave, un sacro colegio, con cardenales de todos los matices, desde el rojo iracundo de la cresta del pavo, hasta el morado oscuro de la madura berenjena. A ser el pellejo de las mujeres como la badana y la cabritilla, que cuanto mejor tundidas y zurradas más suaves y flexibles, no habría duquesa que pudiese apostárselas con la señora Martina en finura de cutis. Por desgracia, no está bien demostrado que la receta de la zurra apro-

<sup>1</sup> Este cuento se ha publicado hace tiempo en *Los Lunes de El Imparcial*. Recuerde el lector que las diez y seis páginas de aumento gratuito no han de ser torzosamente inéditas.

veche á la piel ni siquiera al carácter femenino, y la esposa del carretero, en vez de ablandarse á fuerza de palizas, iba volviéndose más áspera, hasta darse al diablo renegando de la injusticia de la suerte. ¿Ella qué delito había cometido para recibir lección de solfeo diaria? ¿Qué motivo de queja podía alegar aquel bruto para administrar cada veinticuatro horas ración de leña á su mitad?

Martina criaba los chiquillos, los atendía, los zagaleaba; Martina daba de comer al ganado; Martina remendaba y zurcía la ropa; Martina hacía el caldo, lavaba en el río, cortaba el tojo, hilaba el cerro, era una esclava, una negra de Angola... y con todo eso, ni un solo día del año le faltaba en aquella casa á San Benito de Palermo su vela encendida. En balde se devanaba los sesos la sin ventura para arbitrar modo de que no la santiguase á lampreazos su consorte. Procuraba no incurrir en el menor descuido; era activa, solícita, afectuosa, incansable, la mujer más cabal de toda la aldea.

No obstante, Pedro había de encontrar siempre camino para el vapuleo.

Solía Martina desahogar las cuitas y penas domésticas con su compadre el tabernero Roque, hombre viudo, de tan benigno carácter como agrio y desapacible era el de Pedro. Oía Roque con interés y piedad la relación de la desdichada esposa, y se desvivía en prodigarla sanos consejos y palabras de simpatía y compasión.

“Aquel Pedro no tenía perdón de Dios en tratar así á la comadre Martina, que después de haber echado al mundo cinco rapagones, era la mejor moza de toda la aldea y hasta, si á mano viene, de Lugo. Y luego tan trabajadora, limpia como el oro, mansita como el agua. ¡Ah, si él hubiese tenido la fortuna de encontrar mujer así, y no su difunta, que gastaba un geniazos como un perro!”, Martina entonces rogaba al compadre que intentase convertir á su marido, que le hablaba al corazón; y el tabernero prometía hacerlo con mucha eficacia y alegando mil razones persuasivas.—Pero, compadre, escuche y

perdone—interrogaba la pobre apaleada. —¿Qué quejas da de mí mi marido?—Como quejas, nada; fantesías, antojos, rarezas... Que el caldo estaba salado, y á él le gusta con poca sal... Que el pan estaba medio crudo... Que le faltaba un botón al chaleque...—Yo me emendaré, compadre... A fe que de hoy en adelante no ha de notar falta ninguna.—Y en efecto, redoblando el cuidado y el cariño, Martina se descuajaba por quitar pretexto á las atrocidades de su hombre.

La casa marchaba como trompo en uña: la comida era gustosa, dentro de su pobreza; los suelos andaban barridos como el oro, y ni con poleas y cabrias se podían arrancar los botones del *chaleque* del tío Pedro. Así y todo, éste encontraba ingeniosos recursos en que fundar la consuetudinaria solfa. Por poco que duerma la buena voluntad, anda más despierta la mala, que nunca pega ojo.

Sin embargo, como también las costillas doloridas y brumadas infunden sutileza, Martina, á fuerza de paciente estudio, de

hábil observación, de minuciosa solicitud y de eficaz memoria, llegó á amoldarse á los menores caprichos, á las más ridículas exigencias de su cónyuge, bailándole el agua de tal manera, que el tío Pedro no acertaba ya á buscar salida para enfadarse. Mas no era hombre de tropezar en tan poco, y he aquí lo que discurrió para no dar reposo á la estaca.

Consistía generalmente la cena de los esposos en una taza de caldo guardado de mediodía, y unos huevos fresquitos, postura de las gallinas del corral. Deseosa de complacer al amo y señor, Martina se esmeraba en variar el aderezo de estos huevos, presentándolos unas veces fritos, escalfados otras, ya pasados, ya en tortilla. Pero el tío Pedro empezó á cansarse de tales guisos y á pedir, con sus buenos modos de costumbre, que se los variasen; y una noche que gruñó y renegó más de la cuenta, su mujer se atrevió á decirle con gran dulzura:

—Hombre, ¿qué guiso te apetece para los huevos?

La respuesta fué una terrible guantada, mientras una voz cavernosa decía:

—¡Los quiero arrefalfados! ¡Arrefalfados!

Con el dolor y el susto, Martina no se atrevió á preguntar qué clase de aderezo era aquel; pero á la noche siguiente preparó los huevos por un estilo que le había enseñado una vecina, ex-cocinera de un rico hacendado lugués.

El plato trascendía á gloria cuando entró el carretero muy mal engestado y se sentó sin contestar á su mujer, que le daba las buenas noches. Con mano trémula depositó Martina sobre el artesón que servía de mesa el apetitoso guiso... Y su marido ¡siniestro presagio! callado, foso, sin soltar la aguijada con que picaba á los bueyes de su carreta. Al divisar el guiso, una risa diabólica contrajo su rostro; apretó la vara y levantándose terrible, exclamó:

—¡Condenación del infierno! ¿No tengo dicho que los quiero arrefalfados?

A estas frases siguió un recio varazo

en las espaldas de Martina, seguido de otro que se quedó un poco más cerca del suelo; y tal fué le impresión, que la infeliz hubo de exclamar con voz de agonía:

—¡Váleme, San Pedro! ¡Váleme, San Pablo!

Algún efecto produjo en el carretero la invocación, porque conviene saber que en la parroquia se profesaba devoción ferviente á las imágenes de estos grandes Apóstoles, dos efigies muy antiguas que adornaban la iglesia desde tiempo inmemorial. Pero poco duró el respeto religioso, pues el marido, volviendo á enarbolar la vara, alcanzó á su mujer de un varazo en la cintura, tan recio y cruel, que Martina hubo de echar á correr, exclamando:

—¡Ay, ay, ay, ay!... Socorro, vecinos... Que me mata este hombre.

Disparada como un venablo atravesó la aldea, hasta refugiarse en la taberna del compadre Roque, á quien encontró disponiéndose á atrancar la puerta, porque á semejante hora de la noche no contaba ya con parroquianos. Causóle gran

sorprende la llegada repentina de la comadre, y viéndola tan sobresaltada y fatigosa se apresuró á brindarla "una pinga, que no hay otra cosa como ella para espantar los disgustos.", Bebió Martina, y ya más confortada, refirió, entre hipo y sollozos, la tragedia conyugal. "Mire, ahora sí que estoy convencida de que aquel infame no tiene temor de Dios, ni caridad, ni vergüenza en la cara, y tira á acabar conmigo, á echarme á la sepultura..."

"Que me reprendiese y me pegase tundas cuando notaba faltas, andando... Pero tenérselo todo á voluntad, matarme á hacerle bien la comida y todos los menesteres, y ahora inventar eso de los huevos arrefalfados, que un rayo me parta si sé lo que son... Compadre, por el alma de quien tiene en el otro mundo me diga qué son esos huevos..."

—Nunca tal guiso oí mentar, comadre —respondió el tabernero ofreciendo á la desconsolada otra *pinga*.—Es una bribonada de ese mal hombre, porque no encuentra chatas que poner y quiere arrear-

le. A fe de Roque que ha de llevar su merecido. Comadre, déjeme á mí: V. calle y haga lo que yo le diga. Y ahora no piense en volver allá hasta mañana por la mañana...

—¡Asús bendito!

—Lo dicho, no vuelva... Quédese aquí, que mal no le ha de pasar ninguno — profirió el tabernero mirándola con encandilados ojos. —Cena para los dos la hay, y más un vino de gloria, y castañas nuevas. Que no lo sepa en la parroquia ni el aire... En amaneciendo se va á su casita. Guíese por mí; descanse en el compadre Roque. Que me muera si dentro de dos ó tres días no ha de estar aquel brutón más amoroso que la manteca. Ya me dará las gracias.

—¿Y si pregunta?...

—Ya arreglaremos lo que se ha de contestar... V. sosiegue, que yo tomo el negocio de mi cuenta.

Tan cansada, dolorida, asustada y hambrienta estaba Martina, que se dejó conlencer, y saboreó el mosto y las tempr-

neras castañas. Antes de ser de día, envuelta en el *mantelo*, llamaba con temor á la puerta de su casuca. El corazón le pegaba brincos, creyendo sentir ya en sus hombros el peso de la tranca, ó en los carrillos los cinco mandamientos del indignado esposo. ¡Cosa rara, y explicable, sin embargo, por ciertas corrientes psicológicas á que obedecen las oscilaciones del termómetro conyugal! El tío Pedro la recibió con una cordialidad gruñona que en él pudiera llamarse amabilidad y galantería. "Mujer ó trasno, ¿de dónde vienes? Como vuelvas á marcharte así, ya verás... ¿Onde dormiste?", "En el monte.,"

"¿En el monte, condenada?", "Por cierto, junto al puente, donde está la tejera de Manuel." "El diaño que te coma, ¿y allí, qué cama tenías?", "Las espinas de los tojos, mal hombre; pero Dios consuela á los enfeñices y castiga á los sayones rematados como tú; ya te llegará la tuya, verdugo." "Demasiado hablas,—refunfuñó el carretero, queriendo desplegar gran

aparato de enojo, pero subyugado indudablemente por el tono y acento de su mujcr. "¿Quién te ha dado ese gallo que traes?", "Quien puede., "Como yo sepa que andas en chismes con las vecinas y aconsejándote de brujas... te he de brear., "No fué bruja ninguna, ladrón; no fué sino Dios del cielo, que ya se cansa de aguantar tus perradas...," "Mismamente Dios te vino á ti con el recadito., "Dios, no; pero San Pedro y San Pablo, sí; que los vi tan claros como te estoy viendo, y con la mar de angelitos alrededor, y unas caras muy respetuosas, y unas barbas que metían devoción; y me dijeron que ya te ajustarán las cuentas por estarme crucificando." "A callar y á tu obligación, lenguatera., Atónita Martina de ver que su tirano no pasaba á vías de hecho, obedeció y se ocupó en labores domésticas, mientras el carretero, algo cabizbajo y mohino, preparaba su carro para acarrear leña á Lugo.

El mismo camino tomó el tabernero Roque, y apenas llegado á la ciudad, se

dió á buscar á un su amigote, barbero por más señas, con quien celebró misterioso conciliábulo; y entre tajada de bacalao y copa de aguardiente, trazaron la broma que habían de ejecutar aquella misma noche. Para el objeto se procuraron una sábana blanca, una manta colorada, dos barbas postizas, dos pelucones de cerro y una linterna. La hora del anochecer sería cuando tabernero y barbero se apostaron cerca del puente, por donde el carretero tenía que pasar á la vuelta con el carro vacío. Ya se habían disfrazado los dos cómplices, riendo á carcajadas y auxiliados por Martina, que ajustó al uno las barbas largas y el manto rojo de San Pablo, y al otro la sábana y el pelucón del primer pontífice. Y cuando ambos Apóstoles, empuñando sendos garrotes, ó mejor dicho, claveteadas *mocas*, se ocultaron á corta distancia del puente, Martina tuvo un escrúpulo, y les dijo con suplicante voz:

—No me manquéis á mi hombre, que al fin él es quien gana el pan de los rapaces.

Escarmentailo un poco, para que sepa cómo duele.

Al paso tardo de los bueyes, que mugían de nostalgia conforme se acercaban al establo, adelantaba el tío Pedro por el caminito estrecho y escabroso que limitaba de una parte el monte y el río Miño de otra. Apuraba al ganado, porque sin explicarse la razón, aquel día deseaba verse en su hogar despachando su cena, y la noche se había entrado muy pronto, como que corría entonces el solsticio de invierno. El carretero aguijaba á la yunta con la misma vara que le había servido para medir el costillaje de su esposa el día anterior. La luna, asomando por entre negros nubarrones, alumbraba medrosamente el paisaje, el agua triste del río, el monte próximo, los árboles decalvados por la estación invernal. Un estremecimiento de pavor heló el espíritu del carretero al acercarse al puente y ver blanquear las tapias de la tejera en la falda de la colina. De repente el carro se detuvo, y al resplandor lunar, dos figuras tre-

riendas, saliendo de la sombra que proyectaba el arco del puente, se plantaron en mitad del camino. Eran los mismos Apóstoles del retablo de la iglesia, San Pablo con sus barbas hasta la cintura y su manto colorado, San Pedro rechoncho y calvo, con su cerquillo de rizos y su blanca túnica sacerdotal. Sólo que en vez de la espada y las llaves, los apóstoles enarbolaban cada tranca que ponía miedo, y á compás las dejaban caer sobre los lomos del cruel esposo, gritando para animarse más al castigo:

—¡Pega tú, San Pedro!

—¡Pega tú, San Pablo!

—¡Estos son los huevos...

—Arrefalfadoos!

.....  
El carretero se arrastró hasta su casa gimiendo, sin cuidarse de carro ni de bueyes. Llevaba las costillas medio hundidas, la cabeza partida por dos sitios, la cara monstruosa. Quince días pasó en la cama sin poderse menear. Hoy anda como

si tal cosa, porque los labrigos tienen piel de sapo; y lo único en que se le conoce que no pierde la memoria de la zurra es en que, cuando Martina le presenta cariñosamente el par de huevos de la cena, preguntándole si "están á gusto", él contesta aprisa y muy meloso:

—Bien están, mujerina; de cualquier modo están bien.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## DON FRANCISCO DE QUEVEDO

CON OCASIÓN DE UN LIBRO RECIENTE (1).

Nuestra decadencia.—Por qué dura la popularidad de Quevedo.—Moedades.—Aventuras.—Período de privanza con el grande Osuna.—La conjuración de Venecia.—Quevedo en desgracia.—Nueva y brillante etapa de favor.—Santa Teresa y Santiago.—Confinamiento.—Vuelta á la corte.

EL libro de donde voy á destacar la figura de un escritor que sigue siendo popularísimo en España dos siglos y medio después de muerto, se ha publicado seis años hace, y, sin embargo, dudo que haya perdido, no ya la actualidad, sino la virginidad ante la crítica española. No tengo noticia de que nadie haya emitido parecer sobre el *Quevedo* de Merimée, y así lo

(1) *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo* (1580-1645), par E. Merimée, Docteur es lettres, maître de Conférences à la Faculté des Lettres de Toulouse.—Un tomo en folio.—Paris, 1886.

do y diputo por novísimo y flamante, considerando que el período de juventud no puede ser el mismo para una novela que para un tan completo estudio crítico, biográfico y bibliográfico. Esto baste á explicar por qué, contra mi costumbre en el NUEVO TEATRO CRÍTICO, vuelvo atrás la vista y tomo en cuenta el *Quevedo*, ó, por mejor decir, me apoyo en él (sin desatender el estudio de D. Aureliano Fernández-Guerra) para escribir sucintas reflexiones sobre la vida del Luciano español.

Ante todo diré que las breves páginas dedicadas por el autor francés á prefacio de su libro, infunden en mi alma patriótica melancolía. "Aunque las literaturas extranjeras—dice Merimée—solicitan hoy más que nunca la atención de los literatos y la curiosidad del público, la española es víctima de cierto género de desdén, y no sirve reponerse contra este prejuicio. Los que de letras españolas tratamos, vamos escaseando cada día más: nuestros nombres caben holgadamente en

un renglón... Mis compatriotas prefieren atenerse al perentorio dictamen del Persa de Montesquieu, repitiendo con él que no hay en España sino un libro bueno, y es el que demuestra la necedad de los restantes.. Dolorosa es ya la noticia del juicio que, según Merimée, merecemos á los franceses (y yo, de lo que aprendí cuando residía en Francia, deduzco que Merimée no exagera); pero detrás viene el trago más amargo, y es que según el mismo sabio hispanófilo, nuestra decadencia política corre parejas con la literaria, y ni de la una ni de la otra se ve el fin; la gloria de nuestras letras ha naufragado al par que nuestra grandeza, y no volverá á salir á flote; nuestra misma habla, aunque no se le pueda regatear cierta riqueza y energía, cae en el olvido, como lengua de tribu salvaje, y ya el que emprende estudiar un punto de nuestra historia literaria es explorador de ruinas, donde sólo moran la lechuza y el cárabo...

¡Triste, muy triste, si no tuviésemos para consuelo negativo la afirmación re-

terada de la decadencia general latina; y para consuelo afirmativo, más noble y alto, la esperanza legítima que deben infundirnos los setenta millones de almas que aquende y allende el mar hablan esa lengua, en Francia sentenciada á muerte! Rechacemos, pues, la copa de acibar, y discurremos sobre la eminente y singular personalidad literaria que con tan claro método y tal riqueza de conocimientos analiza Merimée.

Muchas y muy complexas son las causas que influyen en la persistencia de la popularidad de Quevedo, y de la indulgencia y cariño con que por lo regular se le sigue juzgando, mientras se despliega cierta severidad para calificar la vida privada de Miguel de Cervantes, y se estigmatiza con infamantes censuras todo un aspecto de la de Lope de Vega. Como el espacio de estas páginas me impone en primer término el deber de condensar, reduciré las múltiples razones de la viva simpatía que aún despierta Quevedo, á tres solas y principales: primera: Que-

vedo, aunque tan cortesano y palaciego, tiene la habilidad de representar *la literatura de oposición*, cara á nuestro indisciplinado espíritu; segunda: Quevedo, á pesar de su actitud de satírico fustigador, apenas emite una idea nueva; no se aparta un ápice, en lo esencial, del común sentir del vulgo nacional de su tiempo, que es todavía el de mucha parte del vulgo del nuestro; tercera: Quevedo, aunque siempre rondó al pié del trono y en la antesala de los favoritos, ni desempeñó altos puestos de esos que concitan la envidia, ni granjeó extraordinarias riquezas, y terminó su existencia sufriendo *persecución por la justicia*, lo cual es ya una aureola aquí en España, donde (no sin razón) tememos á la *justicia* más que á los malhechores. Por estas tres causas Quevedo ha sido absuelto, ó, mejor dicho, no ha sido examinada rigurosa é implacablemente su conducta, á pesar de que, si le aplicamos el microscopio con el cual se han registrado otras biografías de escritores, no quedará del todo bien parada la mora-

lidad del filósofo estoico y agudísimo poeta.

Conozco que la afirmación, así descarnada y en abreviatura, sale áspera, hiere y lastima; y, no obstante, del libro de Merimée y aun del estudio de D. Aureliano Fernández-Guerra, leído entre líneas, se infiere lo que en cifra acabo de indicar.—Ya me parece oír la protesta, que se alza siempre que en la vida del hombre que fué alta gloria nacional aparecen manchas más ó menos sombrías. ¿A qué rasgar el velo del santuario? ¿No fuera mejor respetar lo que sólo pertenece al sagrado de la conciencia ó á los misteriosos repliegues del corazón del hombre, “selva de espesura”, como dijo Alfonso el Sabio? ¿Qué vamos ganando con adquirir la triste persuasión de que siempre dominan el barro y la escoria en la masa de que somos hechos?

La verdad—contesto yo—tiene de suyo tal fuerza, hermosura y virtud, que nunca se le debe cerrar el camino, pues rara vez deja de contener en su cristalino

pomo esencia de enseñanza. Por otra parte, en Quevedo apenas hay *vida privada* propiamente dicha. Difícilmente se encontrará escritor que más intervenga en la vida pública de su siglo; sus yerros son propiamente los de su época, y por eso mismo encierran elocuente lección y doctrina para nosotros, pues antes que datos para el conocimiento de un individuo, lo son para el de una sociedad. Ni aun solamente por tal concepto es la vida moral de Quevedo significativa, sino también porque la evolución de su carácter ofrece el espectáculo edificante de un espíritu que con los años se fortalece y acendra, y llega por fin á manifestar resplandores de belleza, dejando precipitarse al fondo los impuros residuos de bastardas pasiones. Demostración consoladora de que las grandes inteligencias se remedian á sí mismas, sin otra medicina que la experiencia y la reflexión, y mientras la colectividad desciende (como sucedía en tiempo de Quevedo), ellas solas ascienden hacia la luz y el bien.

D. Francisco de Quevedo era por su linaje y familia un hidalgueto de gotera (á pesar del famoso y disputado señorío de la Torre de Juan Abad); su padre y madre ejercieron cargos domésticos en la casa Real, porque ya comenzaba para los nobles la infausta era de la servidumbre palatina. El admirador de Epicteto creció entre las faldas de las camareras. Observa Merimée que Quevedo no evoca jamás los recuerdos de sus primeros años; la observación es aplicable á casi todos los escritores de entonces, rudamente viriles y ajenos á este lirismo de la infancia que hoy ablanda los corazones y que el gran Shakespeare (escritor humano *completo*) hizo vibrar en algunas de sus tragedias. La infancia, para aquellos siglos españoles, era cosa risible: "viruelas, baba y moco." Con oportunidad cita Merimée la única poesía de Quevedo en que hay reminiscencias infantiles: el romance que empieza así:

• Paríome adrede mi madre:  
;Ojalá no me pariera!

Aunque estaba, cuando me hizo,  
De gorja naturaleza...

pues el tal romance justifica el dicho del erudito francés, que ó nunca estampa Quevedo el nombre de las personas más allegadas, ó lo estampa en lugar y tono inconvenientes; véase una muestracilla:

« Murieron luego mis padres,  
Dios en el cielo los tenga,  
Perque no vuelvan acá  
Y á engendrar más hijos vuelvan. »

Si consideramos que hoy — cuando los amantes del tiempo viejo lloran pérdida la santa autoridad paterna — nadie se atrevería á hablar en ese tono de la muerte de sus padres, quizá nos parezca que el nivel moral ha subido.

Aunque el Sr. Fernández-Guerra habla de la adelantada orfandad de Quevedo y explica su libertinaje precoz por la falta de madre que vele en la infancia y que encamine la juventud y siembre en los corazones la semilla del amor puro, la verdad es que, según documento que el mismo Fernández-Guerra exhibe, tenien-

do Quevedo diez y ocho años le vivían aún su madre y dos hermanas, por lo cual háy que atribuir las apicaradas costumbres de la mocedad de Quevedo á cierta conformidad entre su temperamento y el medio ambiente de Alcalá de Henares, donde terminó sus estudios principados con los jesuitas. Es el vivir de Quevedo en Alcalá muy semejante á las "escenas de la vida de Bohemia," tantas veces narradas por los escritores del moderno romanticismo, con la diferencia característica de que en el bohemio hay lirismo, ensueño é ideal — cosas todas que en Quevedo ni buscadas con candil se encuentran. — En cambio, si el "capigorrón," de Quevedo entretenía con sus diabluras á los escolares, haciendo donaire del vicio y gala de la travesura, la verdad es que batía bien el cobre del estudio, adquiriendo fortísima cultura en filosofía, teología, humanidades y lenguas clásicas, con aquel anhelo hidrópico de adquisición intelectual que distingue á las magnas figuras del Renacimiento:

Cuando Quevedo deja las aulas, no sólo se lleva ese enorme lastre (á trechos útil y á trechos embarazoso para el escritor propiamente dicho), sino que hay en su alma un caudal de desilusión y de amarga ciencia experimental: la materialidad y venalidad del amor, el trato con pelanduscas y busconas, las fáciles aventuras, el roce con la turba escolar, con los famélicos porcionistas y los cínicos sopistas rotos y mugrientos, todo fué parte á imprimir al ingenio de Quevedo una dirección peculiar que indudablemente respondía á secretas afinidades de su espíritu. En medio de aquel truhanesco concepto de la vida, dos nociones muy elevadas surgían incólumes: la sinceridad y vigor de los estudios, y el valor, probado en lances de espada de que diariamente eran testigos las callejuelas de Alcalá. En ambos puntos sobresalió Quevedo, y en el valor fué extremado siempre, caso raro en escritor procaz y satírico.

Muerto Felipe II, cayó en poder de su débil hijo el pesado cetro de la vasta

monarquía española, que ya menguaba y decaía de su esplendor con pavorosa rapidez. Las letras, en cambio, nunca habían florecido con tanta lozanía; la cantidad y calidad de sus cultivadores obligan á inclinar la cabeza ante el primer periodo literario del siglo xvii. ¿Qué estrella regía entoncés nuestros destinos para que así, apretados como árboles en floresta, surgiesen genios tan milagrosos — poetas, dramaturgos, novelistas, historiadores? Ni pudo sofocarlos el vicioso matorral de medianías — porque entonces era moda escribir, y escribían los ministros, los príncipes, los magnates, las damas y los religiosos, en espera del advenimiento del monarca llamado á engrosar la lista de *ingenios de esta corte*. — No obstante — advierte con mucha sagacidad Merimée — bajo el influjo de causas profundas que se enlazan con la misma historia de España, asoman ya signos inequívocos de cansancio, de senilidad precoz; el pensamiento desmaya, el ingenio se agota, la originalidad se pierde, y la ri-

queza de la forma no logra encubrir la inopia del fondo. El ideal católico y monárquico, preparado por la laboriosa y austera gestación de la España de la Edad Media, ha brillado de pronto con la riqueza de colores del iris, y ya se disipa, dejando tras sí la negrura del horizonte y la caliginosa densidad del cielo. Quevedo, que es uno de los talentos más ricos de savia de aquel período, es á la vez uno de los que más visiblemente presentan el signo de su caducidad.

A los veinticuatro años, Quevedo goza ya de reputación por versos festivos y humoradas en prosa, y su activa correspondencia con el viejo y eminente humanista Justo Lipsio prueba que las aficiones serias y cultas no le abandonaban en tan peligrosa y crítica edad. No por eso era su vida de mayor recogimiento que en Alcalá, sino que entretejía los estudios con los placeres de la disipación. Mientras filosofaba á lo burlesco en los *Sueños*, reñía á estocadas en la calle Mayor con el capitán Rodríguez, y recorría

en persona "el mundo por dentro", y la "casa de locos de amor". Por entonces ya trataba Quevedo de buscar árbol que le diese sombra,—protección y arrimo de magnates, necesaria, no sólo para medrar, sino para no ser arrollado en la lid cortesana,—dedicando al "grande Osuna", sus versiones de Anacreonte: en breve, confiado á D. Pedro Girón el virreinato de Sicilia, salía Quevedo camino de Italia, á reunirse con el ilustre magnate y poner tierra en medio, no sólo por el duelo con el capitán Rodríguez y el lance contra varios enemigos en la calle de Francos, sino á causa de otra riña de origen muy loable, pues lo tuvo en defender Quevedo á una dama desconocida contra un mal caballero que en público la abofeteó.

Corta es por entonces la residencia de Quevedo en Italia: muy luego vuelve á España y hace ejercicios filosófico-rurales en los llanos de Montiel, donde se asienta la Torre de Juan Abad. En la plenitud de su vida y de su exuberante edad

viril, mal podría sentir Quevedo (aunque su naturaleza fuese contemplativa, que no lo era) el precio de la dulce paz y serenidad aldeana. Lo único que nota con prosaica lucidez, son las ventajas prácticas de la vida del campo: la bolsa que engorda, el cuerpo que se repone y fortalece, el tiempo que sobra, y el gustoso sabor de las villanas sayazas, que visten carnes frescas y sin afeite, mozas sanotas y baratas de conquistar, pues para ellas supone un pellizco lo que para las cortesanas un diamante: (y perdone el lector la ordinariéz de la égloga, que no es culpa mía si Quevedo hallaba incentiva esa sencillez *rusiicana*, no siempre perfumada, á falta de almizcle, con el buen olor del aseo). Mas la temporada de retiro, de escritos piadosos, cuidados profanos y reparo de la hacienda que determinó la estancia de Quevedo en la Torre de Juan Abad, no podía ser muy duradera: al poco tiempo, renegando ya de sus geórgicas, volvióse á Sicilia, donde le esperaban muchos y muy dramáticos sucesos.

Era el grande Osuna hecho de molde para entenderse y convenirse en genio y humor con D. Francisco de Quevedo; así le retrata Merimée: "Su expeditivo método de administrar justicia; su afición á bur-las y engaños reideros; su desprecio de los convencionalismos burgueses; en una palabra, la mezcla de extravagancia y buen sentido que se advierte en todos sus actos, presentan con el carácter y las ideas de Quevedo similitudes que explican la simpatía que les unió desde un principio y perseveró hasta el fin. La compañía de Quevedo no era solamente deleitosa y recreativa para el virrey, sino que el poeta celebrado de todos los ingenios madrileños comunicaba brillo á la reducida corte de Palermo ó de Nápoles." El Duque también picaba en poeta, y sobre todo en Mecenas de literatos, sabios y artistas: Quevedo fué, como dice con sumo acierto el escritor francés, su ministro de Fomento literario. Paremos la atención en este período de la vida de Quevedo, que es quizá el menos conocido

de su historia, y, sin embargo, uno de los que mejor descubren y retratan sus aptitudes y su carácter.

Como brazo derecho del duque de Osuna, Quevedo fué encargado de la importante comisión de pasar á Niza á explorar las voluntades de aquellos moradores, deseosos de ponerse bajo el protectorado de España. Alborotados los ánimos, el secretario del duque de Saboya había sido asesinado y arrastrado por las calles: mas no era Carlos Manuel hombre que se dejase burlar y quitar de entre las manos el poder supremo, y pidiendo refuerzo de tropas que trajo su hijo el príncipe Tomás, ejecutó tremenda justicia y degüello de sospechosos. Hallábase Quevedo de *ocultis* en Niza: temió el emisario de Osuna que recayese la venganza sobre la familia que le hospedaba, y huyó por mar á Génova, salvando, á la vez que su persona, la del hijo é hijas de su huésped.—Poco después, el Duque, deseoso de obtener el virreinato de Nápoles, confió á Quevedo el cargo de gestionarle tan

elevado puesto en la corte de las Españas; y el satírico que había de fustigar el cohecho y la venalidad de las costumbres políticas, llevó plenos poderes para untar los carros, aunque ya estaban “más untados que brujas.” Suerte común de todo satírico que no sea un santo como Jacopone de Todi: condenar vicios en que él mismo se revuelca.—Fué el tal viaje de Quevedo á España asaz peligroso: á su paso por el Rosellón, prendiéronle tres veces. Llevaba consigo el *Donativo ó Servicio* para el Rey. “Recibiéronle en la corte—escribē Merimée—con los miramientos debidos al portador de cuatro millones y medio.” Entregado el grueso confite regio, comenzó la distribución de grajeas, ó digase el sistema de soborno: la ralea cortesana se arroja sobre la presa: Quevedo escribe al virrey que los hombres se han vuelto ramerás, y que sólo los tiene quien los compra, desde el confesor del Rey Fray Luis de Aliaga, hasta el duque de Uceda y el altivo marqués de Siete Iglesias. Quevedo, con el

epigrama en los labios, mete el brazo hasta el codo en la podredumbre, y compra, no conciencias (pues no las había), sino voluntades, mientras en su alma se acumula la hiel satírica, que, como veremos, sólo espera sazón oportuna de rebozar. Osuna triunfa: suyo es el virreinato de Nápoles.

Ocorre por entonces algo que sugiere á Fernández-Guerra una frase durísima para Quevedo, frase que trasladaré íntegra, porque yo no acertaría á decir nada que tan claramente demostrase la sequedad de corazón que en el Luciano español se advierte. "Embebecido Quevedo con la batahola de negocios, manejos y cábalas, vió caer en el sepulcro, desde el olvido y la pobreza, al anciano venerable á quien debió el mayor cariño y en cuyas obras tantas veces tomó vuelo; al manco sano, al escritor alegre, al regocijo de las musas, á la más grande gloria del ingenio humano; y el cortésano que se deshizo en alabanzas junto al féretro de un adinerado poeta *culto*, no tuvo ni si-

quiera una flor que arrojar sobre la tierra que oprimía los restos de Miguel de Cervantes Saavedra., Y por si no basta, añade el sabio colector y corrector de la edición de Quevedo: "A fuer de político mañoso é interesable, fué menos descuidado en estrechar desde Madrid los vínculos de amistad que le unían en Sicilia con tan ilustres personajes como..." (Aquí una lista de gente copetuda, de esa cuyo trato solían entonces y suelen ahora frecuentar los vividores.)

Encargado ya el Duque del virreinato de Nápoles, le vemos compartir con Quevedo una racha justiciera, visitando las prisiones y administrando justicia con ese criterio expeditivo y radical tan simpático al pueblo. La consigna era entonces captarse simpatías, y Quevedo, en quien dominan más la inteligencia y la ambición que la codicia, se presta admirablemente á ese fin. No es seguro que Quevedo saliese de la nueva etapa con las manos horras y limpias—ni la costumbre autorizaba ciertamente tales derro-

ches de integridad catoniana;—pero si que fué beneficiosa su gestión en la averiguación de los fraudes á la hacienda Real, que hoy llamaríamos *filtraciones*. De todas suertes, va mucha diferencia de Quevedo gobernante á Quevedo autor de *La política de Dios*.

Si en esto se prestó Quevedo á las miras del grande Osuna, tampoco anduvo remiso en asociarse á su vida privada, asaz más libre y rota de lo que convenría á hombre colocado en tan alto solio. Misteriosas aventuras nocturnas y públicos galanteos escandalosos fueron el tributo que pagó la fogosa complexión de Quevedo al aire muelle y tibio de Nápoles. Aquella amistad íntima y estrecha entre poeta y magnate se completó, cual la del duque de Sessa y Lope, por medio de la confianza y mancomunidad en negocios de galantería, mancomunidad que siempre humilla algún tanto al establecerse entre el superior y el subordinado, aunque las ideas del siglo xvii fuesen en este punto bastante menos rígi-

das que las admitidas hoy. Lo único que me mueve á advertir esta similitud entre Quevedo y Lope, es el anatema fulminado contra este último, acusado de tercera vergonzosa cuando el Sr. Barbieri publicó su correspondencia; el mismo anatema lanzado contra Quevedo por el libelista Fulvio Valerio.

Bullía entonces en la mente de Osuna el deseo de echar por tierra el señorío marítimo de la república veneciana. Quevedo se adhirió á este plan con el mismo ardor que á todas las empresas de su dueño, y ejerció misión diplomática cerca del Papa, y tornó á Madrid con buena provisión de unto dorado, á fin de hacerse los lares propicios. Fué su viaje no menos arriesgado que el primero, y su estancia en Madrid otro chapuzón en el cielo de aquel cohecho descaradísimo; una distribución de ducados á derecha é izquierda, una lluvia de oro que recogieron en sus arremangadas faldas las impúdicas Danaes de la corte. Entre chirigota y chirigota, Quevedo va untando el carro,

como si tuviese vocación especial para este ministerio.

Servicio que no sé si llame propio de conciencia más elástica, fué el que prestó Quevedo con objeto de facilitar el enlace del marqués de Peñafiel, hijo del duque de Osuna, con la hija del duque de Uceda, boda muy conveniente á la seguridad del turbulento virrey. Es el caso que el joven marqués andaba prendadísimo de cierta doña Julia, y negábase á dar su mano á la hija del favorito. Parvidad de materia para los escrúpulos que se gastaban entonces: Quevedo trazó el raptó de la dama—por más señas que costó dos mil ducados—y doña Julia desapareció de Madrid, y su enamorado, á la fin y á la postre, llevó al altar á la señorita de Uceda.

En esta época de la vida de Quevedo (digo el tiempo de su absoluta privanza con el grande Osuna) hay tal plenitud, tal riqueza épica, que aun comprendiendo que no siempre se puede cohonestar ante la moralidad la conducta de Quevedo,

también creo que el hombre superior que interviene como actor principal en casos tales, ha de salir de ellos dueño de un caudal riquísimo de experiencia, y además grandemente corroborado en voluntad y energía. ¿Donde hay interés mayor que el de la "lucha secreta, cuerpo á cuerpo, entre Quevedo y la república veneciana, á quien Fernández-Guerra califica de "república ramera, y que, ramera ó no, cruel y falsa, romántica y misteriosa, me parece siempre una hermosísima Salomé del Ticiano, que fascina la imaginación y los sentidos del artista?—El hidalgo español (pero un hidalgo español podía en el siglo xvii emprenderlo todo) osaba poner asechanzas al poderío de la reina del Adriático, de la cual dijo (con admirable penetración de la pérvida duplicidad, del caracter de *abismo del mar* que distingue á Venecia en la historia) que era "el chisme del mundo y el azogue de los príncipes; una república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar; más dañosa á los amigos que á los enemi-

gos, y cuyo abrazo es una guerra pacífica.,,

Cuando Quevedo regresó á Italia, cumplida su segunda comisión de *untos* en Madrid, la gente andaba alborotada contra los españoles, por los manejos de Venecia y del duque de Saboya. Llovían libelos y proclamas, y Merimée supone con razón que en esta guerra de pluma no había de quedarse atrás Quevedo. Quedan de entonces escritos y papelones á favor de España, donde se cree reconocer las huellas de la pluma del "poeta de cuatro ojos.,,— Poco se tardó en pasar de las palabras á las obras.— A fines de Mayo de 1618, Quevedo entraba disfrazado en Venecia, en momento tan crítico y arriesgado, que de los secretos cónclaves de los Diez y de la fértil imaginación de un fraile (no sin algún fundamento que presartían los hechos) salía la célebre conjura de Venecia, cantada por Saint-Real. En la plaza de San Marcos, la brisa marina oreaba racimos de ahorcados; las mudas paredes de los horribles calabozos

subterráneos, ó *pozos*, parecían estremercarse con los gemidos de las víctimas hacinadas allí; en las canales flotaban cadáveres, y Jacques Pierres, metido en un saco, era arrojado al fondo del mar.— Este lujo de terror tenía por objeto desbaratar el complot que se suponía fraguado contra la ciudad de los Dogos por España y el virrey de Nápoles. Quevedo debió su salvación en tan extremo peligro á aquello mismo que ha salvado y salvará su gloria en el terreno de las letras: á un disfraz picaresco y popular, á los andrajos de mendigo con que se vistió y que burlaron á los esbirros encargados de coserle á puñaladas. El consejo de los Diez hubo de contentarse con quemar á Quevedo en efigie, en la plaza pública.

Respecto á lo que hubiese de verdad en la tal conjura, considero que anda más cerca de la razón Merimée que Fernández-Guerra, pues este último cree que fuese todo pura invención ó ardid del gobierno de la "república ramera., y aquél hace la natural objeción de que, si

no había sombra de ningún manejo sospechoso por parte de Osuna, mal se explica la presencia de Quevedo en Venecia, disfrazado y cubierto de harapos, en momentos tan críticos. Punto es este que tenía, según afirma Merimée, la virtud de volver al locuaz y desenfadado Quevedo mudo como la tumba. Lo más probable parece que no era el Gobierno español, sino Osuna mismo, por miras particulares, quien algo urdía contra el veneciano poder. "Quevedo—añade Merimée—pudo entonces haber sido víctima de la imprudente ambición de su amo...". Vieja historia de los instrumentos demasiado dóciles, de la masa sobrado dúctil en manos de los poderosos. Si en ella imprimen hierro de hostia, santificanla; pero ¡ay si en ella quieren marcar signo de infamia!—Ya por entonces no germinaba, sino que bullía en el cerebro de Osuna la idea que expresó un aristocrático poeta, diciendo:

«Fué tan humilde, que el Rey  
le dió oficio de virrey,  
y aspira á dos letras menos.»

En los conatos de independencia de Osuna no puede decirse, sin embargo, que, como en el obscuro negocio de la conjura, le auxiliase Quevedo; antes parece que desde el punto en que se hicieron sospechosos á España los manejos y armamentos del virrey de Nápoles, enfrióse algún tanto su amistad con el poeta. Comisionado éste por tercera vez para defender al Duque y sostener su influencia en Madrid, no tarda mucho en sustituirle nuevo emisario, y así concluye la historia de una privanza florida en la copa y amarga en la raíz, como suele ser el favor dispensado por los príncipes y magnates de la sociedad á los príncipes y magnates del ingenio. "Después de cinco años de servicios; después de tanta negociación importante y tanto riesgo corrido; después de haber aventurado vida y honra, volvía (Quevedo) mal visto de los gobernantes, abandonado de su protector, perseguido por odios implacables y dejando en pos de sí, en tierra italiana, fama de audaz aventurero, de esos que

lo mismo sirven para un fregado que para un barrido. ¡Bien cara pagaba Quevedo la admiración de algunos académicos *ociosi* de Nápoles, y la trivial cortesía del Padre Santo!.

Este período de la vida de Quevedo, que termina con su destierro á Uclés y su confinamiento á la Torre de Juan Abad, es sin duda alguna el que más pone de manifiesto la inconsistencia de su carácter. Adaptándose siempre á la voluntad de Osuna, Quevedo soborna é intriga, si sobornar é intrigar le mandan; cultiva el placer y la disipación, si el Duque está de humor de solazarse, y se disfraza para misteriosas conjuras si el Duque siente prurito ambicioso. En una sola cosa no se desmiente ni se contradice: en el desahogo del ingenio y en el denuedo y bizarría con que se juega la vida. Y esto es, no ya lo bastante, sino lo que sobra para hacernos simpática la personalidad del "brazo derecho" del grande Osuna.

El confinado que se consumía en la Torre de Juan Abad vió lucir aurora de nue-

va esperanza cuando bajó al sepulcro el pío Felipe III y se inauguró el reinado de Felipe IV de la extraña y dramática manera que refiere Fernández-Guerra, después de narrar cómo vino á tierra el valido duque de Uceda, cómo D. Rodrigo Calderón entregó su cuello al verdugo "y los poetas lloraron como cocodrilos al que vivo habían comido.", según frase de Quevedo. "Estrépito de cerrojos y cadenas; tropel de alguaciles, estoques y alabardas, cercando casas de próceres y ministros, ó llevándolos por las calles públicas en mitad del día, alternaron con las fiestas y vítores de un pueblo que saludaba el sol de un nuevo reinado.", Quevedo lo saludaba también. En desgracia bajo Uceda, iba á gustar otra vez con Olivares las dulzuras del cortesano favor. "Quevedo no perdió el tiempo: apenas llegaba á la Torre de Juan Abad la noticia magna, y ya dedicaba á Olivares la *Política de Dios*, que tenía manuscrita. El poner bajo la égida del nuevo favorito un tan violentísimo ataque contra los favoritos, era ar-

did juntamente mañoso y osado. La fecha del libro hacía imposible todo error: las alusiones críticas no podían referirse al nuevo gobierno; y con todo eso, el autor adoptaba más diestras precauciones: celebraba, como Tácito, la bonanza de los tiempos, y se congratulaba de que, al fin y al cabo, sería libre el pensar y el decir, ¡caso en España raro y venturoso!

Muy poco después comentaba Quevedo la carta del rey D. Fernando el Católico y la enviaba á D. Baltasar de Zúñiga, con deliberado propósito (en este particular están conformes Fernández-Guerra y Merimée) de atizar la persecución contra el cardenal duque de Lerma, persecución que bien podía acabar en el cadalso. ¡Rasgo ingrato que pinta la apasionada y borrascosa índole de Quevedo! Además, la paráfrasis terminaba en postulación. Quevedo pedía se le alzase el entredicho. La obra aduladora se completó en los *Anales de quince días*, tan distantes de la noble y severa imparcialidad del historia-

dor, á pesar de las protestas de "intención desinteresada y ánimo libre."

Merimée nota sagazmente la suma habilidad con que sabe Quevedo expresarse respecto del prendimiento del duque de Osuna, á fin de no quedar mal con él y quedar todavía mejor con los que le prendieron; y también nota cómo en los *Anales* formula implícitamente contra el Duque graves é insidiosos cargos. Verdad que esta culpa supo Quevedo purgarla exhalando, al morir el Duque, aquel elegiaco clamor:

«Faltar pudo su patria al grande Osuna,  
Pero no á su defensa sus hazañas:  
Diéronle muerte y cárcel las Españas,  
De quien él hizo esclava la fortuna...»

La rara franqueza y humor de Quevedo se transparentan en la carta con que remite al duque del Infantado los *Anales*. "Vea vuecelencia—le dice—si algo puede perjudicar á mi libertad, y táchelo de prisa antes que se trasluzga y me pretendan aumentar el peso del infortunio; que si bien es de gloria el martirio, aún no desco

la palma. Y haga porque vaya pronto á servirle, no sea que se quede sin criado, porque de puro guardado se apolille, ó porque me aficione tanto á la clausura, que acabe en fraile quien nació para diablo. Confía sólo en vucelencia este triste pájaro, que mal avenido con jaula propia, desea ir á acariciar á su amo. Nadie negará que esto más parece filosofía cínica que filosofía estoica. Y sin embargo, el que por rasgos de esta especie condene á Quevedo á perpetua bajeza, errará; pues una de las condiciones de aquel hombre singularísimo es la movilidad, la aptitud para lo grande como para lo mínimo.—Tantas gestiones y esfuerzos no quedaron estériles. A poco fué llamado á Madrid para declarar en la causa del duque de Uceda, con su casa por cárcel, y á la postre salió el único absuelto y libre de cargo.

Lo que había conseguido ya era la indulgencia, mas no el favor, que se hacía esperar, y cuya llegada apresuraba Quevedo con gran derróche de ingenio y tinta.

Nuevamente alejado de la corte, y apenas salvado de las tercianas y las barberiles sangrías que estuvieron á punto de enviarle al otro barrio, sacó de su redoma al nigromante Villena para hacerle vaticinar, con el advenimiento de Felipe IV, el siglo de oro.

«Y en estos tiempos que ensarto  
Veréis (maravilla extraña)  
Que se desempeña España  
Solamente con un *quarto*...»

El mismo deseo de calentarse al rayo del sol naciente dictó aquella bellissima y tan conocida *Epistola satirica y censoria*, comentario, en cincelados versos, de la pragmática relativa á la reforma de los trajes y supresión del lujo. Cuando un insigne poeta moderno español, D. Gaspar Núñez de Arce, habla de esta epístola como de un acto de independencia y suprema energía, diciendo que “la generosa musa de Quevedo se desbordó como un torrente, llena de denuedo viril, manifiesta lo que puede el espejismo de la imaginación, al considerar la obra de arte

aislada y fuera del ambiente y las circunstancias que la inspiraron; pues cabalmente la famosa sátira, lejos de ser

«Arranque de dolor, de ese profundo  
Dolor que se concentra en el misterio»

ni mucho menos

«Canterio  
Que aplicó sollozando al patrio imperio  
Misero, desangrado y moribundo»

fué solamente, en sus propósitos, uno de tantos memoriales para lograr salir del confinamiento y entrar en Palacio y en la gracia del valido.

“El período—escribe Merimée—comprendido entre el primero y el segundo destierro de Quevedo, es una de las épocas más felices y brillantes de su vida. En condiciones tan propicias para desarrollar y exhibir sus cualidades como sus defectos, su ingenio, excitado por el aplauso, estimulado por la crítica, brota omnilateralmente, y pasa sin esfuerzo de los romances de germanía, juegos del vocablo y agudezas, á la poesía clásica;

del memorial histórico á las comedias. Era entonces cuando á la posada de Don Francisco concurrían todos los grandes y príncipes de la corte; cuando no hubo señor en España que con extraordinarias demostraciones no le honrase. A esta época de Quevedo, en la corte de Felipe IV, es á la que suelen hacer referencia las anécdotas, rasgos, humoradas y chascarrillos, en su mayor parte apócrifos, donde juega papel principal el maleante, travieso y cachidiabólico hidalgo, “flor de socarrones”, según le llamaban sus enemigos.—Entre las malas notas que tenemos que dar á Quevedo durante su campaña cortesana, descuella la de haber abogado por el absolutismo monárquico contra las libertades forales, con ocasión del viaje regio á las provincias de Cataluña y Aragón. Al mismo tiempo andaba muy engolfado en disputar el patronato de España á Santa Teresa de Jesús, y mantenérsele á Santiago Apóstol: ardentísima controversia, en que gastó Quevedo no poco primor de pluma y gran re-

fuerzo de teológica erudición. "Si ha de decirse todo—añade Merimée—sospecho que el enemigo de las mujeres no pudo ver sin cierto despecho involuntario la apoteosis de una mujer, por noble que fuese, y este sentimiento asoma la oreja al través de sus protestas de admiración por la Reformadora del Carmelo." No es pequeña gloria, entre las glorias altísimas de Santa Teresa, la de haber puesto freno á la lengua del autor de *Su espada por Santiago*. El discípulo de los jesuitas hubo de contenerse y hablar de Santa Teresa con reverencia profunda.—De todas suertes, la gresca promovida por la disputa entre santiaguistas y terebianos fué tal, que por ella comenzó á palidecer nuevamente el astro de Quevedo. Eran el Conde-Duque y el Rey partidarios de la Doctora de Ávila: mas no debió de ser este el único ni siquiera el principal motivo del destierro de Quevedo, sino, como piensa acertadamente Fernández-Guerra, que los muchos émulos del poeta procuraron persuadir al favorito

de que la péñola del satírico no permanecería muda en medio del hambre y desorden general que ocasionaba la mala administración de la monarquía.—Quevedo fué confinado otra vez á sus señoríos de la Torre, pero el litigio del patronazgo estaba ganado: la Santa Sede confió al Apóstol del blanco corcel y la fulmínea espada, al Hijo del Trueno, la protección de las Españas: militares y no literarios eran nuestros númenes.

Por entonces comenzaba á templarse para el infortunio el ánimo de Quevedo. Con más conciencia y sinceridad que la vez primera aceptaba la soledad, y así escribía á su amigo Lucas Van Torre: "*Hic dierum vita producitur, horarum sensim labentium cursus aestimamus, pretium tempori ponimus, fames facili et abundantí cibi vincitur...*", que son las mismas ventajas materiales advertidas y apreciadas ya en su primer época de vida campestre; pero añadía: "refúgiome como en seguro puesto en la doctrina estoica, de miedo á que la adhesión á cosas acce-

sorias venga á turbar la tranquilidad de mi alma. „ Esta vez dice la verdad: Quevedo se aproxima al puerto, sin llegar á él todavía.

Vuelto á llamar á la corte, encontró oposición más recia y desencadenada que nunca. Había sembrado vientos, y cosechaba tempestades: había esgrimido la sátira y el libelo, y con sátiras y libelos le apedreaban sus enemigos. El desconocido licenciado *Laureles*—tal vez el mismo que con el nombre de *Avellaneda* ocupa un puesto no despreciable en nuestras letras, como sombra del cuerpo de Cervantes—le decía que ya era hora de recoger velas, de imitar á Lope y de no vivir “sacrilegamente”, y, al mismo tiempo, Pacheco de Narváez denunciaba sus obras á la Inquisición. Entre tanto él defendía la administración del favorito ó ridiculizaba á los cultistas, ensañándose con Góngora. Y mientras andaba envuelto en estas lides, y el irritado embate de sus émulos socavaba los cimientos de su fortuna, el capricho de una noble dueña—

la condesa de Olivares—preparaba á Quevedo el misógino, á Quevedo el mo-fador de la santa coyunda, á Quevedo el bufón contra el Sacramento del matrimonio, á Quevedo el *semicapro*, un hogar, un lazo eterno... ¡Quevedo iba á casarse! Creo que aquí bien podemos agregar la clásica frase: “capítulo aparte merece”.





## CARTAS

A UN LITERATO NOVEL

IV

Si fuese verdad, ¡oh neófito!, que mis cartas le sirven á V. de guía y de faro, las entendería V. con mayor sutileza y no me dirigiría preguntas tan ociosas como aquella á que casi casi no debiera yo contestar. ¿No tiene algo de inocente, en los tiempos que corremos, inquirir si puede suceder que tanto como se conspira contra el tiempo del escritor, se conspire contra su bolsillo, en mayor proporción de lo que suele conspirarse contra el de los demás ciudadanos?

Rey es el poeta, ha dicho Heine. Rey será, puesto que el cisne de Dusseldorf lo afirma, pero rey sin *lista civil* pagada en oro, en plata ni en cobre. La ciega muchedumbre entiendo que en esta rea-

leza poética, como en las efectivas, ha de tomarse al pié de la letra aquello de la munificencia y del agujero en la mano. Ciertamente ignoro las rentas de que V. dispone; pero aun cuando fuesen dobles que las del acaudalado Vanderbilt, ó como se llame el Crespo de Norte América, yo le fío á V. que las despabilaría en un decir Jesús si pensase acceder á la cuarta parte de las apremiantes y desgarradoras solicitudes que recibe al año un escritor de algún renombre. ¡Peregrina ilusión de óptica! ¿Por qué esperarán de nosotros dinero? Con que tengamos el necesario para vivir decorosamente, ya hacemos más que hicieron las nueve décimas partes de los poetas y de los que no lo son.

Hay algo de humillante para nosotros en el asalto perpetuo dirigido contra nuestra bolsa. Somos como aquel que poseyendo ó creyendo poseer un cofrecillo lleno de perlas y otro henchido de garbanzos, viese que todo el mundo le suplicaba la leguminosa y nadie las perlas

en que cifraba su orgullo. Nos gustaría que nos pidiesen ingenio, ilustración, discreción, pareceres acertados, páginas bellas, y sazonadas razones y decires, porque eso es lo que aspiramos á dar sin tasa, y en eso, y no en el caudal, ha de basarse la fama que conquistemos. Y cuando no se acuerdan de las perlas y nos echan memoriales por un garbanzo, por un duro ó por un billete de á veinticinco pesetas, se nos llevan (dígase la verdad) veinticinco mil demonios de á caballo.

He oído referir una conocida anécdota sobre un caso acaecido años hace, y se la contaré á V. por si no la sabe, pues viene aquí como anillo al dedo.—Frecuentaba cierto banquero el trato de algunos literatos jóvenes, bohemios por humorada y afición y listos por naturaleza; asistía á sus conciliábulos, solazábase con su charla, reía sus donaires, saboreaba sus ocurrencias y aprendía tal vez en sus discusiones. Había durado ya bastante tiempo esta amistad, cuando uno de los ingenio-

sos pobretes, viéndose en apuro, solicitó del banquero un préstamo, que éste le negó, alegando que no tenía disponible la suma.—Poco después banquero y literato se encontraron en la calle, y el segundo, como de propósito, miró al primero sin saludarle.—¿Por qué no me saluda V.?—preguntó el millonario.—Porque no me trato con estafadores—respondió el escritor.—¿Estafador yo? Va V. á explicar ahora mismo...—Vaya si lo explicaré. Dos años hace que estamos aguantando á V. unos cuantos muchachos de chispa. Ya sabíamos que no brillaba V. ni por despedido, ni por gracioso, ni por sabio, pero le creíamos rico, y V. aparentaba serlo. Como el día en que recurrimos á su bolsillo resulta V. tan pobre como nosotros, no cabe duda que nos ha tenido V. engañados, estafándonos nuestro trato y amistad.,,

No deja de parecerme justa la protesta del bohemio, y volviéndola por pasiva, digo que nos estafa el que donde sólo se ha de buscar el oro del entendimiento

busca un filón de oro monetizable. No; por ahí no se ha de intentar nuestra explotación; el que lo intenta, nos injuria, aunque de un modo indirecto, aplicando el ánfora griega á menesteres de cocina.

Si á V. le llegase á suceder lo que á mí me está sucediendo, averiguará todos los días varias veces que hay por el mundo un sujeto (ó *sujeta*) que no tiene el gusto de tratar á V., pero que allá hace diez años vivía en la misma calle, ó que ha nacido en el mismo pueblo ó en la misma provincia donde rodó la cuna de V., no menos áurea y ebúrnea que la de Elio Adriano ó Silio Peregrino; ó que es (el sujeto en cuestión) primo del hermano del cuñado del portero del señor gobernador de Marineda, ó algún otro título parecido á éstos y que invoca el pedigüño para hacer valer sus derechos á la especial benevolencia de V. (aunque también los hay que se dejan de chiquitas y de títulos). El consabido individuo está perfectamente enterado de que V. une, á un talento colosal, el corazón más blando, magná-

nimo y generoso, y además (aunque esto por sabido debería callarse) un caudal que me río yo de Rotschild. El individuo no ignora tampoco que V., por la insignificancia de mil pesetas arriba ó abajo, es incapaz de dejarle en el atoladero, renunciando á salvar á una familia que tiene puesta en V. su esperanza. Bajo el sobre que contiene esta postulación, irán también papeletas de empeño, cédulas de vecindad, certificaciones de buena conducta, licencias del servicio militar, y á veces hasta correspondencia de familia... Todo un expediente del cual, en opinión del individuo, debe V. enterarse de la cruz á la fecha, para quedar cerciorado de la imprescindible necesidad con que llama á las puertas de su bolsillo de V....

Cuéntase de cierto ministro español, que le asediaba día y noche, sin dejarle respiro, el más pelma y mosca de los pretendientes, siguiéndole á la salida de su casa, por la calle, en paseo, en el zaguán del ministerio, á las puertas de Palacio, y hasta por otros rincones donde los propios

ministros gustan de defender las dulzuras del incógnito.—La misma tenacidad del pretendiente tuvo la virtud de endurecer el corazón del alto funcionario, que se propuso castigar tanta impertinencia con perpetua cesantía (pues el porfiado era un cesante). De pronto parecieron suavizarse los rigores del asedio, y el perseguido dejó de ver en todas partes, como sombra de su cuerpo, al insufrible tábano. Una noche, ó mejor dicho, una madrugada, llamaron á la puerta del ministro con al-dabonazos descomunales, y un hombre allanó la morada, diciéndose portador de urgentísimo pliego. No se atrevieron los criados á arrostrar la responsabilidad de no despertar á su amo, y éste tuvo que dejar de un salto las ociosas plumas, y salir á ver si ardía Madrid. ¡Qué cara debió de poner al encararse con su eterno cesante, que le presentaba el memorial sempiterno! “¡Es esta la urgencia, grandísimo pillor!”—bufó el despertado.—“¿Y le parece á Vucencia poco urgente que yo me muera de hambre?”—respondió el so-

carrón del pretendiente con humilde sonrisa, adivinando que, cuando el ministro no le había roto la cabeza de un palo, era segura ya la credencial.

Cada vez que leo en un sobre muy relleno y muy regado de arenillas la palabra “Urgente,” me acuerdo de la frase del tábano. Ello es que ni se me ocurre dudar de la urgencia con que todos piden: yo no creo en pobres falsificados, ni en necesidades fingidas, y oigo con escepticismo profundo las historias de pordioseros que ocultan en su jergón caudales para comprar media docena de casas en Madrid. En mi concepto, el que implora socorro es siempre un menesteroso, háyanle traído al caso de serlo desventuras ó culpas, fatalidades ó errores. Sobran en el mundo holgazanería y vicios, pero también calamidades y encarnizamientos de la suerte; y aunque todo mortal la ha tenido una vez por lo menos en la mano y la ha dejado huir, no por esta falta de previsión y aptitud para la vida práctica le van á sentenciar sus prójimos á abandono perpetuo.

Lo que pasa es que en esto de socorrer al prójimo nadie puede exceder la medida de sus fuerzas, sobre todo cuando no tiene por exclusivo fin en la vida la caridad. El que diese á tontas y á locas, presto se vería en el caso de pedir para sí; además, dando á ciegas, daría mal y sin fruto. Quien se dedica á la caridad, ya llega á hacer de ella un estudio científico-experimental, y sabe dónde y cómo puede emplearse con mayor beneficio, no sólo material, sino moral, para sus semejantes. Nuestra *misión*, ¡oh neófito! no es ejercer la beneficencia, sino escribir, si podemos, algunas páginas hermosas que hagan vividero nuestro nombre. No por eso ha de estar cerrado nuestro corazón á la piedad, ni sordos á la compasión nuestros oídos. Podemos y debemos sembrar algún bien; el error es creer que, por el hecho de producir unas cuantas obras literarias mejores ó peores, nos obligamos á constituirnos en bienhechores universales. El que el ruido de nuestra fama ó fama llegue á los últimos confines de

nuestra patria, ó acaso se difunda bastante más lejos, por algunos puntos de Europa y por la América española, no implica el que haya de abarcar nuestra caridad el mismo radio que nuestra fama. No diré, como el personaje de Gavarni, que la caridad sea un lujo superior á nuestros medios; pero sí que ha de existir siempre enorme desproporción entre nuestros medios y nuestra nombradía, por misérrima que fuese, y que la voluntaria equivocación de nuestros tábanos consiste en no echar tan sencilla cuenta, y no comprender que cunde más un nombre que un bolsillo.

V. dirá que todo esto de la caridad, los medios y los tábanos, no tiene gran cosa que ver con la literatura propiamente dicha. Ya sabe V. que mis cartas versan sobre lo que podemos llamar *conducta literaria*. El literato ha menester combatir el exagerado altruismo y refugiarse en una especie de egoísmo artístico, que no es el de Goethe, ni el de nadie, sino el que dicta meramente el instinto de la de-

fensa individual. ¡Ay de quien presente el pecho desnudo en esta lucha cuerpo á cuerpo de la colectividad contra el individuo! ¡Es tan grato, tan fácil, tan adecuado á la condición del poeta y del soñador acceder á toda súplica! Yo tengo á San Martín por hombre práctico hasta la dureza: partir la capa es un acto de resistencia y previsión: todo el que ha nacido artista, por su gusto, la daría entera, quedándose arrecido en mitad de Diciembre.

¿No ha oído V. por ahí la vulgaridad de que la persona dotada de inteligencia y aptitudes artísticas nace condenada á no tener capa, ni camisa, en todos los días de su vida mortal? De la misma índole que este prejuicio es el de que los genios han de ser viciosos, ó enfermizos, ó dementes. Ejemplos hay de tales casos, y con ejemplos todo se prueba, hasta que el día es noche, pues lo es durante los eclipses de sol; pero yo, que no veo la vida al través de gafas ahumadas, nunca he consentido en que los genios, ingenios y talentos hayan

de ser naturalmente de peor condición que los idiotas, necios y bolonios. Infinitos viciosos he conocido, que se caían de puro simples; dementes que se iban solos al tonticomio, y sujetos enfermizos á quienes debía prodigar sus cuidados el Director de la Escuela de Veterinaria. Con la prodigalidad y el desorden financiero pasa lo mismo. Si sólo se arruinasen los artistas de verdad... ¡cuán pocas quiebras habría por el mundo!

No niego la poesía propia de *Kean*, ó *Genio y desorden*: sin embargo, encuentro tan poética ó más que la vida del héroe de Alejandro Dumas, la existencia fecunda y sana del hombre que trabaja, piensa, siente, conserva su salud, goza y liba la miel de las cosas, sabe reservarse horas para sí mismo, para cultivar sus aficiones intelectuales ó artísticas, y domina la grave, la terrible cuestión del dinero, haciendo de éste su siervo y no su señor feudal, como viene á ser para los derrochadores. El que á nadie debe, y por consiguiente á nadie defrauda; el que no atesora, pero

tampoco despilfarra caudal ; el que se impone la obligación de no gastar más de lo que puede y de sujetarse á la *vil prosa* de la realidad económica... ese, y solo ese, es el que puede llevar en sí, como flor en el ojal, un poco de poesía que nunca manguillarán, con sus pesuñas de cerdo, las brutales exigencias de la necesidad...

Ya me parece que no necesita V. más para comprender muy bien y atenerse mejor á mis instrucciones en esta materia, al parecer baladí, y en efecto trascendentalísima, —la que más influye en nuestro destino social. Sin embargo, como el exclusivismo no me aqueja, tengo que añadir que voy refiriéndome á la poesía y felicidad individuales, pero que no he de negar la felicidad y poesía colectivas que debemos á algunos perdularios rematados como Heine, Musset, Becquer, Byron, Espronceda, etc. De Becquer, por ejemplo, me contaron no hace mucho un rasgo que demuestra su carencia absoluta de sentido práctico. Hallándose sin blanca, y habiendo recibido impensadamen-

te una regular suma, la gastó casi toda en adquirir una alfombra de terciopelo de cuatro dedos de alto para su sala, cuyo mobiliario se reducía á una mesa paticoja y dos sillas desfondadas ó poco menos. Con el pico sobrante de la alfombra compró el poeta una arquilla ó caja de caudales ; lo malo fué que ya no tenía qué guardar en ella, y que á los dos días, como ni la alfombra ni la caja podía echarlas al puchero, hubo que empeñarlas ó malvenderlas para traer comestibles y poner la olla á la lumbre... Ahora bien : á los que leemos los versos de Becquer, no nos quita ni un átomo del goce que en ellos encontramos el suceso de la caja y de la alfombra. Al contrario : quizá nos estimula con cierto picor de humorística melancolía, semejante á la dulce excitación de tristeza que causan las dos ó tres primeras copas de Champagne. Seríamos unos ridículos comineros si seriamente reprobásemos el modo de proceder de Becquer. Si V. se siente Becquer... haga lo que guste, neófito ; empeñe hasta la

respiración, débame á mí, débale al señor Baüer, débale al Banco Hipotecario, débale al Preste Juan de las Indias, porque todos le deben á V., y si no creen que le deben, ni notan la falta... ¡ay de ellos, infelices, que pasaron por este mundo como si no pasasen!

En cambio, si no es V. un Becquer, ni mucho menos (¡y por desgracia no lo será V.!), pórtese como un rapaz formalcito, como persona seria, y agradecérselo hemos.



## REVISTA DRAMÁTICA

Don José Echegaray. *El Hijo de Don Juan*.—*Sic vos non vobis*.—Don Angel Guimerá: *Judit de Welp*.—Don Eugenio Sel'és: *Las Vengadoras*.—Don Federico Urrecha: *Tormento*.—Algunas exhumaciones del teatro antiguo y del teatro romántico: *La Vida es sueño*, *La Niña boba*, de Lope de Vega.—*El Zapatero y el Rey*, *Traidor, inconfeso y mártir*, de Zorrilla.—Potpurri sobre el mismo asunto.

SE me ocurre encabezar esta Revista con una cita de Alfredo de Musset: la primer estancia á la muerte de la Malibran:

*Sans doute il est trop tard pour parler encor d'elle: depuis qu'elle n'est plus quinze jours sont passés, et dans ce pays-ci quinze jours, je le sais, font d'une mort récente une vieille nouvelle.* ®

Aquella niña curiosa que se empeñaba en saber el paradero y destino ulterior de las lunas viejas, podría preguntar, con más discreto propósito, qué se hacen aquí

respiración, débame á mí, débale al señor Baüer, débale al Banco Hipotecario, débale al Preste Juan de las Indias, porque todos le deben á V., y si no creen que le deben, ni notan la falta... ¡ay de ellos, infelices, que pasaron por este mundo como si no pasasen!

En cambio, si no es V. un Becquer, ni mucho menos (¡y por desgracia no lo será V.!), pórtese como un rapaz formalcito, como persona seria, y agradecérselo hemos.



## REVISTA DRAMÁTICA

Don José Echegaray. *El Hijo de Don Juan*.—*Sic vos non vobis*.—Don Angel Guimerá: *Judit de Welp*.—Don Eugenio Sel'és: *Las Vengadoras*.—Don Federico Urrecha: *Tormento*.—Algunas exhumaciones del teatro antiguo y del teatro romántico: *La Vida es sueño*, *La Niña boba*, de Lope de Vega.—*El Zapatero y el Rey*, *Traidor, inconfeso y mártir*, de Zorrilla.—Potpurri sobre el mismo asunto.

SE me ocurre encabezar esta Revista con una cita de Alfredo de Musset: la primer estancia á la muerte de la Malibran:

*Sans doute il est trop tard pour parler encor d'elle: depuis qu'elle n'est plus quinze jours sont passés, et dans ce pays-ci quinze jours, je le sais, font d'une mort récente une vieille nouvelle.* ®

Aquella niña curiosa que se empeñaba en saber el paradero y destino ulterior de las lunas viejas, podría preguntar, con más discreto propósito, qué se hacen aquí

las discusiones teatrales de la temporada, aun no bien abren sus cálices de nieve la celinda y el mundillo, y apenas los primeros soplos bochornosos y cálidos del verano empujan á la gente á balnearios y playas. Esa condición tiene el teatro, que acalora, pero de un modo transitorio, ni más ni menos que los lances de otros espectáculos de orden inferior, á los cuales en algo ha de parecerse, siquiera en lo de estar sujeto al voto de la colectividad. Este ya ha sido pronunciado respecto á las obras estrenadas en todo el invierno, y es en cierto modo (*secundum quid*, como dicen los estudiantes de teología) inapelable. El fallo en última instancia del historiador literario sería hoy prematuro. Por eso habrá de quedarse el mío entre verdes y maduras, lejos del agraz y de la pasa, y como sepa y pueda, que no hay mejor.

Todas las consideraciones que me impone el nombre egregio de Don José Echegaray, no bastan á quitarme de la pluma que su drama *El Hijo de Don Juan* no fué

de mi agrado. Conozco que estoy obligada á fundar este juicio, y ahí entra lo peliagudo y difícil. ¿Por qué no apruebo *El Hijo de Don Juan*? ¿Es por haber tomado alguna idea ó escena del drama de Ibsen *El Espectro del pasado*? ¿Es por que en él (el de Echegaray, digo) hay tesis filosófica, intención científica, determinismo ó cosa parecida? ¿Es porque carece de acontecimientos, de *crescendo*, de prótasis y catástrofe, según entendía estos lances dramáticos el saladísimo pedantón de Moratín? ¿Es porque el papel del protagonista casi llena con perpetuo monólogo la obra? ¿Es por los tonos sombríos que la oscurecen? ¿Es por dos ó tres rasgos que descubren más al artista fecundo é imaginativo que al observador esclavo de la realidad (verbigracia, el acceso de locura pronosticado á hora fija por los médicos)? ¿Es por todas estas cosas juntas?

No lo sé, ni me doy cuenta clara de ello, porque si considero aisladamente cada objeción de las que podrían ponerse á la última obra de Echegaray, veo que se-

ría aplicable, no sólo á otras producciones del mismo autor por las cuales se ha granjeado universal nombradía y aplauso, sino á preciosas joyas del arte dramático, desde los tiempos de Anaxipo, Anaxándrides, Eupolis... y demás dramaturgos de la edad pretérita (como dijo Don Hermógenes) hasta nuestros días. ¿Que el drama de Echegaray tiene reminiscencias del de Ibsen? En primer lugar, Echegaray nos lo advirtió de antemano; pero que no nos lo hubiese advertido: ya sabemos cómo anduvieron de originalidad absoluta Shakespeare y Calderón. ¿Que hay tesis filosófica? También en *O locura ó santidad*, por no aludir á *Hamleto*, ni á *La Vida es sueño*. ¿Determinismo? El determinismo, bajo el nombre de *ananké ó fatalidad*, es el númen de la tragedia griega. ¿Tonos sombríos, perpetua angustia en el espíritu del espectador? No es más risueño ni más apacible *El gran Galeoto*, capolavoro ante el cual es preciso inclinarse.

A veces me dan ganas de creer que los

críticos (ó como se nos llame) nos quebramos ya de sutiles. El empeño de buscar para todo razones puntiagudas y hondas, nos lleva á desatender las explicaciones naturales y sencillas. La más natural de todas es la imposibilidad de que un autor de siempre en el clavo. Ese diantre de clavito de oro tiene una cabeza diminuta: para asestar bien el martillazo se requiere estar de vena; dos ó tres golpes con suerte no son grano de anís: Echegaray ha clavado y remachado firme en otras ocasiones; no le exijamos que siempre remache. Yo sostengo que la desigualdad entre obra y obra es infinitamente mayor en Lope de Vega, por ejemplo, que en ningún autor moderno. El fecundísimo Fénix no por eso se creería aminorado. No en balde, al escribir *El Castigo sin venganza*, le añadió el siguiente subtítulo: *Cuando Lope quiere... quiere*. La igualdad ó regularidad puede darse allí donde no se necesite, como elemento primario, la inspiración artística: esta consideración basta y sobra para que se com-

prenda por qué *El Hijo de Don Juan* no me satisfizo.

De ahí á que yo condene el que uno de los pocos autores españoles con fuerzas para probar caminos los pruebe y los registre, y emprenda todo género de tentativas para reanimar nuestra escena y explotar la mina de su propio talento, va gran distancia. Echegaray hace muy bien en *colombizar* (perdonen el verbo), y puede que, buscando el Catay, tope con las costas de América. Busque nuevas rutas; preparadas tiene las manos el público para aplaudir al más discutido, pero también al más alentado de los dramaturgos españoles.

Otro de los derroteros nuevos de Echegaray, en este invierno, fué el de la comedia plácida, rural, idílica (que de todo esto, y también mucho de *féerie*, tiene *Sic vos non vobis*). Tal vez el fracaso del drama influyó en la severidad excesiva con que se recibió la comedia. No es mi intento probar (á ejemplo de Don Hermógenes) "que es un acéfalo insipiente cual-

quiera que haya dicho que la tal comedia contiene irregularidades absurdas,; no vaya á salir algún avinagrado Don Pedro con la pata de gallo de que "por ser V. el que la abona, infiero que ha de ser cosa detestable.. Sólo diré que si Echegaray, en vez de escribirla deprisa y á modo de *interludio*, la hubiese querido perfilar, con bien poco trabajo resultaría una comedieta primorosa. El primer acto produce grata impresión de placidez, frescura y calma. Los otros dos decaen, y se me figura que pudo Echegaray sostenerlos, acaso sin más arbitrio que reducirlos á uno solo. Sea como quiera, la obra no merece desdén ni acritud. Es un ensayo que muestra aspectos, hasta hoy desconocidos, del alto ingenio de Echegaray.

\*  
\* \*

El éxito de *Mar y cielo* había animado á Don Angel Guimerá á probar otra vez fortuna en el escenario de un teatro ma-

tritense. La elección del segundo drama tal vez no fué acertada; *Judit de Welp* es obra de poeta más que de dramaturgo conocedor de la escena y domador de la fiera-público. Desde que lei la obra en catalán, tuve para mí que no pelecharía en castellano, y estas no son profecías de Nostradamus, pues dos días antes del estreno lo dije en letras de molde (si bien en tal sitio y de tal modo, que mis vaticinios no pudiesen influir ni en un solo espectador siquiera). Confirmóse mi temor cuando asistí al ensayo general. Comprendí que, aparte de toda apreciación sobre el valor de *Judit de Welp* como obra artística y en el conjunto del teatro de Guimerá, había ciertas dificultades de índole especialísima, que no perjudicándola para el lector, habían de dañarla mucho ante el espectador. Así como otros autores pecan de difusos, Guimerá se pasa de conciso: las frases de sus personajes parecen algunas veces fórmulas algebraicas del sentimiento, de la pasión ó del raciocinio. Escribe á chispazos, y por poco que

el actor se descuide en dar relieve y subrayar con claridad la réplica que le toca en el diálogo, el espectador se queda á obscuras, y como no entiende, se impacienta y fastidia. Añádase á la dificultad de la concisión de Guimerá la del retorcimiento de algunas frases, impuesta al muy discreto traductor por la tiranía del dichoso verso libre, suelto ó blanco, y tendrán Vds. á la mitad ó á las dos terceras partes del público en ayunas del argumento. — No se basaba éste, además, en sucesos familiares aun para la gente poco versada en historia, sino que se situaba en uno de los períodos más nebulosos de la de Francia, en la decadencia de la dinastía carlovingia ó carolingia (cuyos personajes, vistos así en la escena, tienen al pronto cierta semejanza con reyes de bastos y sotas de oros). Mientras *Mar y cielo* suscitaba en nuestros espíritus reminiscencias de cosas de ayer, de piraterías argelinas, lances de corsarios, novelas de Cervantes y problemas de unidad religiosa que aún se

agitan hoy, el mundo semi-bárbaro evocado por Guimerá está tan fuera del horizonte de la cultura general, como fuera del círculo de lectura más frecuente en España están las narraciones de Thierry ó la *Gesta* de Rolando.

Para animar esos borrosos fantasmas de la historia y que vuelvan á vestirse de carne, se necesita un esfuerzo mucho mayor y una racha de inspiración más ardiente y viva que para otros asuntos. Así y todo, el público manifestará siempre ante las edades evaporadas cierta extrañeza y recelo, con algo del dolor que causa la comprobación de la propia ignorancia, porque es una mala nueva para un hombre la de que hay puntos históricos de los cuales él no tenía ni noticia y sobre los cuales pueden hacerse dramas. Aun admitiendo los tiempos carolingios en la escena, paréceme á mí que Guimerá, en *Judit de Welp*, podría haberlos humanado más. Sin duda que en la vida y carácter del hijo y del que no sé si llame nieto de Carlomagno, así como en Judit,

hay un drama real y terrible. Ludovico Pio ó el *Bondadoso*, era, como dice de él Michelet, el bienaventurado en quien fenecen las dinastías entronizadas por la violencia: con los ojos puestos en el cielo no veía las impurezas del mundo. Pero un día tentóle el diablo (que tiene para probar á los justos especial permisión) por el camino de la ventura lícita y consagrada por la Iglesia; y habiendo perdido á su primera mujer, que no era amable, convocó á las hijas de los grandes del reino y arrojó el pañuelo á la más bella—Judit de Welp.—A las dotes de la hermosura añadía Judit de Welp otras más raras: las del entendimiento y la cultura literaria y científica; cosa no tan sorprendente si se considera que las tradiciones clásicas nunca perecieron del todo, ni en los tiempos más caliginosos de la Edad Media. Judit amaba la poesía, las canciones, la música, la gente caballeresca y pulida de Aquitania: era erudita con ribetes de artista; en cambio su marido, tétrico (pues dicen los cronistas que

nunca se le vió reír), pasaba el día en oración. Entre la Augusta y el Orozco de la dinastía carolingia, el drama estaba planteado desde los primeros instantes: y el drama vino, con los amores de Bernardo, duque de Septimania, de los cuales afirmó la malicia que había sido fruto Carlos *el Calvo*, el héroe de Guimerá. Los hijos del primer matrimonio trataron á Ludovico Pio como las ingratas hijas del rey Lear al pobre viejo, y Carlos *el Calvo*, el retoño del pecado, llegó, andando el tiempo, á asesinar al duque Bernardo por su propia mano, diciéndole, según refiere antigua crónica benedictina, que Guimerá consultó: "Muere, tú que manchaste el tálamo de mi padre."

Como se ve, no es asunto y tela lo que falta; Guimerá sólo eligió, para su obra, la última parte de la historia tremenda: el parricidio. Para ello ha necesitado cambiar el carácter humanísimo y casi moderno de Judit de Welp en otro bien distinto y más abstracto, haciendo de Judit una mujer cuyos remordimientos llegan

al fanatismo; una mujer escrupulosa y contrita hasta un grado pueril, y que por no decir una palabra ocasiona una cáfila de horribles males, muertes, crímenes y asolamientos. No dice á Bernardo que Carlos es su hijo, por lo cual Bernardo alza el puñal sobre él y le persigue de mil maneras; no dice á Carlos que Brunegilda es su hermana, por lo cual Carlos se empeña en llevarla al altar; no dice á Carlos que Bernardo es su padre, por lo cual Carlos le apuñala. No será agradable confesar tales historias; pero entre una confesión, ó por lo menos una indicación, y varias catástrofes, ninguna mujer del carácter y entendimiento de Judit de Welp vacila.—Ni es, pues, la Judit histórica la que vemos, sino una Judit inventada.

De todos modos, esto no fué lo que impidió al público *entrar* en el drama de Guimerá, pues el público nada sabía de Judit. Repito que no entendió el argumento la mitad de los espectadores; repito que nadie comprendió por qué suce-

día casi nada de todo aquello. Por su parte, los actores—á excepción de Ricardo Calvo y Donato Jiménez—hicieron lo posible para que se entendiese menos cada vez, declamando bajo y confuso y no matizando sus réplicas.

De otras causas que se han alegado para explicar el por qué no aprobó á *Judit de Welp* el público de la corte, diré lo menos posible, pues creo que es una cuestión en que se ha extraviado bastante el criterio, produciéndose una serie de malas inteligencias de una y otra parte. No negaré que las palabras atribuidas á Guimerá en un banquete (y digo atribuidas, porque el poeta afirma que no pronunció tales palabras) no contribuyesen á predisponer en contra suya á alguna parte de la prensa, y hasta me aseguró persona fidedigna que un exiguo grupo quería hacer el día del estreno manifestaciones de desagrado. Pero á ese grupo se le pararon los piés: no llegó á entrar en el teatro, y el verdadero público, el desinteresado, el sin malicia, iba, como siempre, deseoso

de aplaudir y hasta dispuesto, con cierto simpático puntillo de caballerosidad, á demostrar, aplaudiendo, que no se pagaba de chismes. Si *Judit de Welp* llega á gustar, la ovación á Guimerá hubiese sido mayor aún que en *Mar y cielo*. No lo dude el insigne poeta, y de ningún modo se aparte con desvío de este terreno, donde ya ha cosechado laureles.

\*  
\* \*

Loado sea Dios, que puedo hablar de un drama vencedor: refiérome á *Las Vengadoras*, de Eugenio Sellés, que mal recibidas hace años por un público que las juzgó en demasía escabrosas, han tenido hoy completo éxito (por lo menos lo que aquí puede llamarse tal, aunque sea bien poco y bien irrisorio, comparado con lo que por éxito se entiende en otros países).

Yo prescindo de esto del éxito, y considero *Las Vengadoras* como si las

hubiese visto yo sola, y digo que son muy contados los dramas del teatro moderno que me satisfacen tan completamente como el de Sellés: al decir *teatro moderno*, pienso sobre todo en el francés y especialmente en el de Alejandro Dumas. Si *Las Vengadoras* hubiesen brotado de la pluma que trazó *El Demi-monde*, ocuparían un puesto honroso al lado de aquella perla de las comedias de costumbres.

A propósito de *Las Vengadoras* se ha hablado mucho de naturalismo y de *nuevos moldes*, influyendo á mi modo de ver en este juicio, la arraigada aprensión de que si ocurre el lance entre gente de vida airada, naturalismo tenemos. En cuanto á lo de los *nuevos moldes*, precisamente el drama de Sellés me parece á mi perfectísima aplicación, no de esos *nuevos moldes* sobre los cuales había tanto que hablar que será mejor no hablar nada, por lo menos ahora, sino de los moldes delicados, pero bien conocidos, del teatro francés, diestramente adaptados á la escena española en esta

obra y alguna más que pudieran citarse (como la *Consuelo*, de Ayala). Para elogiar *Las Vengadoras* todo cuanto merecen, yo tengo que hacer una operación mental: suponer que son de Dumas y que se estrenan en la *Porte Saint-Martin*. Claro está que sólo echo de menos en el drama de Sellés el *etnicismo*; con *transportarlas*, ya he removido la objeción y ya disfruto plenamente. — Los tipos y costumbres que retrata Sellés en su drama no diré que sean completamente inconcebibles en tierra española, por más que no son comunes, pues sin negar que aquí, como en todas partes, se paga tributo al vicio y se quema incienso en aras de la Afrodita venal, generalmente son otros los ritos, otras las sacerdotisas y muy diferentes los templos. Sin embargo, es tan lícito al autor estudiar el caso general como el caso raro y hasta el caso único. La heroína del drama de Sellés (figura admirable, siempre que le demos por fondo el boulevard de Capuchinos ó Italianos, ó las fulgentes

vidrieras de la *Maison Dorée*) puede haber existido en Madrid, pero nunca será madrileña neta, como la infeliz de la Peri. La heroína de Sellés, refinada, elegante, distinguida, culebreadora, engatusa-bobos, semi-filósofa, se despega del horizonte de nuestra capital, que es un honrado poblachón; el lugar más grande de la Mancha. Si á casa de la Peri va la esposa legítima reclamando á su descarriado marido, apuesto algo bueno á que Leonorilla, afirmando la mano en la cadera y entornando los ojos, sale con el arranque de magnanimidad de restituírsele y aun de darle dinero encima. ¡Ah! Leonorilla no será nunca una *vengadora*. El tipo de Teresa pide la sequedad, el sentido práctico y la quintesenciada marrullería de la mujer francesa.—Sellés confiesa también lo singular del tipo, y que "ha refinado un ejemplar común, pasándolo deliberadamente por un tamiz de seda".

Es cuanto puedo objetar al drama de Sellés. Una vez admitida Teresa y reconocido el fin del drama que se reduce

á demostrar que cada cual muere por donde pecó,—hay que decir sin reparo que el desarrollo de esa idea en forma dramática se acerca á la perfección suma. El drama es un primor de factura, y si hoy admitiese nuestra indisciplina *modelos*, cabría que llamásemos á *Las Vengadoras* modelo de dramas. La acción, bien trabada, llena de interés y vitalidad, y sin embargo, sencilla, se desenvuelve con armoniosa plenitud y sabia gradación, en tres actos de extensión proporcionada, ni lánguidos ni tampoco agitados convulsivamente. El autor no echa en olvido el *ne quid nimis* en la distribución del elemento cómico: hay sazonado chiste, suma pulcritud *literaria* (literaria, entiéndase bien), y á esto se debe el que hoy pasen, sin irritar al público, escenas fuertísimas, las más acentuadas quizás del teatro moderno español. Ha llegado el público á tolerar y hasta á aplaudir el acto primero y el segundo de *Las Vengadoras*, á fuerza de habilidad en el autor. La cultura no está en lo que se dice ó hace en escena, sino

en el modo de hacerlo y decirlo. En este particular son, lo repito, un modelo *Las Vengadoras*. Yo no las he visto ni leído en su forma primera, la que tenían cuando fracasaron: no sé si el autor las ha retocado mucho ó poco; pero dudo que pudiese ser mayor la crudeza de algunas escenas, por otra parte cinceladas como joyas.

Esto del cincel no significa exceso de adorno ni derroche de pensamientos puntiagudos. El arte más exquisito es el más sobrio, y en *Las Vengadoras* la forma es sobria, á pesar de que están muy bien parladas y pensadas con fino ingenio. En cuanto á los caracteres, el de la protagonista (admitida la singularidad de la figura en estas tierras) es el mejor, el completo y significativo. Su víctima, el esposo infiel, vale mucho menos, y le desdenaríamos si le encontrásemos en sociedad, pero no debemos desestimarle en la obra dramática, porque el dramaturgo no puede prescindir de la masa de gente sin carácter, campo social donde crece y

se propaga la mala hierba del vicio. Como el protagonista del drama de Sellés andan por ahí muchísimos hombres, presa natural de la *vengadora*. Para los caracteres enteros y las inteligencias superiores, no existen *vengadoras*, claro está, en el sentido de elemento desorganizador de la vida, la salud ó la conciencia. Esto disminuye algún tanto la importancia de la sátira que en *Las Vengadoras* se encierra. Los conflictos dramáticos más altos y sublimes son los que pueden producirse en almas superiores (v. gr., el conflicto de *Otelo*, el de *Hamlet*, y para citar obras modernas, los de *El Gran Galcoto*, *Consuelo*, *Realidad*...) Por eso, en *Las Vengadoras*, lo digno de admiración y aplauso es, más que la sátira social, la perfección de la forma (entendiendo el concepto de *forma* con gran amplitud). Así y todo, suscribo la afirmación de que, por solo ese drama, Sellés merece figurar entre nuestros mejores dramaturgos. No hace muchos meses que estampaba yo aquí el nombre del autor de *Las Veng*.

*doras*, con motivo de una vacante en la Academia de la Lengua; y hubo quien se me atufó, tratando á Sellés peor que si fuese algún Don Eleuterio Crispín de Andorra. No tardaron mucho *Las Vengadoras*, rompiendo el largo silencio é inacción de Sellés, en arrancar á la prensa unánime clamoreo de aprobación.

Mis ocupaciones me han impedido asistir á una de las contadas representaciones que, por ser fin de temporada, alcanzó *Tormento*, de Federico Urrecha. En la imposibilidad de hablar por cuenta propia, hube de asesorarme con una pareja de *críticos incipientes* que viven conmigo, y que, más afortunados que yo, lograron ver la comedia. Estos críticos son mis dos chiquillas, Blanca y Carmen, y su juicio fué decisivo y compendioso. Las dos, con unanimidad ejemplar, que deberíamos imitar los mayores, declararon "que era muy bonito," y que "habían llorado mucho." En prueba, vi sus pañolitos arrugados y húmedos. Es cuanto sé de *Tormento*.

\*  
\* \*

Vico en la Princesa y Ricardo Calvo en el Español, se han complacido (y nos han complacido) exhumando algunas joyas del teatro antiguo y del neo-romántico de Zorrilla. Recuerdo que en la representación de *Traidor, inconfeso y mártir*, que fué un triunfo para Vico, me manifestó Castelar que se encontraba "como el que toma un baño de ambrosía." Y en efecto, yo también notaba un goce divino, aristocrático, oyendo lenguaje tan castizo, rico y jugoso, saboreando aquel fraseo noble, caballeresco, apasionado y culto, aquella evocación de la historia y la leyenda que aún vive en nuestras almas y que sólo necesita el conjuro de la poesía para levantarse revestida de todos sus prestigios y encantos... Las mismas impresiones sentí en *El Zapatero y el Rey*, obra que ojalá se pudiese exornar con todo el aparato conveniente y plegue á Dios que la veamos desempeñada por una compañía igual, toda buena. Mil veces he pensado que el único placer extraordinario para el cual yo ambiciona-

ría ser rey ó archimillonario Fúcar, sería poseer y costear un teatro como el del suicida de Baviera, pero donde se rindiese culto, no á la música, sino á la declamación; un teatro donde los mejores actores, pagados á peso de oro, representasen los mejores dramas conocidos en el mundo, desde el repertorio de Esquilo y Sófocles, hasta el de Tamayo y Echegaray. Las dos columnas del edificio serían naturalmente Shakespeare y nuestros clásicos, Lope, Tirso, Calderón. ¡Qué noches tan hermosas y cuán envidiable recreo! Y yo no sería exclusivista, como el loco-Rey. No; yo (siempre millonaria, por supuesto) dejaría entrar gratis, por turno, á la gente pobre y humilde, y haría tirar flores y confites en los entrepuercos para que las damas de la *high society* dignasen sentar la planta del zapaticito raso en unos palcos desde los cuales no se oye á ningún tenor... a ver si así la afición á las buenas comedias se aclimatava aquí tan presto como la del juego de pelota...

Como mi aspiración no lleva trazas de realizarse, hube de contentarme con ver *La Vida es sueño*, puesta en escena del modo que aquí se acostumbra, y *La Niña boba*, representada con gracia y donaire, pero evocando en mí el recuerdo ¡ay! de Matilde Díez, que bordaba la deliciosa comedia de Lope.

\*  
\* \* \*

Sí, sí, mi Sr. D. Pedro: no niego que V. tendrá razón, y que "un Gobierno ilustrado como el nuestro, que sabe cuánto interesan á una nación los progresos de la literatura", estará dispuesto á hacer algo en favor de la dramática... Aunque no sé qué es eso que puede hacer en pro de la dramática un Gobierno ilustrado. ¿Subvencionar? Ahí es nada lo del ojo. ¿Mandar á la gente que llene el teatro con puntualidad todas las noches?...

Ya sé que V. juzga muy severamente á los autores y á los actores más todavía.

Ya sé que V. cree que el arte dramático está por los suelos, y que la decadencia de *nuestra Talla* (¿no se dice así?) es lastimosa. Ya sé que, como además es V. un tantico puritano, ha dado en la flor de escandalizármeme de ciertas escenas de ciertos dramas. Ello es que V., por unas cosas y por otras, no quiere ver el teatro ni de cien leguas; y si todos le imitasen, no entiendo cómo se las arreglaría este Gobierno ni otro más ilustrado para evitar la agonía de la escena española.

Créame V., Sr. D. Pedro: al que se ahoga, no apretalle más la soga. ¿Que el teatro se muere? Pues yo tengo para mí que no le mata ni la falta de ingenios ni la de representantes, sino la frialdad, el desvío del público... sobre todo, de la parte *directiva* del público (*directiva* en esas cuestiones, que son más de moda que de arte.) Aquí no hay dinero ni humor sino para el Real, en invierno, y ahora, en verano, los frontones. El Real de Madrid prolonga la temporada doble que el Imperial de San Petersburgo; oficial y filar-

mónicamente, los magnates madrileños son más ricos que los boyardos. Aquella síma melódica de la plaza de Isabel II se traga, se sorbe el dinero de todos los elegantes, y de cuantos lo quieren parecer, sin haberlo sido nunca. El caso es que el Real, en su género (exceptuando la orquesta, que es excelente, y algún cantante de primera línea que de higos á brevas se digna dejarse oír), anda tan desconcertado como los demás teatros: tiene unas coristas y unas bailarinas respetables por su ancianidad, y unas decoraciones como las del *Orfeo*, de Gluck, en que los Campos Eliseos están representados por un telón de selva virgen con lianas y cocoteros; permítese rasgos de chocante impropiedad y *sans façon* en trajes y accesorios; saca unos coros no mejor ataviados ni más pulcros que los del Teatro de Marineda; además, el repertorio del Real varía poquísimo: hay nuevos y gigantescos desarrollos del arte musical, verdaderas minas artísticas, que aquí ni se sospechan; de Wagner apenas se co-

nocen dos ó tres óperas; de la moderna escuela francesa, poco ó nada... Pues por este espectáculo deficiente, monótono y (en cuanto á la *mise en scène*) indigno muchas veces de una capital como Madrid, arruinanse los bolsillos, despublanse los salones (empezando por el más alto, que es el de una casa muy grande de la plaza de Oriente) y sucumbe en el olvido... ¡peor todavía!, bajo el peso del desdén, la gloria de Lope, Moreto, Rojas, Alarcón...

¿Recuerda V. cómo procedió el bondadoso Luis XVI para acreditar en Francia la modesta y útil importación de Parmentier, que iba á salvar del hambre á millones de seres humanos? El sucesor de San Luis lució en el ojal de su casacón, un día de besamano, la rústica flor de la patata...

Aunque nuestra dramaturgia fuese comparable, en lo tosca y fea, á la flor de la patata (calcule V. si es hipótesis), vería V. cómo prosperaba si la prendiesen en su pecho damas ilustres á las cuales sigue una cohorte de otras damas que llevan en

pos muchísimos caballeros, y así sucesivamente...

\*  
\*\*

Sí, ya aburre; pero conste que yo no hablé de ello más que una vez y en pocas líneas, y no vuelvo á hablar ahora, en otras pocas, sino porque *La Correspondencia*, padeciendo un error, me atribuye y pone en mis labios frases y proyectos de Echegaray. Siento desmentir al señor redactor del popular diario, que refiere un diálogo mío con el autor de *El Gran Galeoto* en el cuarto de la señorita Guerrero: diálogo hubo, pero los planes de comedia rústica é idílica pertenecen al Sr. Echegaray, que los realizó con *Sic vos non vobis*, y yo sólo dije allí, en conversación particular, lo mismo que después en letras de molde; que si bien he pensado muchas veces, como todos los literatos, en la posibilidad de escribir para el teatro, ningún proyecto especial tuve este invierno respecto al

sunto. El hecho de escribir ó no nada importa, pero sí mi veracidad, que debo dejar en su punto. Ni es que extrañe la confusión de *La Correspondencia*, pues sé que no hay cosa más difícil que repetir con exactitud una conversación oída. Por lo regular sucede lo que ha sucedido ahora; repetirla vuelta del revés.

En el artículo de *La Correspondencia* á que me refiero se me supone enojada por la noticia de mis planes teatrales. Sería muy risible, si fuese cierto, semejante enojo mío. ¿Qué ofensa entraña la noticia? Ninguna; hasta podría halagarme, pues me supone una aptitud más, y una aptitud de que probablemente no me ha dotado el cielo. — Si rectificué la tal noticia, fué por no tener tiempo de contestar á varias cartas, muy amables y liasonjeras, donde se me preguntaba el por qué, el cuándo y el cómo de mi primer salida en busca de aventuras dramáticas.

Lo cierto es que me parece sumamente difícil y meritorio hacer algo pasadero, tolerable, para el teatro. ¿No es cierto,

Sr. D. Pedro de Aguilar, que tengo razón? Como si lo viera: si yo pretendiese arrostrar las candilejas, V. me desanimaría, diciéndome con su rudeza honrada que "el teatro español tiene de sobra autorcillos chanflones que le abastezcan de mamarrachos,, y que lo que necesita no es uno más, sino "una reforma fundamental en todas sus partes...."





## MÁS SOBRE LA CARIDAD

DE LOS AMERICANOS Y ESPAÑOLES RESIDENTES

ALERE FLAMMAN EN AMÉRICA  
VERITATIS

Las cantidades que en el número de Abril declaraba haber recibido, á consecuencia de mi carta dirigida á *El Imparcial*, para alivio de las tremendas desgracias acaecidas en Septiembre de 1891 en Consuegra y Almería, tengo que añadir otra que llegó con posterioridad, y es la siguiente:

De la Asociación española de Socorros mútuos (Uruguayana), 3,210 pesetas, bajo las firmas del Director D. Vicente Giralt, el Secretario D. Benito Valls y el Presidente D. José Mají.

Sumado este donativo con los recibidos anteriormente, hace un total de 15.722 pesetas con 65 céntimos.

A todos los generosos donantes que me confieren la honra de ser su limosnera he dirigido una consulta, cuya respuesta aguardo para proceder al reparto. Dos de las Asociaciones que remitieron fondos han contestado ya; la una lo hace por conducto del Sr. D. Rogelio Martínez, importador, en Nueva Córdoba, disponiendo que la suma de dos mil seiscientas ochenta pesetas con que contribuyeron los neo-cordobeses se distribuya en las ciudades inundadas, llenando necesidades que puedan existir en las familias de Consuegra y Almería, aunque esas necesidades no tengan su origen en las catástrofes pasadas, si bien los neo-cordobeses preferirían atender especialmente á las desventuras de la inundación. En el número próximo del NUEVO TEATRO CRÍTICO espero poder dar cuenta exacta del cumplimiento de estas instrucciones. ®

La otra sociedad que me contesta es *La Lira*, de Ramallo, por conducto del señor D. M. Lagoa. Esta sociedad entiende que, habiendo remanente de la suscrip-

ción nacional, y remanente que bastaría para reedificar bastante más de lo que arruinó la riada, procede reservar el donativo para la primer calamidad nacional que ocurra, y que desgraciadamente no se hará esperar mucho, si juzgamos por lo que menudean. El donativo de *La Lira* será en este caso el primero ó uno de los primeros, y por consiguiente, de los más eficaces, hasta como ejemplo. Aguardo con temor, y pidiendo á Dios que tarde en presentarse, la ocasión de ejecutar lo dispuesto por *La Lira*.

Y perdonen los lectores del NUEVO TEATRO CRÍTICO el espacio que robo á las crónicas y á la vaga y amena literatura con mi cuenta corriente de la caridad. Difícilmente conseguiría yo que ningún periódico diario de gran circulación publicase estas brevísimas notas, porque los diarios rinden parias á la actualidad, y si hace nueve meses tomaban como pan bendito todo lo referente á Almería y Consuegra, hoy regatearían el terreno á este asunto — y es natural, y no lo digo en

son de protesta. — El único medio de que yo ejerza mi gestión con la claridad y exactitud necesaria, es apelar á las páginas del NUEVO TEATRO CRÍTICO, donde en todo tiempo pueda constar lo recibido y lo hecho para corresponder á la noble confianza depositada en mí.



## ÍNDICE

DEL PRIMER SEMESTRE DEL AÑO 1892.

### ENERO.

I. Crimen libre (cuento).—II. Pedro Antonio de Alarcón: los viajes, los artículos de costumbres, la crítica, las poesías, el drama.—III. Del amor y la amistad (á pretexto de un libro reciente).—IV. La Fe, novela de Armando Palacio.—V. Revista de teatros.—VI. Crónica literaria.—VII. Índice de libros recibidos.

### FEBRERO.

I. Cuento de Navidad: La Noche Buena en el Limbo.—II. Cartas á un literato novel: (1.<sup>a</sup>)—III. La Venerable de Agreda.—IV. Un drama psicológico en la historia: doña Juana la Loca, según los últimos documentos.—V. Crónica literaria y teatral.—VI. Índice de libros recibidos.

### MARZO.

I. El mechón blanco (cuento).—II. Cartas á un literato novel: (2.<sup>a</sup>)—III. Un monje historiador de las letras contemporáneas: el P. Blanco García: (1.<sup>a</sup>)—IV. Una opinión sobre la mujer (El discurso del Marqués del Busto en la Academia de medicina).—V. Crónica literaria.—VI. Los estrenos.—VII. Índice de libros recibidos.

### ABRIL.

I. ¿Cobardía? (cuento).—II. Realidad, drama de Don Benito Pérez Galdós.—III. Un monje historiador de las letras contemporáneas: el P. Blanco García: (2.<sup>a</sup>)—IV. Crónica literaria.—V. Caridad de los españoles y americanos residentes en América.—VI. Índice de libros recibidos.

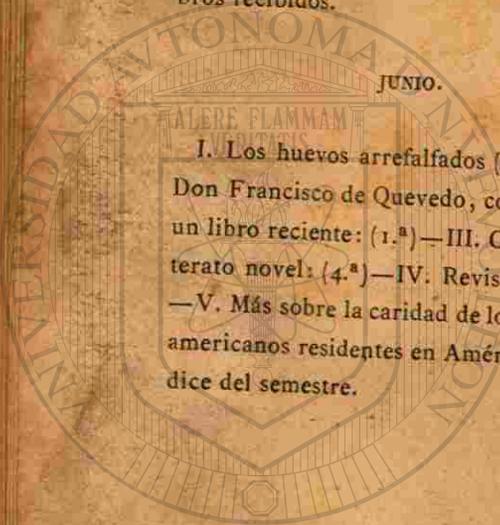
### MAYO.

I. La Mayorazga de Bouzas.—II. Cartas á un literato novel: (3.<sup>a</sup>)—III. Stuart Mill

(Prólogo á La Esclavitud femenina).—IV.  
Tristana, novela de B. Pérez Galdós.—V.  
Crónica literaria y teatral.—VI. Índice de li-  
bros recibidos.

JUNIO.

I. Los huevos arrefaldados (cuento).—II.  
Don Francisco de Quevedo, con ocasión de  
un libro reciente: (1.<sup>a</sup>)—III. Cartas á un li-  
terato novel: (4.<sup>a</sup>)—IV. Revista dramática.  
—V. Más sobre la caridad de los españoles y  
americanos residentes en América.—VI. In-  
dice del semestre.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

